



**MÁNDAME AL
INFIERNO PERO**

Bésame

Lucinda Gray

Multiverso



**MÁNDAME AL
INFIERNO PERO**

Bésame

Lucinda Gray

Multiverso 
EDITORIAL

Mándame al Infierno pero Bésame

© Lucinda Gray

© Multiverso Editorial, 2015

© oleanderstudio - Fotolia.com

© sakkmasterke - Fotolia.com

Dirección editorial: Miguel Ángel Pérez

ISBN: 978-84-943480-9-9

Depósito legal: CA 79-2015

Imprime: Ulzama Digital

Printed in Spain

Primera edición: Marzo, 2015

www.multiversoeditorial.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del Copyright o la mención del mismo, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Prólogo

Marbella, 2005

Miraba su aparatito íntimo con resignación. Llevaba casi un año sin tener relaciones sexuales con ningún hombre desde que terminó su vínculo matrimonial con ese súper-mega-imbécil. Sí, porque eso es lo que era, una mala persona, una persona traicionera. Era un pérfido y vil Judas que le había hecho mucho daño. Es más, aún seguía haciéndoselo con solo acordarse de lo que pasó, porque es que todavía no era capaz ni de pronunciar su nombre, y así se dirigía a ese infiel que tuvo por marido. Lo llamaba: él.

Lo cierto es que no podía, ni quería, pronunciar ni pensar en su nombre. Demasiado tenía ya con escuchar a su hermano comentar alguna situación graciosa que había vivido con su ex como si pensara que ella no tenía sentimientos, que no podía sentirse herida ni nada por el estilo. ¿Acaso pensaban todos que estaba esculpida en piedra? Pues no, no lo estaba, y quería gritarlo y que la oyeran hasta en la Polinesia. Habían estado casados durante cinco años, y eso sin contar, claro está, los años que habían compartido como novios. Suspiró irritada. Demasiados.

Volvió a mirar el aparato que le servía de desahogo en las interminables noches de soledad desde su separación, con rebeldía. Al principio lo compró pensando que era preferible a volver a meter a un hombre en su cama, en su vida, pero a medida que fueron pasando los meses y su necesidad de sentir un orgasmo en condiciones, de sentirse plena, fue aumentando, ya no lo veía con tan buenos ojos. Se preguntó que por qué tenía que estar alejada del sexo. A ella le gustaba, es más, lo disfrutaba mucho, muchísimo. Jolines, le encantaba. Que ese imbécil la hubiese rechazado de la forma como lo hizo, no significaba que ella tuviese que guardarle luto o algo parecido. Después de todo a quien engañaron de la forma más ruin fue a ella misma. Apretó los dientes en un gesto de impotencia. Lo cierto es que el muy cretino no es que la hubiese rechazado, más bien la había estado utilizando como tapadera todos aquellos años. Y ella que nunca se había percatado de nada, sería tonta. Eso es lo que más le había dolido. La había humillado tanto, se había sentido, y se sentía, tan miserable y estúpida por no haberlo visto venir, que a veces se odiaba por ello; es más, odiaba a todo el género masculino por ello.

Entrecerrando los ojos decidió que no era ella la estúpida; lo era él. Su ex era un imbécil por no haber sabido ser sincero consigo mismo ni con ella. Por haberla engañado todos esos años en los que pensó que su vida era perfecta, que su matrimonio era perfecto. Y era un egoísta y una mala persona por haberle causado tanto daño, por haberle roto el corazón como lo hizo.

Por eso había tomado una decisión. Una que pensaba llevar a cabo por el resto de su vida. No volvería a permitir que le hicieran daño. Nunca, nunca más se expondría como lo había hecho con él. Nunca nadie conocería sus sentimientos, y si lograba no tenerlos, pues mejor que mejor. Había sido demasiado duro porque, a pesar de lo que todos creían saber de ella, había sufrido enormemente con aquella traición. Había sido tan doloroso conocer la verdad de la forma en que lo hizo, que era consciente que nunca podría sobreponerse a ello. Es más, aún estaba padeciendo lo indecible porque su familia simplemente se había limitado a darle una palmadita en la espalda, como si aquello no fuese tan malo, después de todo; manteniendo su amistad con él como si tal cosa, sin importarles el daño que le había causado; sin importarles que a ella aún le seguía provocando un daño enorme que se pronunciase su nombre en su presencia. Como si lo único importante en la vida fuera que nadie conociese el motivo real de su ruptura y así evitar los chismes sobre su familia, su poderosa familia. ¡Pues bien que le había servido a ella tanto poder! —pensó irónica.

Apretó los labios con furia porque estaba en el pleno convencimiento de que nunca podría recuperarse de ese duro golpe, y se enojó todavía más porque su familia no lo comprendiese y la compadeciese. ¡Se podrían ir todos a freír monas! Volvió a suspirar, esta vez con resignación. Así eran ellos: primero las apariencias, después se solucionaría todo lo demás, y era mejor no aparentar estar mal.

Pues ella no pensaba permitirlo.

Mina se encargaría de buscar soluciones a los problemas, a sus problemas, a todos. Y en ese momento su mayor apuro era aliviar su acuciante necesidad, una penuria que no era afectiva.

Tragando saliva lentamente, se preguntó: ¿Entonces qué es lo que quieres?

—Sexo, eso es lo que quiero, la escasez de él me está matando. Daría lo que fuera porque un hombre me tomara y me empotrara contra una pared de forma animal.

Metió el consolador con forma de pintalabios, obsequio de una de sus mejores amigas, la única que sabía la verdadera razón de su separación, en su estuche; y después se dirigió al chifonier color melocotón y estilo victoriano que adornaba su dormitorio, con decisión. Aquel mueble era un punto divergente en su habitación, decorada al más puro estilo minimalista. Había sido la única concesión de él en cuanto a la decoración del dormitorio que ambos compartían, y Mina estaba orgullosa de su triunfo, por eso guardaba sus cosas más preciadas dentro de ese enser. Y lo adoraba.

Era consciente que tenía que haberlo visto venir, pero estaba tan enamorada de Juste que jamás hubiese imaginado que era homosexual, mucho menos que mantenía una doble vida. Y que esa doble manera de vivir le afectaría directamente a ella. ¡Cabrón!

Intentando ignorar esos pensamientos, tomó el mando del iPod y puso su canción favorita, Fever, procurando que la sensual música penetrase por cada poro de su piel. Aunque si encima de que estaba que se subía por las paredes de las ganas que tenía de echar un buen polvo, oía dicha melodía, sería capaz de llamar a Telepizza y tirarse al enclenque pizzero cuando viniese a traer el pedido.

—Vamos, Mina —se animó mientras se movía de forma pausada, con elegantes movimientos al compás de la música—, tú eres una mujer decidida, valiente, así que tienes que ir directamente a por lo que quieres, y lo que quieres está claro.

A continuación, abrió el último cajón sin dejar de tararear la melodía, donde guardaba aquellas prendas que se había comprado para tener una noche de lujuria y desenfreno con el que fuera su marido. Ilusa. Noche que sin duda hubiese tenido si no hubiera descubierto su juegucito y que, por algún motivo, que en ese instante no lograba recordar, había pensado que nunca tendría con otro. ¡Menos mal que no las tiré a la basura

presa de la rabia o se las regalé a Piluca!

Rebuscó entre las prendas un poco hasta que encontró lo que buscaba.

—¡Aquí están! —exclamó feliz.

Sacó del cajón un pequeño cofrecito plateado y lo abrió. La verdad es que aquellas prendas le habían costado una fortuna. Sonrió al ver el delicado tanga de encaje negro abierto por la parte de la vagina y se sintió enloquecer. Desde hacía unas semanas, la necesidad de practicar sexo había hecho presa de ella, y esa noche no pensaba quedarse con las ganas de un buen revolcón. Seguramente se debía a que ya había superado aquella traición, al menos en lo referente a desear estar con otro hombre. Y si no era por eso..., se encogió de hombros, para qué buscar respuestas; el caso es que tenía ganas de tener una buena experiencia carnal que la ayudara a deshacerse de sus fantasmas.

Un hombre, eso es lo que necesito, refunfuñó, sí, eso exactamente, precisamente lo que no era mi ex.

Ya estaba un poco cansada del pintalabios; es cierto que habían pasado buenos momentos juntos pero, ¡leches!, necesitaba el contacto humano, por lo que decidió acudir a la fiesta que su hermano había organizado en el chalet que sus padres tenían en la costa marbellí. La guarida se llamaba la finca y, Álex, aprovechando que estos estaban en Bali, había decidido montarse un fiestón. Según su hermano, había invitado a mucha gente, la mayoría de fuera de su círculo social, para poder divertirse a gusto y que nadie le fuera con el cuento a su estricta y dominante progenitora.

Así que Mina había decidido acudir a aquella fiesta donde no había sido invitada porque seguramente no conocería a la gran mayoría de los que sí lo estaban, por lo que podría actuar con libertad, sin tener que dar muchas explicaciones de lo que tenía planeado hacer: elegiría a un tío que estuviera cañón, y si todo pintaba bien, se lo llevaría a un hotel, pasaría una noche de súper buen y abundante sexo, o eso esperaba, y al otro día, ¡adiós, muy buenas! Sí, eso es lo que haría; por todos sus bolsos que nadie se lo iba a impedir.

Se quitaría el mono y no comprometería su corazón. No habría llamadas, ni mensajes, ni quedadas posteriores. Sería un rollo y punto. Actuaría como lo hacían muchos hombres, buscando sexo sin más.

Sonrió triunfal.

Tomando aquel tanga, con una sonrisa de anticipación, se dispuso a ponérselo mientras oía las últimas notas de aquella sensual canción, por lo que corrió a ponerla de nuevo. Le encantaba, y oír la hacía sentir poderosa. Acababa de ungirse el cuerpo con su crema preferida de Kenzoki, aquella que olía a bambú, después de haberse dado un relajante baño con sales. Lo cierto es que se estaba preparando a conciencia, y se excitaba solo de pensar que fuera capaz de tirarse a un desconocido. Me he vuelto una chica mala, malota.

A continuación, tomó unas medias de seda negra con encaje en la parte superior y que se ajustaban a sus muslos sin presionar demasiado, y se las puso; le siguió un sujetador de esos que dejaban los pezones al aire y que iba a juego con el tanga. Todo el conjunto era negro y demasiado provocador, demasiado erótico. ¡Ainss, sí—se dijo—erotismo, sexo y mucha marcha es lo que me pide el cuerpo esta noche. Sonriendo, se observó en el espejo de cuerpo entero y sintió el calentón cuando vio la abertura de su vagina, completamente rasurada, por la tela inferior que le faltaba al erótico tanga.

Se sentía perversa, malvada y lujuriosa.

Ahora coronaría su indumentaria con un entallado vestido abotonado por la parte delantera, negro también porque ese color era elegante y sexy, hasta la rodilla, sin mangas, y unos tacones de infarto, de esos con plataforma que había puesto de moda doña Letizia. Se soltó el abundante pelo castaño claro hasta los hombros, y se pintó los labios de rojo. Esa noche iba pidiendo guerra y quería que el mundo lo supiera. No quería que nadie albergara dudas acerca de sus intenciones.

Se miró una vez más y se detuvo al darse cuenta de un detalle.

Un momento, se abrió otro botón de la pechera y se guiñó un ojo. Ahora sí.

—Perfecta. Bien —cuadró los hombros—, allá voy.

Tomó su bolso y se marchó en dirección a aquella fiesta, presa de la anticipación.

Soy una mujer que sabe lo que quiere y va a por ello.

Llevaba un rato interminable allí, junto a la mesa donde se servían las bebidas, observando a la marabunta que se había juntado en casa de sus padres con cara de querer matar a alguien. Concretamente a Álex, su hermano. Si mi madre se entera de esto, lo mata, se dijo. Lo cierto es que Álex se había pasado tres pueblos, se había súper pasado. Había montado una bacanal. Aquello estaba fuera de control y esa gente era de lo más ordinaria. Nunca, nunca se había relacionado, fuera de lo estrictamente necesario, claro, con ese tipo de personas. Y para una vez que decidía hacerlo se encontraba con... Es que eran, eran... Justo lo que necesitas: un hombre guapo, ordinario y que te eche un buen polvo. Y que no lo vuelvas a ver, eso es lo más importante. Se tomó la copa de un trago, sin respirar, esperando que quien quiera que fuese el elegido, al menos no tuviera pijoos.

No pudo evitar observar que había botellas tiradas por el cuidado jardín, gente vestida metida en la piscina, parejas pegándose el lote por diferentes lugares del enorme chalet sin ningún pudor, personas gritando a pleno pulmón y diciendo soeces... Se sintió un poco inquieta y pensó que vaya su mala suerte, porque después de haber estado casi un año encerrada, sin ganas de hacer otra cosa que trabajar o ir al cine, había decidido hacer su primera salida a una de las bacanales de su hermano.

Se le acercó una chica y le ofreció un porro. Mina estuvo a punto de rechazarlo y echarlo de su casa, pero se lo pensó mejor y decidió que nunca más volvería a estar entre esa gente, así que: ¿Por qué no? Sonriendo, lo cogió y le dio una enorme calada que le hizo marearse un poco, para después volver a darle otra.

—¡Eh, colega, ve con cuidado que es un porro de coca!

—No me digas—le dijo volviendo a dar otra fuerte calada.

La chica se lo quitó sonriendo y le dijo que tuviera cuidado que estaba aliñado con algo más que el polvo blanco, y se alejó de allí gritándole a alguien que se había colado una pija inocentona en la fiesta y que esperaría para ver cómo acababa.

A Mina le molestó un poco que la llamara de esa forma, pero decidió no darle importancia. Era la primera vez que fumaba droga, la primera vez que se acostaría con un desconocido. Se sintió un poco mareada, pero muy bien. Es más, se sentía genial, eufórica, como si pudiera con el mundo a pesar de que no le gustaban aquellas personas.

—No me importa, es mejor así—se dijo con una seguridad de la que normalmente no hacía gala—. No conozco a esta gente. Y no voy a marcharme si no es acompañada. He tomado mi decisión.

Cogió otra copa y se la tomó de nuevo del tirón, sin apenas respirar. Sabía que se estaba emborrachando pero no le importaba, se sentía muy bien. Y fue a por otra, pero esta vez decidió tomársela más despacio; justo en el momento en que daba un nuevo sorbo a su gin-tonic condimentado con fresas y vainilla, alguien la empujó provocando que se manchara la barbilla y la pechera del vestido. ¡Jolines!

—Perdona, tía—se disculpó una rubia que iba de alcohol hasta las cejas y sin ningún remordimiento—, ha sido sin querer—le dijo con cara de: me importa un pimiento, y marchándose de allí carcajeándose.

Mina la observó marcharse apretando los labios. ¿Aquella poca cosa se había reído de ella? Se sintió impotente. Le hubiera gustado tirarle el resto de la bebida sobre aquel pelo oxigenado a lo barato y quedarse a observar si tenía ganas de reírse después de eso. Pero no lo hizo, mantuvo el tipo, después de todo aquella chica tenía toda la pinta de ser una barriobajera, y ella no iba a rebajarse a armar una pelea con alguien de su calaña. Sobre todo si temía que la cogiera de los pelos, que seguramente es lo que la otra haría si ella la encaraba; pudiera ser que fuera puesta, pero no había perdido completamente la cabeza. Simplemente se calló, mirándose con rabia el estropicio que la otra le había causado, molesta al ser consciente de que ahora olería a alcohol. ¡Con lo que se había esmerado en su olor corporal para esa noche!

—Estupendo—murmuró mientras se miraba el escote todo mojado.

—Lo siento—se disculpó alguien con la voz completamente embotada por el alcohol o algo más, y a quien ella no miraba porque estaba decidiendo si aquel incidente le había estropeado la noche y acababa marchándose de allí, o por el contrario pasaba de todo, buscaba un tío y se lo tiraba en su propia casa—. Déjame ayudarte, al fin y al cabo ha sido mi amiga quien ha provocado esto.

Aquel hombre se dispuso a limpiarle el escote con toda la confianza del mundo, por lo que Mina hizo el intento apartarse antes de levantar la vista hacia él. Una cosa era que anduviera buscando un amante puntual, otra que cualquiera le pusiera las manos encima sin ningún respeto, y sin que ella lo hubiera decidido todavía.

—¿Qué haces?—le preguntó indignada mientras alzaba la vista a la vez que conseguía que el hombre le soltara el vestido de un manotazo.

Y mejor que no lo hubiese hecho porque se quedó iploff!

¡Por las bragas de Mafalda! ¿Quién era ese? Se quedó sin respiración cuando por fin pudo ver a su samaritano indeseado. ¡Toooma! ¿De dónde había salido ese hombre que no lo había visto en toda la noche? Se fijó en sus vaqueros, su camiseta de una concentración motera, un poco desgastada, eso sí, y sus tenis de mercadillo. Demasiado normal, demasiado ordinario, demasiado... pobre. Desde luego que no presentaba el aspecto que solían mostrar sus amistades, sus amigos que cuidaban con esmero su aspecto, su peinado, su piel, pero... ¡Jolín, estaba cañón! Para quedarse todo el día mirándolo y mucho más. O al menos eso parecía, porque algo le ocurría que no podía enfocar la vista demasiado bien. Pero estaba segura de que estaba bueno, mucho.

Mina se dio cuenta de lo alto que era, porque ella también medía lo suyo, y con los altísimos tacones que llevaba, aún más; y, sin embargo, este la sobrepasaba en un par de centímetros. Se sorprendió al darse cuenta de que le gustaba, vaya si le gustaba. Y decidió que, después de todo, no había sido tan mala idea acercarse a la fiesta de Álex.

Le dedicó una brillante y coqueta sonrisa, una de esas que el sexo opuesto solía entender. Después de todo había encontrado lo que había ido a buscar. Ese sería su hombre. Era el elegido para pasar una desenfadada noche. Ya le picaban las manos por las ganas de tocarlo. Lo tuvo claro en cuanto lo escuchó hablar. Se acostaría con él, aunque era consciente de que tendría que ser ella la que pagase el hotel. Este no tiene pinta de gastarse dinero en coger una habitación para pasar la noche con una mujer. A Mina no le importó. En ese instante solo estaba segura de una cosa: quería sexo y si ese buen ejemplar masculino se lo proporcionaba, le estaría más que agradecida. Estaba dispuesta incluso a pagar por ello. Exactamente, pagaría, así sentiría que no le debía nada.

Ya empezaba a sentir la urgencia nacer en su entrepierna.

¡Ainsssss que nervios, ya quería marcharse con él!

—Emmm...

Parecía que él quería decirle algo.

—¿Sí?—le preguntó insinuante y medio colocada.

Este sonrió, incómodo, y le señaló el escote intentando no mantener la vista clavada, en el mismo, mucho tiempo. Ella no entendió. ¿Qué quería decirle? Estaba demasiado desorientada como para entender ningún gesto. Él, viendo que ella no le hacía caso, se encogió de hombros y lo

intentó de otra forma más directa. Se señaló su camiseta y la miró picarón.

—¿Qué haces? —le preguntó con voz sensual, sorprendida pero sonriente.

—Me estás obsequiando con una visión imponente de tus pezones, y creí que sería correcto hacértelo saber, aunque yo salga perdiendo.

Mina se miró el vestido abriendo mucho los ojos y corrió a cerrárselo abochornada. ¡Ostras! Se le habían soltado los botones hasta la cintura y este le había visto los senos debido a la escasa tela del sujetador. Y encima sus pezones estaban erectos, consecuencia de lo extremadamente caliente y abotargada que se sentía. Volviendo la vista de nuevo hacia él se encogió de hombros con una sonrisa. Piensa algo qué decir para no parecer una pija tonta, se dijo. Lo mejor sería actuar como si aquello fuera lo más normal del mundo.

—Parece que vas preparada para pasarlo en grande —dijo su adonis mientras le sonreía sin apartar la mirada de sus labios.

—Espero tener una buena noche.

Audaz, tengo que ser audaz si quiero llevármelo a la cama y, claro que quiero.

Este la miró alzando sus pobladas cejas y sonriendo aún más; y Mina pudo percibir la exageradamente blanca dentadura en aquella enorme y carnosa boca.

—¿Tu novio está por aquí? —le preguntó aquel morenazo como al descuido.

—No, no ha venido esta noche —no pensaba decirle que andaba desesperada buscando compañía masculina, era mejor que lo intuyera, y si no lo había hecho ya, entonces, entonces...

—Qué lástima.

Al decir esto la miró sonriente por encima del borde de su tubo y Mina no pudo evitar devolverle la sonrisa. La química entre ambos era palpable y ella podía sentirlo, por lo que se volvió más osada. Era consciente de que ambos buscaban lo mismo: sexo. Al igual que se notaba a legua que se gustaban. ¿Por qué no, entonces? Si no lo volvería a ver...

—¿Tu novia ha venido contigo?

—No, no ha venido esta noche.

Él volvió a sonreír.

—Vaya —dijo pasándose la lengua por los labios de forma negligente—, una verdadera pena.

Si Mina hubiera podido verse a través de un espejo, se hubiera horrorizado con su aspecto. Tenía los ojos vidriosos debido a lo que quiera que hubiese fumado, y la mezcla con las copas que había tomado no la ayudaba mucho. Estaba colocada, mucho. Sobre todo teniendo en cuenta que ella nunca había fumado, ni siquiera tabaco, y no solía beber bebidas blancas.

—No en este momento —A Mina el calor la estaba sofocando—. ¿Conoces a Álex?

—No —mintió. Mejor que no supiera que era la hermana del organizador de aquel desenfreno—, he venido porque una amiga me pidió que la acompañara.

—Pues no debe ser tan buena amiga —la señaló. Se había dado cuenta de que mentía—. Te he estado observando desde hace rato y no te he visto con nadie.

Le quitó la copa que ella tenía de las manos y puso los labios en el mismo lugar donde ella antes había posado los suyos. Por lo visto su brebaje parecía gustarle más. Y bebió sin dejar de mirarla. Al parecer su apuesto desconocido había decidido que le gustaba más la bebida de ella.

—Tu amiga parece ser muy escurridiza.

Aquella sonrisa de nuevo. Vamos mujer, ve a por él, te lo está poniendo en bandeja.

—En realidad he venido sola.

—Y con ganas de guerra...

Mina arqueó una ceja y lo animó a que continuara, con mirada seductora.

—No has dejado de mirar y evaluar a cuanto chaval se ponía al alcance de tu vista.

Intentó parecer escandalizada porque él fuera tan directo, pero pensó que no tenía importancia, después de todo, solo lo vería esa noche así que no le importaba lo que pudiese pensar de ella. Lo único importante era que lo tendría.

—Ando buscando algo —le dijo metiendo la punta de su dedo índice en la copa de él y llevándosela descaradamente a los labios. Soy mala, muy mala.

Él la miró entrecerrando los ojos, de forma ardiente.

—Tú estás jugando con fuego —lo dijo mirándola de forma abrasadora—, y puedes provocar tal volcán que no habrá quién lo detenga.

—Tal vez es lo que he estado intentando hacer desde que te he visto.

Él suspiró sonriente, dejó su copa en la mesa y la miró.

—Luego no quiero arrepentimientos.

La tomó de la mano y se la llevó, él sin saberlo, escaleras arriba a la buhardilla donde había jugado desde niña. Oía a alcohol pero a Mina no le importó. Estaba que se quemaba, y era por él, su sangre parecía la lava de un volcán a punto de estallar. Se quemaba viva de las ganas de acostarse con él. Era excitante verse arrastrada por un desconocido por su propia casa sin que este supiera quién era ella. Soltó una risita pensando en lo que su morenazo hubiese hecho de saber que era la hermana de su anfitrión. Ay, no, mejor que no se entere por si se detiene, se dijo.

Se dejó guiar porque estaba tan caliente y necesitada, que su consolador esa noche podía terminar derriéndose dentro de su cuerpo si volvía a utilizarlo.

En cuanto llegaron arriba, este cerró la enorme puerta de madera y la apoyó contra ella. Estaban a oscuras, pero no importaba. Mina sabía lo que quería, lo que había ido a buscar, y lo que, afortunadamente, iba a encontrar. Solo esperaba que durara toda la noche.

—¿Esto es lo que estás buscando? —le preguntó el hombre junto a su oído mientras le abría el vestido de un tirón y empezaba a acariciarle los muslos en dirección a su trasero.

—Aún no me decido, tendrás que ser más persuasivo —lo animó con anhelo.

Él le acarició el trasero con frenesí, apretando sus nalgas de forma incontrolada, acariciándola después.

—Me tienes completamente cachondo.

Ella no le contestó, pero soltó un gemido tan esclarecedor que cualquier hombre hubiese entendido y disfrutado. Necesitaba el contacto físico, por lo que metió las manos por debajo de la camiseta de este y empezó a acariciarle la espalda, sorprendida porque estuviese tan bien formada, tan definida. Lo ayudó a quitarse la camiseta y la tiraron, con descuido, en alguna parte. No sabía dónde, pero no le importaba.

—Vaya —susurró contra su cuello mientras le metía los dedos en sus partes íntimas—, es cierto que vienes preparada para esto. Me encanta este tanga.

Automáticamente se agachó entre sus piernas y tomándola fuertemente por el trasero desnudo metió la lengua en su vagina por la abertura de la tela, y empezó a lamerla de forma enloquecedora. Mina se agarraba como podía a la abundante cabellera de él, la tenía demasiado larga, más incluso que ella, a la vez que inclinaba su pelvis un poco hacia adelante para dejarle espacio. La sensación de llevar puesta la ropa interior pero que estuviera justamente abierta por ese sitio para permitirle el acceso a su amante a sus partes, la tenía fuera de control. No podía evitar moverse de forma lujuriosa con cada lametazo que él le dedicaba con maestría.

—Ven —le suplicó ella tirando del pelo de este para llevarlo hasta sus pechos descubiertos en la copa gracias al sugerente sujetador.

—Que nunca nadie me diga que no hago caso a una tía, soy un puto calzonazos.

Ella sonrió ante aquellas palabras y se mordió el labio, ahogando un grito de satisfacción cuando él empezó a succionarle los pezones, mordisqueándolos, acariciándolos y estrujándolos después, como antes había hecho con su trasero.

—Dame tu mano —puso la cuidada mano de Mina en su entrepierna, obligándola a notar su exagerada erección—, ¿sientes cómo me tienes? No pienso soltarte en toda la noche. Soy el puto amo entre las piernas de cualquier tía, no necesito ponerme en la polla el polvito blanco para aguantar toda la noche, aunque sí es cierto que me lo he metido en abundancia.

A ella no le importó lo que le decía, estaba fuera de sí, no le importaban muchas cosas esa noche, o mejor dicho ninguna, solo quería sexo, sexo y sexo.

—Mmm...

Mina estaba exultante. Aquella verga estaba en su máximo estado de excitación por ella. Aquello la enloqueció. Él le cogió la nuca con ambas manos y la besó con pasión en los labios, abriéndolos para introducirse lo más profundo que pudo dentro de ella, a la vez que empujaba sus caderas contra las de Mina, urgiéndola a seguirlo con el movimiento.

—Desabróchame el pantalón y métemela dentro de ti —le ordenó con una voz contenida por el deseo—, voy a explotar en cualquier momento como sigas gimiendo de esa forma.

—¿Cómo? —Se sentía perversa, sobre todo porque no se conocían, porque nunca más volverían a verse—. ¿Así? —Y volvió a gemir y él la apretó aún más contra su cuerpo, provocando estremecimientos en Mina al sentir sus pechos desnudos, su vientre, rozarse contra el cuerpo de este.

Ella le desabotonó los vaqueros, siguiendo sus instrucciones, y los abrió lo suficiente como para sacar su henchido pene de los ajustados calzoncillos y llevarlos hasta el borde de su vagina, donde lo introdujo con un gemido de satisfacción.

—Me vas a matar.

—Mmm, ¿te gusta esto? —le preguntó Mina de forma sugerente mientras gemía una y otra vez.

Él le dio un mordisco en el pecho para obligarla a ralentizar el movimiento, porque estaba seguro de que se correría dentro de ella, y no quería hacerlo. Usaría la marcha atrás, ya que no le había preguntado si tomaba la píldora, y él apenas tenía dinero para comer, mucho menos para condones. Un poco más, solo un poco más... Justo en el momento en el que había pensado apartarse de ella, Mina se convulsionó debido a que había llegado al ansiado orgasmo, aprisionándolo contra ella con sus esbeltas y torneadas piernas, provocando que no pudiera contenerse un segundo más, y se dejara ir dentro de aquella avasalladora mujer, extasiado y contrariado.

—Maravilloso —le agradeció con los ojos cerrados, deleitándose con las sensaciones—. No imaginas cuánto necesitaba esto.

Él la miró, con el corazón desbocado debido a la experiencia que acababan de vivir, y exhausto. Apoyó su frente en la de ella, satisfecho, y un poco molesto por haberse dejado llevar, ya que se cuidaba de no dejar embarazos no deseados por ahí; más de una intentaba pillarlo desde hacía tiempo.

—Podemos repetirlo —le propuso de forma seductora—, sobre una cama esta vez. ¿Tomas la píldora?

—No —contestó Mina—, pero había pensado tomarme la del día después. No me gustan los preservativos.

—De acuerdo. —Él decidió que debería fiarse de ella puesto que no quería dejarla marchar aún.

—¿Has pensado en algo? —Mina pudo percibir la expectación en su propia voz.

—La habitación de la hermana de Álex está desocupada —la informó mientras ella aguantaba una sonrisa—, esa pija nunca viene a estas fiestas, somos demasiado del pueblo para relacionarse con nosotros.

—Debe ser una persona horrible. —Si él supiera quién era ella... Mina estaba pasándose en grande, le gustaba interpretar el papel de una desconocida, y así se aseguraba de que nunca supiera quién era ella.

—No lo sé. La verdad es que no la conocemos, ni falta que hace. —Él seguía acariciándole los pechos, era como si no pudiese dejar de hacerlo—. Vamos, tengo que follarte otra vez, y con urgencia.

Justo cuando se apartaba de ella para ayudarla a adecentarse un poco e ir a la habitación para pasar una buena noche, se formó el caos.

—¡Abre la jodida puerta! —Una tía gritaba desde el otro lado y ambos se sobresaltaron—. ¡Sé que estás ahí! ¡Abre, maldito cabrón! ¡Cuando te pille no te van a quedar ganas de follarte a zorras desesperadas!

—¡Mierda!

—¿Quién es? —preguntó Mina mientras se abotonaba el vestido e intuía que él hacía lo propio con su ropa. ¡Ay, Dios! Aquella gente vulgar la iba a meter en un problema. Después de todo no debería haber ido a la fiesta.

—¡Sé que estás ahí con esa guarra! —seguía gritando a través de la puerta—. Os han visto venir hacia aquí a pegaros el lote.

—Mi novia —le dijo sin remordimientos y con cara de disculpa mientras se sentaba en el suelo y cerraba los ojos, completamente drogado—. Al parecer, sí que ha venido a la fiesta.

—¡Abre!

Sintieron cómo la otra chillaba llorando mientras pateaba la puerta, al mismo tiempo que alguien, gracias a Dios, pensó Mina, intentaba calmarla y llevársela de allí.

—¿Me hará algo? —le preguntó un poco asustada.

Él sonrió como si todo aquello le pareciera gracioso.

—La Yoli solo es un poco escandalosa, nada más.

La ayudó a tomar asiento junto a él en el suelo de la buhardilla.

—Dijiste que tu novia no había venido —le reprochó Mina pensando que probablemente iba a perderse una noche de sexo espectacular.

Otro golpe, esta vez con menos energía.

—Al parecer lo ha hecho. Pero no te preocupes, en un rato se cansará de gritar y se marchará. Después continuaremos con lo nuestro —dijo como si fuese lo más natural del mundo a la vez que le acariciaba el rostro—. Me encantas.

—Debes de ser todo un mujeriego si estás acostumbrado a estas escenas. —A pesar de que, con ese simple roce, ella volvió a sentir la necesidad de tocar y ser tocada, en su voz se podía percibir la censura y a él pareció molestarle, porque no le contestó. Retiró la mano en un gesto de fastidio y la miró en silencio. Al cabo de pocos segundos la ojeó de nuevo de esa forma tan perturbadora.

—Si no lo fuera, tú no estarías aquí, gatita.

¡Será estúpido!

—Pues a lo mejor no debo estar aquí. —Mina no sabía por qué, pero estaba molesta, a pesar de ser consciente de que ella misma había decidido marcharse con él sin importarle si estaba casado o tenía novia. Para ser sincera, tenía que reconocer que estaba irritada, y pensó que tal vez se lo debía al hecho de pensar que, no hacía tanto, ella estuvo en el mismo lugar en el que ahora se encontraba la tal Yoli. No le gustó, nada, ni un poquito. Era duro descubrir que tu pareja era capaz de serte infiel con cualquiera. Aunque claro, el amante de Juste había sido un chico y encima de su propia sangre. Se levantó con ímpetu pero él la agarró de la muñeca, con demasiada fuerza, y la obligó a sentarse de nuevo.

—Espera que se marche —la aconsejó—, ¿o quieres encontrarte con ella y que te patee a ti en vez de a la puerta?

Al decirle esto soltó una carcajada como si aquello fuera un chiste.

La naturalidad con la que dijo aquello y su forma de mirarla le dio a entender a Mina que aquello sería lo más probable que ocurriese. Y su rollito

de esa noche estaba colocado, mucho, con lo cual, la otra también estaría igual. Como ella misma, que apenas podía enfocar bien la mirada. Por lo que se acomodó en su asiento sin echarle un nuevo vistazo, evitando tocarlo. Decidió que ya había tenido su gran experiencia; había conseguido su desahogo puntual, y lo más sensato sería retirarse de la forma más digna posible, evitando armar una buena en su propia casa, que diera lugar a que Álex o cualquier otro tuviese que intervenir y que todos fueran concededores de su desesperación. Ahora bien, una cosa tenía clara, no quería volver a tener contacto con un hombre tan parecido a su ex. Apretó los dientes e hizo un enorme esfuerzo en no volver a mirar aquellos incandescentes ojos verdes. Menos mal que aquel tío se lo puso fácil no intentando acercarse a ella de nuevo. Cualquiera diría que estaba dormido al verlo con la espalda apoyada contra la pared y los ojos cerrados, en un estado de total relax.

Al cabo de un buen rato, en el que ambos permanecieron en silencio, tal vez porque él pasaba de ella y Mina estaba como enajenada a causa de lo que había tomado y fumado esa noche; los golpes cesaron y el llanto y las voces se fueron apagando, perdiéndose a lo lejos. Fue en ese momento en que Mina decidió que ya era suficiente.

No estaba dispuesta a aguantar a otro indeseable, ni siquiera por la noche de sexo que tanto necesitaba; ni por alguien que la había hecho derretirse por completo. Pues no, no iba a hacerlo.

Así que se levantó sin mirarlo y abrió lentamente la puerta para marcharse, eso sí, antes de salir le echó una última mirada y no pudo evitar soltar un grito de indignación cuando vio que este estaba profundamente dormido. El muy sinvergüenza se había dormido en los minutos que habían estado esperando a que su novia se fuese de allí, por eso no la había vuelto a molestar. Sin poder contenerse, le dio una fuerte patada en la espinilla y salió corriendo cuando lo escuchó soltar un juramento y llamarla guarra. No pensaba volver la vista atrás, ya había conseguido lo que quería, así que ahora se alejaría de allí todo lo posible antes de que se metiera en un problema con la novia de este. Además, él tampoco merecía su consideración, después de todo, era un mujeriego sin escrúpulos. Mira que acostarse con ella estando la novia en la misma fiesta y luego... luego... quedarse dormido como si nada. ¡Lo habría matado!

A partir de esa noche, ella sería diferente. No serían los hombres quienes la utilizarían a ella, sino todo lo contrario.

Juste la había engañado durante años, habían sido novios desde el instituto, fue su primer amor. Habían estudiado juntos en la universidad, e incluso se habían marchado juntos un año a Estados Unidos a aprender inglés para, a su regreso, casarse. Y lo habían hecho, sí. Una boda por todo lo alto, con cientos de invitados, con un menú espectacular; la boda de sus sueños con el hombre de sus sueños. Y Mina adoraba a Juste, pero Juste adoraba a Felipe, el primo de Mina, y eso fue lo que ella descubrió una noche, sin esperarlo: que ambos hombres eran amantes, en su propia casa, y en su propia cama. Y ahora que se acostaba con un desconocido porque sí, este iba y se dormía. ¿Tan poco valor le daban los hombres? Llegó a su coche echando fuego por la boca. Buscó la llave pero no podía cogerla, las manos parecían tener vida propia y no pensaban obedecer sus órdenes.

—¿Tan mal estoy? Bueno, mejor pido un taxi.

A partir de esa noche todo iba a cambiar.

Capítulo 1

Algeciras, 2013

Otra vez se veía obligada a dejarlo todo para acudir a auxiliar al cabeza hueca de su hermano. Estaba más que harta de tener que hacerle de niñera a Álex. Él, que nunca se preocupaba por nada más que de sí mismo, sus juergas y sus amiguitas, no dejaba de interferir en su vida y sus planes, fueran cuales fueran, con sus continuos accidentes. Estaba jugando un torneo de pádel con sus amigas y ese nuevo profesor alemán que les quitaba el sentido, en Sotogrande, cuando la llamaron para que acudiera urgentemente al hospital Punta de Europa, donde su hermano se encontraba ingresado debido a un accidente con la moto. ¡Con la maldita moto! Como no podía ser de otro modo, lo dejó todo y salió corriendo a su encuentro, temiéndose lo peor.

Si ya lo había visto venir cuando le dio por hacerse motero. Al muy estúpido, no se le daban bien los deportes de riesgo, y una moto no era ninguna tontería. Podría haberse matado. Hacía menos de seis meses que se había sacado el carné y ahí estaba, accidentado. Tal y como ella había predicho. Tenía ganas de estrangularlo con sus propias manos por ser tan inconsciente. Y encima ingresaba en un hospital público teniendo la clínica Quirón al lado. Un imbécil, lo que ella decía.

Suspiró frustrada mientras entraba en el viejo y destartado ascensor que la llevaría a la planta de trauma, donde estaba ingresado. Ni siquiera había parado a cambiarse de ropa cuando se enteró de lo del percance. Simplemente había guardado su carísima, y de color rosa, pala valor en su mochila para pádel, a juego con esta, y corrió en dirección a su mini descapotable para ponerse en camino, dirección a ese viejo y tercermundista hospital. El cual estaba resultando aún peor que en sus peores pesadillas.

Hizo un gesto desagradable cuando el ascensor se detuvo en la primera planta para que entrara un montón de gente que no dejaba de reírse y hablar escandalosamente, y tuvo dolor de oídos. Apretó los labios, deseosa de llegar cuanto antes a su piso. Uno de los hombres del grupo la miró con intención, haciéndole un repaso sin ningún escrúpulo, y tuvo ganas de arrearle un quantazo. ¿Acaso creía un tipo como aquel que alguien como ella se rebajaría a sonreírle siquiera? Iluso. Lo ignoró, e hizo todo lo posible para que este percibiera su desagrado; y, en cuanto se paró el ascensor en la segunda planta, salió todo lo rápido de lo que fue capaz, sin decir adiós a los ocupantes de aquel espacio.

Se detuvo en la puerta que daba acceso a la zona de traumatología y se dio cuenta de que no sabía adónde debía ir. Se amonestó por tonta. ¿Y ahora qué? Ese estúpido de Álex no le había dicho el número de habitación, tan solo se había limitado a informarla de lo que le había ocurrido, suplicándole que acudiera a visitarlo sin decirle nada a sus padres. Y yo siempre salgo corriendo a sus llamadas.

Apretando los dientes, se dirigió hacia el puesto de enfermeras.

—Disculpe, —le dijo a la mujer que estaba ojeando lo que debían ser unos informes médicos.

Esperó unos segundos, al parecer esta no la había oído.

—Señora —la volvió a llamar impaciente. Nada.

¿La estaba ignorando?

Estaba punto de aflorar su mala leche de un momento a otro. Pensó que de haber sido un hospital privado, le hubiesen contestado a la primera y con una agradable, pero claro, con los funcionarios habíamos topado. Eran la lacra del país.

—¿Podría atenderme un momento? —le preguntó alzando la voz.

La otra la miró con un mal gesto.

—La he oído a la primera —contestó molesta—, pero estoy ocupada ahora mismo y me está distrayendo.

Mina la miró alzando su ceja izquierda en un gesto de incredulidad. Si hubiera podido le hubiera dicho lo que pensaba realmente de la gente que trabajaba para el sector público: unos vagos totales. Si hubiera podido, claro. Teniendo en cuenta que su hermano estaba ingresado en dicho centro sanitario, sería mejor que cerrase la boca. Así que aguardó, cada vez más enojada, a que dicha persona considerase que ya había esperado lo suficiente.

Al cabo de unos minutos, los cuales le parecieron horas, la enfermera apuntó algo en una libreta y volvió a dejar los papeles en una bandeja que había sobre el mostrador. Cuando hubo terminado se dirigió a ella, que estaba que echaba humo por haberla dejado esperando tanto tiempo, y le habló.

—Dígame.

Contrólate.

—¿Podría decirme el número de habitación de Don Alejandro de la Cuesta Murillo?

Su tono era demasiado desagradable y a la mujer no le pasó desapercibido.

—Lo siento, pero no podemos dar ese dato.

¿En la cara de la otra cuando le dijo esto había satisfacción?

—¿Perdón?

Estaba indignada.

—No puedo revelar datos de ningún paciente. —Y encogiéndose de hombros, siguió con su tarea. Esta vez colocando pastillas en diminutos vasos de plástico blanco, que tenían números pintados en rotulador negro.

—Se trata de mi hermano —intentó sonar amable, aunque cualquiera diría que se había tragado un sapo—, ha tenido un accidente de moto, acaba de llamarme para que venga al hospital.

—Lo siento —volvió a repetir, esta vez con una sonrisa de fingida disculpa—, pero si ha tenido un accidente hace poco, lo normal es que esté en urgencias o... en la UCI. Si ha pasado a planta es que el accidente no es de hoy.

¿En su voz había censura o le pareció a ella?

—¿Entonces no va a ayudarme? —preguntó escandalizada.

Pensó que, seguramente, lo que quería era alguna compensación económica por colaborar. Si es que vivía en un país de sinvergüenzas... Mirándola con odio, abrió su mochila y sacó su pequeña cartera Tous. Sacó un billete de cincuenta euros y se lo ofreció a la mujer, quien la miró sorprendida.

—¿Qué hace? —le preguntó abochornada, mirando hacia ambos lados del pasillo, por si alguien estaba viendo lo que aquella pija estaba haciendo.

—¿Me dirá ahora dónde está mi hermano?

—Me está insultando, y que sepa que la puedo denunciar por esto, si no se lo he dicho es porque no puedo. No porque no quiera.

Mina se pasó una mano por su bien cuidada cabellera castaña, con mechas californianas, mientras contaba mentalmente hasta diez, como le había aconsejado más de una vez su psicoanalista, para calmarse. ¿Qué debía hacer? La muy petarda se negaba a colaborar y ella tenía que ver a Álex.

La miró unos segundos de reojo, cuando de pronto se acordó de que su hermano vivía pegado a su iPhone, por lo que decidió llamarlo. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Tonta. Se dispuso a buscar su número en el móvil para llamarlo cuando alguien gritó su nombre. Al menos por el que la conocía su familia y los amigos.

—¡Mina!

Esa voz... Se giró precipitadamente hacia el lugar del que procedía aquel sonido familiar. Solo su familia y sus amigos la llamaban Mina, era un diminutivo cariñoso de su nombre, así que debía ser Álex.

—Perdón —se disculpó al chocar con alguien—, lo siento —volvió a decir.

Y se quedó sin palabras cuando el hombre con el que había tropezado le dirigió una deslumbrante y blanca sonrisa. ¡Tooooooma castaña! Y, por decirlo de alguna forma, acababa de sentir cómo se le había caído el tanga. ¿Quién era ese? Se le olvidó todo: el enfado por la no colaboración de la enfermera, el enfado por haber dejado su torneo de pádel y a ese profesor que la traía de cabeza y que había decidido convertir en su amante, el enfado con Álex por andar siempre metido en los...; en fin, el enfado constante con el mundo desde su divorcio hacía ya ocho años.

Solo vio ese rostro, esos enormes ojos de intenso color verde, y esa enorme y sensual boca, en la que brillaba una dentadura espectacular, y sintió un escalofrío, y un hormiguelo.

—No importa —le dijo este en perfecto castellano y sin rastro de acento, ampliando la sonrisa y provocándole una corriente eléctrica—. Ha sido mi culpa.

Y se marchó, por lo visto llevaba mucha prisa. Y ella observó con tristeza cómo desaparecía tras la puerta del enorme pasillo. Observó que vestía ropa de marca y que iba muy bien peinado, y le gustó, mucho.

Quiso salir corriendo tras él y hacerle un sinfín de preguntas, como por ejemplo: su nombre y su número de teléfono. O su Facebook, o mejor su correo electrónico, algo... ¿Y ella creía que el alemán era un adonis? Ay, madre, pues empezaba a hacerse patriota por momentos, mucho.

—¡Mina! —volvió a gritar su hermano, devolviéndola a la realidad.

Se volvió a girar para ver dónde estaba este hasta que lo vio al final del pasillo, sentado en una silla de ruedas, con ambas piernas escayoladas y un cabestrillo, mientras la anteriormente borde enfermera, empujaba la silla de ruedas donde este se encontraba con una sonrisa que ella hubiese creído imposible en su avinagrado rostro.

Corrió hacia él y se inclinó para darle un beso en cada mejilla. En cuanto lo vio en ese estado se olvidó de lo molesta que estaba con él. No podía evitarlo, pensaba que era un viva la virgen y deseaba ignorar sus continuas llamadas de socorro, pero, en cuanto lo tenía delante y le sonreía de aquella forma tan suya, se olvidaba de todo y solo quería asegurarse de que se encontraba bien.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó ansiosa—. Y, ¿por qué no me has llamado antes? ¿En qué estabas pensando?

Sin poderlo evitar se puso a regañarle y la enfermera la miró molesta, retornando a la cara de vinagre.

—Así que sí que sabía en qué habitación estaba mi hermano —le señaló a esta furiosa.

—Solo hago mi trabajo —contestó la otra con su ya habitual mala cara, expresión que solo cambiaba cuando miraba a Álex, pero claro, él siempre había tenido algo especial para las de su sexo que Mina no comprendía, tal vez porque era su hermana—. Además, ¿cómo podía saber yo

que era verdad lo que usted decía? Alex no es ningún pij... —Cuando el hombre tosió para que la chica no siguiera por ahí, esta, automáticamente, cambió lo que había tenido intención de decir—, es una persona muy agradable.

Y la enfermera se marchó dejando a Mina para que empujara la silla de su hermano.

—Es una imbécil—soltó molesta.

—Yo le pedí que si venía alguna mujer intentando verme —le explicó con una sonrisa—, intentara no dejarla pasar.

Ella lo miro poniendo los ojos en blanco.

—Mejor no pregunto.

—Créeme —la aconsejó Álex con una mirada triste y Mina pensó que ya estaba de vuelta a las andadas—, es mejor que no.

—Bueno, ahora explícame por qué no me has avisado antes —lo regañó—. Soy tu hermana mayor. Creo que merezco un poco de consideración. ¿Y si te hubiera ocurrido algo más grave?

Álex se miró un momento y alzó ambas cejas.

—No ha sido nada —intentó tranquilizarla—, además, Gato ha estado conmigo todo el tiempo. Es un buen amigo.

—¿Gato? —le preguntó horrorizada por el apodo.

Solo de pensar qué había originado que se lo pusieran le daba escalofríos.

—Mejor ni pregunto de qué alcantarilla lo has sacado. Y seguramente es otro de tus amiguitos de las motos. Todos son una panda de inconscientes, por no decir de malhablados y mal vestidos.

Álex empezó a reír ante la descripción que su hermana hacía de sus colegas.

—Pues acabas de cruzarte con él —le explicó sonriendo. Se había dado perfecta cuenta de cómo su hermana había repasado físicamente a su amigo—, y no parecía desagradarte.

Mina parpadeó incrédula ante lo que significaban aquellas palabras.

¿Ese hombre espectacular era Gato? Pues entonces sería uno de los mujeriegos amigos de su hermano, que eran todos iguales. Hombres sin escrúpulos como su ex y el padre de Jimena, que no dudarían en engañar a alguna incauta: como ella misma. Sí, seguro, se convenció, pero, ay, mi madre, cómo estaba el tal Gato.

—Tonterías.

Intentó quitarle importancia a la observación de Álex, como siempre hacía cuando no le agradaba lo que escuchaba. Simplemente, lo ignoraba.

—Bueno, no me regañes más.

—Por ahora —le dijo mientras empujaba la silla con dificultad debido al peso de esta, y a lo poco acostumbrada que estaba al trabajo pesado—. ¿Cuál es tu habitación?

—La 224.

—¿Y quién te ha tocado al lado? porque supongo que no tienes la habitación para ti solo —le preguntó con desagrado.

—No empieces, Mina.

Álex suspiró con resignación. Su hermana era una pija de cuidado, como la esnob de su madre.

—Me callo.

—Es mejor.

—Ya lo hago.

—Necesito pedirte un favor.

Ya estábamos. Lo sabía, sabía que si Álex la había mandado llamar era para dejarla a cargo de alguna de sus obligaciones. Como se mantuvo en silencio, su hermano se volvió hacia ella como pudo en la silla, haciendo una mueca de dolor.

—No te muevas —le ordenó con remordimiento por haberlo ignorado—, puedes lastimarte.

—Es que es algo importante.

—Me lo imagino.

Mina decidió que debía hacer una lista de qué cosas no eran importantes tratándose de Álex.

—Es cierto —insistió preocupado—, se trata de la empresa.

—¿La empresa?

Aquello sí que había llamado su atención. Desde su trágico divorcio había hecho una lista de prioridades, y a la cabeza de todo estaba el trabajo. Así había conseguido superar su dependencia de su ex marido: volcándose en el curro.

—Necesito que te hagas cargo de ella mientras me recupero, solo serán unos meses.

—¿iQué!?! —La cara de su hermano era la de un cachorro abandonado, y Mina sabía que lo hacía adrede; siempre se aprovechaba de su debilidad hacia él para obligarla a hacer cosas que no quería—. Vamos, Álex, supongo que tendrás personal cualificado para que la dirija sin tener que estar yo por allí, que por cierto no tengo ni idea de ese mercado.

Este negó con la cabeza.

—La empresa no va bien, necesito una inyección importante de capital—le explicó—, y he encontrado un socio, alguien que puede aportar su cartera de clientes en el sector, además de afrontar los impagos de los últimos meses.

—¿Qué ha ocurrido?

En realidad le estaba preguntado: ¿qué has hecho?

—Nada, de verdad —le dijo—, es que hemos realizado unos trabajos importantes para la Junta de Andalucía y no los hemos cobrado en el plazo previsto, es más, me ha dicho la delegada que no contemos con cobrar, que están sin blanca.

—¿Y es mucho dinero?

—Un buen pellizco.

—¡Malditos políticos!

—La crisis está llamando a todas las puertas—le dijo con pesar—, y he encontrado una empresa importante que no aspira a eliminarnos, sino a absorbernos.

—Podrías recortar gastos, o pedirle un préstamo a papá.

—Me niego —le dijo rotundo—, el abuelo me pidió que me hiciera cargo de la empresa, me dijo que no la viera solo como una forma de ganar dinero, sino también como una forma de ayudar a los demás. Papá me obligaría a recortar en personal, sin embargo he encontrado otra solución: un socio. Él aportará el capital suficiente mientras recuperamos la pérdida sufrida a causa de la Junta, y piensa como yo: en no despedir a nadie mientras pueda haber una alternativa.

Mina, al igual que su madre, nunca había comprendido por qué su abuelo había tenido que dejar al frente de aquella empresa a su hermano, más sabiendo que era un cabeza loca; sin embargo, debía reconocerle el mérito de haber mantenido a Murillo S.L., empresa dedicada principalmente al transporte de mercancías por carretera, a flote, con la que estaba cayendo en el país; sobre todo cuando la mayoría de sus competidores habían tenido que cerrar.

—Pienso que estás cometiendo un error, no debes manejar la empresa movido por los sentimientos.

—Puede ser —convino su hermano—, pero solo necesito que te pongas al frente en estos meses, dando una imagen de seriedad y no de abandono, mientras yo estoy convaleciente. Es necesario que alguien haga de comercial, que quede con los clientes y todo eso. También te ayudará Gato, él se encargará de la logística. —Mina se mantuvo en un terco silencio. No quería—. Te deberé un favor muy grande.

—Ya me debes unos cuantos.

—No como este. Por favor, ¿lo harás por mí?

En la cara de Álex había tal ilusión que supo que estaba perdida, sobre todo teniendo en cuenta que este había pronunciado el nombre de aquel otro al que ella se había quedado mirando como una gata en celo. Y pensó que menuda ocurrencia: una gata y un gato. Y decidió que ya sabía dónde encontrar a ese pedazo de hombre.

Capítulo 2

En cuanto la vio aparecer toda estirada, con sus Ray-Ban al estilo piloto, su bolso de Louis Vuitton, auténtico claro, y aquella ropa, exageradamente cara, para acudir a las oficinas de un polígono industrial, supo que se trataba de la hermana de Álex. Aquella era una niña pija que no veía más allá de su estrecho círculo social, que no tenía otra preocupación que la ropa que debía ponerse cada mañana, o elegir un destino a su gusto para ir de vacaciones. Una esnob. Una cuqui. Por supuesto que su presentación en aquel lugar de trabajo, y la forma de mirar a los que allí había, no hizo sino confirmar sus sospechas de que aquella mujer era una..., pensó imitando mentalmente su mano lacia por encima del pecho: súper estúpida. Se dio cuenta de que era la misma con la que había tropezado la tarde anterior en el hospital, cuando salía de visitar a Álex, por lo que no cabían dudas de quién se trataba.

Mascó el chicle de yerbabuena que tanto le gustaba de forma exagerada. Mejor eso que decirle cuatro verdades a esa pedante. Como por ejemplo: qué hace una chica como tú en un sitio como este. Efectivamente, aquel no era lugar para una chica como aquella. Inspiró hondo. No le gustaban ese tipo de mujeres, en absoluto. Le gustaban mucho más las mujeres de su mundo, sin tantos subterfugios, ni gestos o expresiones de niña pequeña; sin tantas tonterías ni frases como: o sea, acompañadas de aquella mano lacia y ese flequillo echado hacia un lado como si el que le tapara un ojo fuera muy moderno.

Entrecerró los ojos tras sus gafas de sol y mascó más fuerte mientras se esforzaba por recordar el motivo de su presencia allí y el porqué tenía que aguantarla.

Su vida había dado un giro de ciento ochenta grados hacía años, muchos ya, cuando casi matan al Padre Font, el hombre que siempre le había tendido una mano y había evitado que acabara en la cárcel o hecho una piltrafa humana por culpa de las drogas; y por él, solo por ese buen hombre, no pensaba desviarse de su camino. Él había hecho una promesa a ese hombre y pensaba cumplirla, y para hacerlo había descubierto que podía ser más útil de esta forma que comportándose como un delincuente callejero. El padre siempre le había dicho que era más difícil, pero más productivo, intentar cambiar las cosas desde dentro que hacerlas explotar desde fuera. Y eso intentaba hacer desde hacía más de siete años. Y lo estaba consiguiendo, solo que en esos momentos era apremiante echarle una mano a Álex y a los de la antigua pandilla. Por eso lo dejó todo y acudió en ayuda de sus amigos de juventud, de la pandilla con la que tantas veces había quedado hecho polvo a causa de lo que se habían metido y sin recordar casi nada al día siguiente.

Estaba junto a tres de los camioneros tomando un descanso para beber algo y charlar amigablemente, cuando todos se quedaron mudos al verla aparecer. Él ya la había visto llegar, no se le solía escapar nada, pero se había callado, manteniéndose en su sitio; quería que fuera ella la que tuviera que acercarse hasta él para poder hacerse una idea de cómo era, de cómo actuaba antes de decirle quién era.

Desde luego, tenía que reconocerlo, aquella era toda una visión. Una mujer de armas tomar, porque no podía haber sido descrita de otra forma con aquellas curvas y aquel andar tan favorecedor a sus femeninas caderas. Aquella era una mujer acostumbrada a ser obedecida, a mandar. Aquella forma de caminar, acompañada de sus gestos, le hicieron ponerse a la defensiva porque se percató de que no iba a ser fácil tratar con ella. Es más, estaba seguro de que iba a ser hartó difícil. Por lo que estuvo preparado para enfrentarse a aquella vaquilla. Gato la estudió desde la distancia con detenimiento, intentando hacerse una idea de su carácter, puesto que lo poco que conocía lo sabía por Álex, quien no hacía otra cosa que quejarse de lo metomentodo que era su hermana, siempre dando consejos no deseados. Sin embargo allí, quien iba a tener que tratarla iba a ser él, por eso prefería ver cómo se comportaba antes de juzgarla por ser una pija.

La mujer llevaba un pantalón negro de vestir, a juego con una chaquetilla; todo muy profesional, todo muy caro y sofisticado; e iba subida encima de unos altísimos tacones de aguja de color negro con la puntera de color blanco, haciendo juego con la blusa de seda que coronaba aquel conjunto. Él hubiera preferido verla con unos vaqueros y una sencilla blusa, pero tuvo que reconocer que estaba despampanante. A medida que se acercaba a ellos, caminando con paso firme, se colocaba su enorme flequillo rubio detrás de la oreja, en un gesto totalmente femenino, y eso lo descolocó un poco teniendo en cuenta el gesto adusto de su boca. Se preguntó con malicia qué es lo que haría ella si se le atascaba el fino tacón en una de las numerosas grietas que había en el cemento del patio. Sonrió al pensar en lo ridículo de la situación y se convenció de que armaría tremendo escándalo. Y eso, por supuesto, a él le encantaría; así la vería en toda su salsa.

La observó por encima de su lata de cola, esperando ver cuál sería el siguiente movimiento de la mujer. La imagen de niña bien ya la tenía, pero ver cómo se comportaría en ese ambiente sería otra cuestión. Según Álex, era una gran profesional, una empresaria reconocida en el mundo de la moda, o al menos así es como se la vendió para que aceptara trabajar con ella después de que se negara un sinfín de veces. Pues bien, pensó con burla, en aquel lugar lo que menos había era moda. Se encontraban en una nave de un polígono industrial, donde se almacenaba mercancía para luego transportarla en viajes de largo recorrido, por lo que esta no estaría en su mundillo de aduladores y pelotas perfumados y sin gracia, sino que trataría con personas acostumbradas a decir barbaridades para reirse mientras trabajaban. ¿Qué haría? ¿Correría a esconderse tras el escritorio de Álex y manejarlo todo desde la distancia, llamando continuamente a papá para que le solucionara los problemas? ¿O se implicaría en el negocio y trabajaría como uno más, codo con codo con él, intentando sortear los obstáculos? Lo cierto es que no sabía qué pensar de ella, aparte de que era una pija y que estaba muy buena, pero, volvió a mascar el chicle, eso ya lo sabía.

Se sorprendió un poco cuando, después de unos diez minutos en los que la había visto llegar y dirigirse con paso seguro y porte regio a las oficinas, salió en dirección al lugar en el que se encontraban ellos: el patio. Los demás no sospechaban siquiera que la hermana del dueño era quien iba a hacerse cargo de la empresa mientras este estuviera convaleciente; todos confiaban en él, estaban seguros de que sería Gato quien lo dirigiría todo; y, por eso, nada se había desmoronado con la ausencia de Álex. Solo él sabía que debería compartir la responsabilidad con Mina, aunque nunca entendió por qué Álex no pudo dejarlo simplemente a él al frente de todo. Era muy capaz y ya lo había demostrado con creces. Realmente, siempre había oído hablar de ella pero nunca había llegado a conocerla, según su amigo, esta no se relacionaba con gente de fuera de su entorno o sus empresas. Le producía alergia. Y dichas empresas, vinculadas al mundo de la moda aunque desde una perspectiva editorial, poco tenían que ver con el transporte de mercancías por carretera.

Mascó más lentamente, a la vez que se iba acercando, achicando los ojos tras los oscuros cristales de sus arnettes, conteniendo la respiración ante dicha mujer. ¡Que me corten los huevos, pensó-, verla tan cerca ha sido como una patada en el estómago! Y ciertamente así había sido. Gato sintió que algo lo empujaba hacia ella, que le gustaba lo que veía. La observó sin tapujos, con total descaro, y llegó a la conclusión de que lo

atraía exageradamente, al menos por el momento. Sobre todo esa actitud que traía y que parecía predispuesta para una buena pelea. Si no fuera tan pija... ¡Que lo colgasen, lo tenía hipnotizado ese andar seductor!

Y llegó a una conclusión: le gustaba.

Mucho.

Demasiado.

Mina había llegado en su mini descapotable color amarillo a la empresa de su hermano y no le gustó lo que se encontró. Apretó los labios cuando miró su reloj y vio que eran solo las doce menos cuarto de la mañana para que aquellos cuatro gandules estuvieran de descanso: ni era la hora del desayuno ni la hora de la comida, así que no había razón que justificara esa falta de diligencia en el trabajo. No iba a permitir que hicieran lo que les viniera en gana porque Álex estuviera ausente. Ahí había que tomar las riendas, y eso iba a hacer. No pensaba perder el tiempo, después de todo estaba allí para garantizar que todo funcionaba, o al menos que el trabajo se hacía. Estaba enfada ante esa falta de diligencia y... refunfuñó. ¿Dónde diablos estaba la persona que su hermano le había dicho que se encargaría de la logística? Se suponía que sería el tal Gato, al que ella vio un segundo en el hospital. Se suavizó por un momento al recordarlo. ¡Y qué segundo! Por eso se había arreglado tan bien, quería causarle una grata impresión, de profesional y no de cabeza hueca, ese hombre tan guapo, tan arreglado, a pesar de ser uno de los impresentables amigos de su hermano, le gustó. Es más, habría salido corriendo tras él de haber podido y haber sido capaz. Había decidido que debía mantener una relación cordial con este, y quién sabe, pensó con malicia, tal vez algo más. Después de todo, estaba soltera, y andaba en pos de un nuevo amante. Relájate Mina —se dijo—. Primero el negocio.

Se dirigió, en primer lugar, a las pequeñas oficinas donde se gestionaba todo el papeleo de la empresa, y suspiró un poco fastidiada cuando se encontró a una mujer mayor; bueno, al menos, más mayor que Dulce, su madre. Demasiado vieja para su gusto. Ella era proclive a tener a gente joven y de aspecto impecablemente moderno a su alrededor, pero teniendo en cuenta que esa empresa la fundó su abuelo, tal vez debería de considerar que aquella señora habría entrado a trabajar con él y el sensiblero de Álex no la habría querido despedir. En fin, pensó encogiéndose de hombros en un gesto de impotencia, tendría que aguantarse con los medios personales que tenía.

Se presentó a la mujer, que la recibió con una afable y encantadora sonrisa, y le indicó cuál era el despacho de Álex y el de Gato, y también le dijo que este último no solía estar mucho en él. Perfecto -protestó contrariada-, mi hermano ha dejado el control logístico de la empresa en manos de un vago. Debí imaginarlo. Como no vio señales del tal Gato por ningún sitio decidió que sería ella misma quien pusiera a la gente a trabajar, de lo que fuera, pero no quería verlos ganduleando por las instalaciones. Más tarde le indicaría a ese hombre cuáles eran sus obligaciones con la empresa, y tal vez luego hablaran de las horas que podían pasar juntos intentando arreglar el negocio.

Así que, respirando hondo, y poniendo su expresión más adusta, se dirigió hacia ellos con la intención de hacerles saber quién mandaba allí y de ponerlos a trabajar en ese mismo instante. Les indicaría que, o la obedecían, o podrían ir a engrosar las ya voluminosas listas del paro.

Y así lo hizo. Fue hacia estos con las gafas puestas y la mirada al frente, con decisión.

—¿Están aburridos, señores? —les preguntó a los cuatro hombres que se encontró holgazaneando en las inmediaciones de la empresa mientras se les acercaba.

Estos estaban apoyados, como al descuido, sobre la cabina de una de las enormes cabezas tractoras, riéndose de algún comentario gracioso que había hecho alguno de ellos. Y eso no le gustó. Quería pensar que no se estaban burlando de ella. Aquel no era un lugar de divertimento sino de trabajo. Y además, ella era la jefa por el momento.

Cuando llegó hasta ellos, la miraron un poco sorprendidos e intrigados. Sonriendo ante la audacia de aquella tía, mirándose con complicidad. Primero le dieron un repaso de arriba abajo y de abajo arriba, de forma sexual; luego la miraron como si fuese una niña pequeña.

—¿Algún problema? —le preguntó uno de ellos.

Tendría poco más de treinta años, y llevaba el pelo al estilo de los cachas que solían salir en el programa de Hombres, mujeres y viceversa, el cual ella siempre negaría haber visto, por supuesto, incluso lo juraría. ¡Ah!, también llevaba un pendiente a lo Ronaldo, pero claro, ella sabía que era de bisutería.

—Por supuesto, quiero saber qué están haciendo aquí parados, ¿no tienen trabajo que hacer? —Al decir esto se quitó las gafas con aire pausado, un gesto que tenía estudiado y utilizaba muchas veces con el objetivo de intimidar.

Gato la miraba a través de sus gafas de sol y continuaba mascando su chicle. No iba a decir nada, estaba expectante. ¿Qué se proponía esta?

—Esta tía está flipá —dijo Toño con cara de guasa, uno de los trabajadores, amigo de Álex y de Gato, a los tres hombres restantes.

—¿Perdona? —le preguntó Mina con ese deje pijo que la caracterizaba y mirándolo con dureza a la par que alzaba una de sus bien depiladas cejas—. ¿Me has llamado... qué?

Toño se calló un momento y miró a Gato, quien ya no masticaba el chicle, ahora tenía los dientes fuertemente apretados.

Esta venía a liarla.

—Pírate, chavala —dijo otro. Estaban molestos e incómodos por el tono y la actitud de Mina—. Este no es sitio para ti, a no ser que hayas venido a buscar un poquito de fiesta, ¿sabes?

Le miró las tetas y se tocó el paquete para que entendiera a qué se estaba refiriendo. Gato emitió una leve sonrisa mientras Mina lo miraba con cara de asombro, que en cuestión de segundos dio paso a la indignación.

—Esta lo que necesita es un polvazo —continuó provocando la risa disimulada de todos, de todos excepto de Gato.

Y Mina estalló.

Y Gato cerró los ojos.

—Recoge tus cosas, estás en la calle.

El chico se quedó mudo, sin saber qué hacer o decir.

—¿Cómo? ¿Qué dices, chalada?

Se había puesto nervioso al instante, al no saber con quién estaba tratando.

—Lo que has oído, estás en la calle. Acabas de faltarle el respeto a tu jefa.

Nadie iba a convencerla de que no lo echara.

—¿Gato? —le preguntó al otro asustado y sin saber qué pensar. Como estaban las cosas no era plan el perder el empleo, y tampoco sabía quién era aquella tía que había llegado con esos aires como si fuese la dueña de todo. ¿La jefa? Pero si el dueño era Álex...

Mina miró al tercer hombre esperando que dijera algo, porque el cuarto salió disparado a meterse en algún hueco cuando ella dijo aquello. Con que Gato, ¿eh?

—Así que aquí es donde estabas —se dijo más para sí que para él—, contaminando al personal.

Gato se quitó lentamente las gafas de sol, en un acto totalmente deliberado que buscaba llamar la atención absoluta de Mina sobre él, y se le quedó observando a los ojos, con mirada seria y mandíbula apretada.

Y ella creyó que el suelo se abría bajo sus pies ante ese escrutinio. ¿Por qué tenía que estar tan bueno? Mina tragó saliva y aguantó la respiración. ¿Ese era el mismo con el que ella se había cruzado en el hospital? Sin duda lo era, decidió. Y sintió cómo se le caía el tanga de nuevo. ¡Demasiado! Estaba aún mejor con ese uniforme vulgar que con aquella ropa de marca. Llevaba puesto un pantalón de trabajo de color verde hoja, con bolsillos por todas partes, y una camiseta blanca con el logotipo de la empresa, toda manchada de grasa y con boquetitos. Y barba, tenía barba de unos días, negra y tupida. Ainssss, ¿pincharía? Le miró a los ojos, de verde intenso, como cuando se cruzaron en el pasillo del centro sanitario, rodeado por espesas pestañas oscuras, y... se quedó sin aire. Vaya por Dios, sentía que no podía respirar, y mucho ardor, calor, humedad... Se estaba alborotando y no podía perder el control.

—Creo que hay un malentendido —dijo él sin dejar de observarla.

—No lo creo, ¿sabes?

Puede que se estuviera derritiendo, pero allí mandaba ella.

—De verdad que debe haberlo.

Gato no era dado a alzar la voz pero si esa mujer seguía por ese camino podía empezar a adoptar el rol de gritón.

—Parece que no me has entendido.

—Pues parece que no —apuntilló volviendo a mascar el chicle.

—¿Tú eres el jefe de logística? —le preguntó arrogante. Si él supiera lo ardiente que se sentía cuando la miraba de aquella forma tan directa con esos ojazos, estaba perdida. Así que mejor ser una borde.

—Chica lista.

—Pues, en ausencia de Álex, yo soy la jefa de todo, o sea, incluido tú. Soy su hermana, María de los Ángeles de la Cuesta Murillo, encantada.

Le tendió la mano en un gesto formal y con semblante serio, el que solía adoptar para que sus trabajadores no pensaran que iban a ser amigos. Pero Gato la ignoró, y se quedó cortada. Nunca la habían desairado de esa forma. Y decidió que ese hombre era súper maleducado.

A Mina no se le escapó que él seguía observándola con detenimiento y eso la alteró un poquito más, si se podía. Se deleitó viendo cómo este se tocaba con la lengua un extremo de la enorme y carnosa boca, como si estuviera decidiendo algo, y acto seguido, se inclinó hacia ella y la obsequió con dos sonoros besos, uno en cada mejilla, pillándola desprevenida. Ella se sobresaltó y se echó hacia atrás ante el contacto. Asustada, y algo más. Había sentido el chispazo. Algo inexplicable. Y esos besos él se los había dado demasiado cerca de la comisura de sus labios. Valiente caradura, pensó. Si tan solo se hubiese girado un milímetro podría haberla besado en la boca.

¡Ojalá!

—Deberíamos hablar antes de que adoptes cualquier decisión.

Gato no iba a permitirle despedir a nadie.

—Habla —le soltó nerviosa. Le hubiera gustado que utilizara la lengua para otra cosa que no fuera hablar.

—En privado.

Su voz era tan sugerente que ella pensó que le estaba proponiendo algo indecente, algo que nada tenía que ver con el trabajo.

—Aquí.

Ni en sueños se iba con él a un lugar apartado. Bueno, en sueños, sí.

—Es un tema delicado.

Tenía que explicarle que quien decidía a quién se contrataba o a quién se despedía era él y no ella, pero tampoco quería humillarla delante de los trabajadores; no quería que le perdiesen el respeto si acababa de llegar, porque, por muy enreída que se mostrase, era la hermana de Álex y la necesitaba para las salidas con los clientes. Haría de comercial. Por lo demás, él podía manejar la empresa perfectamente.

—Estoy esperando.

Se lo estaba poniendo muy difícil.

—Gato, ¿qué hago? —le preguntó el chaval que había sido objeto de la ira de la otra, con ganas de echarse a llorar; ya no se atrevía ni a mirarla a la cara.

—Vuelve al trabajo. Esa mercancía —le dijo señalando unos palés al fondo de la nave—, debe estar en Almería a las ocho, como muy tarde. Sal ya.

El otro corrió a obedecerlo de inmediato.

—Creo que no me has entendido.

Mina se había empecinado. Ese estúpido la había insultado y ella lo quería en la calle y si este se ponía tonto, también. Por muy bueno que estuviera.

—La que no ha entendido aquí eres tú —le dijo en un susurro acercándose a ella más de lo necesario.

Ella se sobresaltó y se apartó.

—Creo que sé hablar castellano, ¿sabes?

—Vamos al despacho.

—Por si tienes algún problema de oídos —le soltó con esa voz de mujer acostumbrada a mandar—, me quedo aquí.

Gato escupió el chicle a los pies de Mina y la miró contrariado.

—Créeme —intentaba mantener la calma, porque entre las ganas de llevársela a un rincón y enseñarle cómo se trataba a un hombre, y el ansia de manchar su impoluta apariencia con el resto de refresco que le quedaba, pues no estaba seguro de que no hiciera alguna de las dos cosas—, es mejor que me acompañes.

—¿Perdona? —le preguntó, indignada no, lo siguiente—. Aquí tú no das órdenes —se acercó a él y lo miró a los ojos, para lo cual tuvo que alzar un poco el rostro a pesar de su estatura—. No olvides que solo eres un simple trabajador.

Los otros hombres se sintieron incómodos por ver a dicha mujer tratar de forma tan poco amable a Gato, y la miraron con encono. Sin embargo, este no hizo nada, simplemente la miró, la observó durante unos segundos que a Mina le resultaron interminables y excitantes, y que le provocaron que se sintiera morir de deseo. Y esa mirada tan directa, la afectó.

Y se asustó.

Y decidió que era mejor hacerle caso, por el momento.

—Sígueme —le ordenó al hombre sabiendo que esa batalla no la había ganado ella.

Y este la siguió, y los trabajadores que había allí le pusieron un mote: la teniente O'Neil.

Mina era consciente de la mirada de Gato en sus posaderas mientras se dirigían al despacho de Álex, el muy sinvergüenza le había cedido el paso y la seguía muy de cerca para poder verla mejor. Y lo había hecho con toda deliberación. Eso ya era demasiado. Si tan solo se detuviese un segundo, estaba segura de que se chocaría con él y lo tendría pegado a su cuerpo, a lo largo de toda la espalda. Sin poder remediarlo se le puso la carne de gallina y barajó esa posibilidad, por lo que tragó saliva y apresuró el paso, negando mentalmente cualquier tipo de atracción sexual por un trabajador de aquella frágil empresa.

—Ya estamos —le dijo sentándose detrás del enorme escritorio de Álex y que antes había pertenecido a su abuelo. Con esa actuación pensaba indicarle quién mandaba allí. Lo mejor era dejar clara su situación de poder desde el primer momento, y así, pensó, conseguiría mantenerse firme. Había decidido que no iba a dejar que sus sentidos tomarán el control. El escritorio sería su escudo contra ese hombre arrebatador. Estaría bueno no, lo siguiente, pero allí mandaba ella—. Te escucho.

—No puedes despedir a nadie, no estás autorizada para ello. Y no pienso permitirte.

Él le dijo aquello con absoluta confianza mientras se metía otro chicle en la boca y comenzaba a masticar de forma atrayente. El olor a yerbabuena inundó sus sentidos, sofocándola, y en ese instante estuvo segura de que necesitaba inundarse de algo mucho más consistente que

un olor, algo tangente, algo que se encontraba situado en la parte baja de... ¡No! -se ordenó de nuevo-, no va a engatusarme con esos felinos ojos de lince ni con esa lasciva mirada.

—Me parece que no has entendido bien. Yo decido quién se queda y quién se va.

Mina lo miró con desdén, quería hacerle saber que era la jefa, ella tenía el poder, aunque, tuvo que reconocer, no le gustó que él solo se limitara a mirarla desde su enorme estatura. Estudiándola. Sin decir nada. Estaba tan agitada que una buena bronca le hubiera servido para desfogarse.

Es muy alto.

Gato se cruzó de brazos a la vez que la observaba mascando su chicle con la boca cerrada. La miraba fijamente, con la cabeza un poco ladeada y los ojos entrecerrados, retándola, y provocando con dicho gesto que su enorme boca se moviera en un baile sensualmente erótico. La mujer sintió cómo se humedecía al pensar lo que sería capaz de hacer con aquella boca.

—Me parece que no soy yo quien no ha entendido el encargo de Álex. Estás aquí solo para encargarte del aspecto comercial—le explicó—, de las finanzas. La organización del trabajo y de los trabajadores es asunto mío.

—No me digas —soltó molesta por las sensaciones que ese hombre despertaba en ella. ¡Por favor, tengo casi treinta y cuatro años y un montón de relaciones a mis espaldas! -se amonestó-. Hace años que aprendí a controlar mi calentura.

—Te lo estoy diciendo.

Mina se enfureció aún más porque él no parecía perder esa actitud distante en ningún momento.

—Pues entonces te voy a decir yo algo a ti.

Se levantó y puso las manos sobre el enorme escritorio de caoba, inclinándose hacia él. Intentaba amedrentarlo, demostrar quién tenía el control, quién podía decidir sobre el futuro de otros, de él mismo.

Sin embargo, este no retrocedió ni un ápice; no parecía asustado por la actitud de ella, y se mantuvo donde estaba, mascando su chicle y mirándola con soma. Descruzó sus enormes y esculturales brazos y también colocó las manos sobre el escritorio, inclinándose a su vez hacia ella. Acercándose tanto que sus bocas quedaron apenas a unas milésimas.

Y mascó el chicle con más ímpetu, provocando que aquel olor a yerbabuena se hiciera más profundo, y ella sintió que no solo estaba húmeda, estaba empapada.

—Adelante.

—¿Qué?

Estaba segura de que iba a perder la poca cordura que le quedaba si continuaba mirándola así. Se sentía desorientada. Ni siquiera podía recordar qué es lo que iba a decirle. Sus ojos se habían extraviado siguiendo los movimientos de aquella atrayente mandíbula, al igual que sus intenciones.

—Ibas a comentarme algo.

Su voz era apenas un susurro. La mujer la sintió como una lenta caricia, y su mirada la recorrió tan ardientemente que creyó estallar. Decidió que debía estar haciéndolo aposta. Pues —pensó— lo está consiguiendo.

—Sí.

—¿Y bien?

Menos mal que llevaba puesto unos pantalones, porque de no ser así, hacía mucho que habría perdido el tanga.

—Pues...

¡Un momento! Se dijo obligándose a recuperar el control de sus sentidos. No iba a permitir que el deseo le nublara el juicio. Eso es lo que ese imbécil pretendía. No, ni hablar. Ella era una mujer de mundo, acostumbrada a tratar con hombres. Ese no era el juego que le hubiese gustado emprender, sino todo lo contrario, si alguien seducía a alguien, esa sería ella y no al contrario. No se iba a dejar engatusar por aquel hombretón.

Gato le sostuvo la mirada y Mina sacó fuerzas de donde no las tenía. Recuerda que eres una mujer fuerte y este es solo uno de tus trabajadores, o de Álex, que viene a ser lo mismo.

—Yo soy la jefa.

Lo dijo con esa arrogancia que la caracterizaba y pudo presentir cómo se esfumaba el momento de carga sexual que acababa de experimentar con aquel hombre.

Gato la miró un momento antes de retirarse; no dijo nada, solo la miró, y luego salió del despacho negando con la cabeza, mascando su maldito chicle, en dirección al suyo propio. Mina se dio cuenta de que él no había dicho nada, absolutamente nada, simplemente había negado con la cabeza. No le había dado la razón cuando le dijo que era la jefa, que mandaba ella. Y eso no le gustó, porque suponía que la estaba desafiando.

Pues allí se haría lo que ella dispusiera, quisiera este o no. Pero no le había dicho que comprendía y obedecería, simplemente la miró y se marchó. Ignorándola. Y a ella nadie la ignoraba. Tenía que hablar con él, aquello no había acabado.

Lo siguió y abrió la puerta por la que Gato había desaparecido y cerrado. Y lo pilló desnudándose. Se había quitado la camiseta y se estaba

desabrochando el pantalón.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó el hombre incrédulo y conteniendo una sonrisa.

Gato ni siquiera se inmutó cuando escuchó abrirse la puerta de su despacho. Simplemente siguió con lo que estaba haciendo. Había supuesto que ella lo seguiría hasta allí cuando decidió ignorarla, y no se había equivocado. Sonrió con maldad. Aquella mujer no soportaba que no la obedecieran y él no pensaba dejarla hacer a su antojo, al menos en lo que concernía a los trabajadores. Si alguien despedía a alguno sería él mismo, por un buen motivo y con el consentimiento de Alex, no por una pataleta de aquella niña bien ni por un malentendido. No te queda nada bonita —pensó con burla.

—¡Detente! —exclamó Mina.

—¿Que qué haces aquí? —le preguntó este fingiendo sorpresa.

—Aún no hemos terminado de hablar.

—Hubiera jurado que sí.

Gato tenía decidido molestarla un poco, así que continuó con lo que estaba haciendo, es decir desvestirse como si el que lo hiciera delante de ella fuese algo normal en su relación; aunque, claro que, no había contado con la mirada hambrienta de esta, quien daba la sensación de estar canina, al menos en cuanto a los hombres concernía. Al verla mirarlo de aquella forma voraz y con los ojos tan abiertos, que parecían dos enormes pelotas de billar en aquel bello rostro, pensó que, tal vez, no había sido tan buena idea darle aquella lección. No había contado con que aquella mujer lo atrajese de aquella forma tan bestial.

Alzó una ceja ante el escrutinio de esta y la miró directamente a los ojos. Chocolate, se dijo, son color chocolate. Pues a mí me encanta el chocolate.

—¿Te importa? —le preguntó mientras hacía ademán de bajarse los pantalones apartando su mirada de la de ella.

Mina se dio cuenta en ese instante de que se había quedado absorta contemplando aquel cuerpo que se exhibía ante ella con tal descaro, y se puso nerviosa. Demasiado, sobre todo al ser consciente de que lo que en realidad le hubiese gustado era ayudarlo a quitárselos. Volvió a contar mentalmente hasta diez para intentar calmarse, o mejor dicho, enfriarse un poco. Sin embargo no iba a marcharse, por muy perturbador que fuera ese hombre, por mucho que le gustase, allí había que dejar una cosa clara: ella era la jefa. Después ya vería cómo afrontaba su atracción por él.

—Necesito que me digas que has entendido lo que te he dicho.

—Lo he hecho. No soy tonto.

Él la miró de nuevo y ella esquivó la mirada, dirigiéndola, sin poder evitarlo, a su entrepierna no sin antes haber dedicado unos segundos a admirar aquel torso finamente esculpido. ¡Por todos mis Manolos que este sí es un hombre y no esos hinchados a base de proteínas y de gimnasio! Y yo quiero uno como este, arrrggg, aunque solo sea por una noche.

—Bien, solo quería asegurarme de que comprendías que no puedes contradecir mis órdenes. Creo que... —volvió a mirarle el paquete sin poder evitarlo y acabó sonrojándose—, que es bueno que mantengamos una relación cordial. Después de todo vamos a pasar unos meses juntos.

Mina se dio cuenta de lo que aquellas palabras podrían significar y se apresuró a corregirse, su subconsciente le estaba jugando una mala pasada. Pues anda que tu entrepierna.

—Quiero decir que trabajaremos codo con codo, por lo que es menester que nos entendamos y compenentremos.

Pues acababa de arreglarlo, ¿no?

Le lanzó una bonita sonrisa a Gato y este la imitó, aunque la diferencia radicó en que ella estuvo a punto de desmayarse.

—He entendido que tú crees tener más poder del que te ha dado Alex, por lo que deberías hablar con él sobre eso de nuevo —lo dijo en un tono suave, como si estuviesen hablando de ropa y no de quién mandaba y sobre qué. No quería entrar en una discusión con ella el primer día.

Se quitó el pantalón, quedándose tan solo con unos slíps de licra de color blanco impoluto, y se giró para coger una camiseta de una vieja bolsa de deporte.

Mina se quedó muda al verlo tan solo con aquellos escandalosos y pequeños calzoncillos y no supo qué decir. Solo tragó saliva y admiró la larga y bellamente tomeada espalda del hombre, a la vez que sentía que su sexo palpitaba de excitación. Fue a replicarle a lo que él había dicho cuando se hubo recobrado un poco, pero en ese instante Gato se acercó hacia ella y le pasó un brazo por encima del hombro, mientras acercaba su rostro al de ella. Y su cuerpo también. Mina pensó que iba a acercarla a él para besarla y esperó ansiosa el contacto. ¡Va a hacerlo, me va a besar! No sabía si quería que lo hiciera o no, bueno, para ser sincera sí que quería, pero no estaba segura de que le conviniese pero... Ainssss, ¿cómo lo haría? ¿Le metería la lengua hasta el fondo? ¿La apretaría contra él para hacerlo? Me estoy poniendo como una moto y ni siquiera me ha tocado aún.

Sin embargo, para su decepción, él se limitó a mirarla mientras tomaba un paquete de toallitas húmedas de la estantería que había detrás de ella con esa endiablada sonrisa de autosuficiencia. Y deseó matarlo. Estaba segura de que lo había hecho aposta, la había estado provocando en todo momento y ella no había podido evitar caer en su juego. Apretó los labios con dureza y Gato, quien se había tomado su tiempo para coger las toallitas antes de retirarse, la miró a los ojos. Y ese momento Mina sintió cómo una necesidad acuciante se apoderaba de su ser, como si la estuviesen poseyendo lentamente. Y sintió que el centro de su feminidad se humedecía mientras él le sostenía la mirada con los parpados caídos, como si estuviera decidiendo algo. ¡Me está matando! Este hombre es demasiado.

—¿Decías?

Mina se quedó muda deseando no haber pronunciado esas palabras en voz alta.

—¿Perdona?

Lo mejor sería fingir ignorancia.

—No entendido lo que has dicho —aún seguía sin apartarse de ella—; me ha parecido que susurrabas algo.

—¿Yo?

—No hay nadie más. —Acercó un poco más su rostro al de ella, su boca.

Mina inspiró hondo y pensó que había cometido un error garrafal porque al hacerlo percibió el olor del hombre, su aroma mezclado con el sudor. Y su semidesnudez, eso sobre todo.

—Pues has debido oír mal.

—Creo que no, parecías ronronear.

—Yo no hago eso.

—¿Nunca? —En aquella simple pregunta había mucho más.

—Jamás.

—Es una lástima.

Y se apartó de ella, dejándola con un palmo de narices, excitada, temblorosa y ansiosa. Lo habría asesinado lentamente por provocarla de aquella forma para luego dejarla así, sin nada. Mina se enfureció cuando lo vio dirigirse de nuevo a su bolsa de deporte para sacar unos vaqueros y ponérselos de un rápido movimiento, mientras que cogía las toallitas y se limpiaba las manos y los brazos, los cuales tenía manchados de grasa, algo de lo que ella no se había percatado. Claro —se dijo—, cómo ibas a hacerlo si has estado mirando donde no debías.

—Que quede una cosa clara —soltó rabiosa—: la jefa aquí soy yo.

Él seguía a lo suyo, mascando de forma exagerada su chicle.

—¿Me has entendido? —Se colocó delante de él y lo obligó a mirarla.

Y él lo hizo. Y Mina pensó que nunca, nunca, había visto tal mirada de deseo en un hombre, y se enojó aún más porque él no hubiese hecho nada por besarla.

—Te estoy haciendo una pregunta; o sea, si tu mente puede entender lo que le estoy diciendo, porque creo que eres tan obtuso que te has empeinado en ignorar el hecho de que soy la hermana de Álex, por ende, mando aquí hasta que este regrese. —No podía parar, de alguna forma tenía que desquitarse y expulsar su frustración—. Y si digo u ordeno algo, esto se cumple sin rechistar, no estoy acostumbrada a tratar con patanes pero créeme si te digo...

—Muy bien, te lo has buscado —soltó el hombre contrariado.

La arrinconó contra la pared, pegó todo el largo de su cuerpo al suyo y la besó de forma descarnada. Ella se había preguntado si le metería la lengua. Pues lo hizo, hasta lo más hondo de su garganta. La besó de una forma tan sexual que Mina se agarró a él de forma escandalosa hasta que Gato se apartó con la respiración entrecortada. Alzó la cabeza y se cruzó de brazos.

—No voy a disculparme —le dijo arrogante—, y tú no mandas en el personal de la empresa.

Se marchó dando un portazo y la dejó mirando al vacío, concretamente al lugar donde antes había ocupado él mismo. Mina notó que tenía algo entre los dientes y lo escupió. El muy cretino le había metido el chicle en la boca.

—Pues quieras o no, yo soy la jefa.

Se arregló un poco la ropa y se dirigió a su despacho.

iDios, como besa!

—Jajaja, de verdad que no puedo. Te lo juro —volvió a reír—, es que no puedo ir; te lo juro por mis michelines y sabes que no miento.

Miraba por la ventana mientras hablaba por su móvil. No podía dejar de seguir con la mirada a Gato, mucho menos después de lo que había ocurrido en la mañana cuando este la besó con la intención de hacerla callar y meterle el maldito chicle en la boca. Todavía se derretía al recordarlo.

Suspiró con deseo cuando vio cómo este se quitaba la camiseta y la tiraba a un lado para, acto seguido, proceder a beber agua de una tinaja de cerámica que había en un rincón, junto al tanque de gasoil.

Sexo -se dijo-, eso es lo que necesito; una buena noche de sexo.

—¿Que no tengo michelines? Claro que tengo, un montón.

Ulrich, su profesor de pádel, estaba al otro lado de la línea telefónica y la estaba amonestando por haber faltado a sus clases.

—¿Cómo? —Estaba tonteando con él y lo sabía. Llevaban algunas semanas así, pero claro, después de haber visto a uno de los trabajadores de su hermano, ya no le parecía tan interesante el alemán. Tenía claro que sus gustos habían tomado otros derroteros, sobre todo hacia los hombres con nombre de felino—. ¿Noooo? Eres malo, de verdad que no puedo.

En ese momento, Gato entró en el despacho de Mina para entregarle unas cartas de porte. Lo hizo sin mirarla, simplemente las dejó encima del escritorio y se dirigió a hablar con la mujer que se encargaba de las tareas de administración. Mina alzó la voz para que este la oyera.

—Está bien, esta noche a las nueve —intentó poner su tono más meloso, sabía que a Gato no debería importarle, pero ella quería que escuchase que él no era su única opción. Ella no era ninguna desesperada—. ¿Adónde? No me digas. ¡Al japonés del San Roque Club! Por supuesto, sé que puedes reservar en un sitio tan exclusivo como ese, nunca imaginé lo contrario.

Miraba de reojo a Gato, quien se estaba entreteniendo más de la cuenta en comprobar unos albaranes en la mesa de Elena. Cuando vio que este salía murmurando cosas poco agradables sobre ella, sonrió satisfecha al ser consciente de que estaba molesto. Muy bien -se dijo-, no seré la única que se sienta incómoda aquí.

—Entonces —volvió a hablar de forma normal, adiós a su tonto—, nos vemos a las nueve. No, no hace falta que me recojas, iré en mi coche.

Colgó sonriente. Tal vez Ulrich la hiciera disfrutar de una buena noche y dejaría de pensar en cómo meter al Gato en su cama.

Gato no pudo evitar dar una patada a una caja de cartón de las que había tiradas por todo el patio. Estaba disgustado consigo mismo por haberse dejado llevar por el impulso esa mañana con aquella estúpida. Sí que estaba buena, eso era indiscutible, porque a él lo volvían loco las mujeres grandes y de enormes caderas, y esta, esta... bueno, que esta lo tenía loco. La forma en cómo lo miraba, cargada de deseo, y como lo perseguían sus ojos a través de la ventana de la oficina...

No debió haberla besado, eso lo tuvo claro en cuanto lo hizo, pero es que se lo estaba poniendo muy difícil y él no era de piedra. Encima, y a su pesar, lo que más lo atraía era ese endiablado carácter de pija enterada que tenía, y esa forma de comérselo con los ojos. Se había quedado más del tiempo necesario en la oficina para enterarse de la conversación que esta mantenía con alguien, seguramente un hombre, y no debió hacerlo, porque le había molestado saber que había quedado esa noche. Incomprensiblemente le había escocido, solo un poco, pero lo suficiente como para tenerlo alterado toda la tarde. Pues prepárate chaval -se recordó-, te quedan unos meses de infierno con esta piba. Se metió un chicle en la boca y empezó a mascar con furia.

La teniente O'Neil, le habían puesto de mote los trabajadores de Álex, sonrió con desgana, pues se quedaban cortos.

Capítulo 3

—¿Va venir esta noche? —preguntó Dulce, su madre, entusiasmada, a su amiga Luchi.

Mina miró con disgusto a las mujeres, ya estaban otra vez hablando de ese hombre, parecía que no existiera nadie más. Resopló, un poco harta de escucharlas. Cuando les daba por algo se volvían insoportables. Alzó los ojos en un gesto de desprecio mientras bebía su té, esta vez les había dado por el nuevo millonario.

Dulce representaba todo lo que ella quería ser cuando fuera mayor: sofisticada, solicitada y bien vista. Aunque tenía que reconocer que la palabra mayor era relativa; ella ya no era ninguna muchachita, el próximo domingo cumpliría treinta y cuatro años y era madre de una niña de siete. Por lo que tampoco es que tuviera mucho tiempo para alcanzar el umbral de elegancia de esta, aunque cada día se esforzaba por conseguirlo. De ahí su afán por entrar en el mundo de la moda y empezar a destacar de alguna forma.

—Aún no lo sé —le dijo la mujer morena, conocida por todos como Luchi, apelativo cariñoso de Lucía—, pero desde luego si va a venir él, ahí estaré, sin falta.

—Pues yo no estoy tan segura de que venga —intervino Piluca, la hija de Luchi y amiga de Mina, al igual que su madre era amiga de la otra—; por lo visto, con el único de nosotros con quien se relaciona, inexplicablemente, es con Álex.

—Es que mi hijo tiene un talento natural para hacer buenas amistades.

Mina miró a su madre ante dicho comentario haciendo muecas con la cara. ¿Talento natural, su hermano, para hacer amistades? ¿Perdona? Elevó la vista al cielo en un gesto impotente y después miró a su amiga Piluca. Todo el mundo sabía que Álex era la oveja negra de la familia y que no andaba en buenas compañías, por lo menos no las adecuadas a su estatus, por mucho que su madre se empeñaba en hacer ver que no era así.

Piluca le devolvió a su vez una torva mirada. Tal vez porque estaba enamorada desde que podía recordar de su hermano y este no le hacía el menor caso. Es más, no la trataba nada bien y esta se lo consentía, hecho que no dejaba de ser un misterio para Mina porque su amiga, si algo tenía, era dignidad. Y también era una borde sin remedio.

—Mamá, todos sabemos quién es mi hermano, no hace falta que maquilles la realidad, estamos en familia.

Su madre la miró indiferente, como si no supiese de lo que estaban hablando.

—No sé qué quieres decir con eso.

—Álex no es ningún santo —apostilló Piluca.

—Más bien todo lo contrario —murmuró bajito para no entablar ninguna discusión con Dulce.

—Mi Álex es una persona sensata y trabajadora, un emprendedor.

Al parecer, su madre nunca iba a admitir ante nadie que su hijo llevaba una forma de vida un tanto descuidada, desordenada, y que se relacionaba con gentuza.

—Hablemos de cosas más interesantes —intervino Luchi con el propósito de desviar el tema a cuestiones más interesantes para ella—. Como por ejemplo: nuestro inminente vecino.

—¿Vecino? —preguntó por educación, en realidad no estaba interesada en saber.

—Según me han informado está estudiando comprar un chalet en Sotogrande. —Dulce miró a su hija con gesto arrogante. Le encantaba ser la primera en dar una noticia. Era peor que el Hola.

—Mi madre y la tuya están obsesionadas con ese hombre, al que, por cierto, no hemos visto nunca —señaló Piluca—, así que no sé de dónde viene tanta devoción. Podría resultar ser un imbécil.

—Vosotras no lo habéis visto pero —Luchi miró a Dulce con intención—, nosotras que somos mujeres de mundo, sabemos apreciar a un hombre hecho a sí mismo. Lo que este puede dar de sí, sobre todo en un sitio concreto... —Mina y Piluca se miraron y pusieron cara de querer vomitar ante las risas tontas de sus respectivas madres—. Es el hombre ideal para una aventura extramatrimonial —prosiguió—: tan varonil, tan misterioso —pareció darse cuenta delante de quién estaba hablando—; por supuesto, nosotras estamos felizmente casadas. Lo digo por todas esas aburridas casadas que se despellejarán vivas por tener algo con él.

—¡Oh, cielos! —la animó Dulce—. Cuando Juste me llamó histérico, contándome, con pelos y señales, que había conocido al escurridizo Roberto Prieto —hizo como si fuera a desmallarse—, la impresión que este causa entre nuestro sexo, y lo impresionante que es, casi me da un vahído.

—Podría haberte contado la impresión que le ha causado a él.

Mina miró a su amiga con intención para que no fuese por ese camino. Piluca a veces podría resultar una borde, adorable, pero borde en extremo. Y no quería que empezara su repetido discurso contra su ex marido.

—Ese comentario ha estado fuera de lugar —le recriminó su madre que miraba a Dulce con una disculpa en los ojos—. No sé por qué tiene que

ser como es.

—Creo que Juste se ha ganado nuestro cariño después de lo que ocurrió.

Mina seguía tomándose su té sin querer entrar a participar en la conversación. Estaban en la terraza del club de golf, habían quedado allí para desayunar y que Mina desconectara un poco de las obligaciones que le había impuesto Álex, y así cotillear un poco. Cotillear sobre el señor Roberto Prieto, el supuestamente irresistible empresario que había llegado a Sotogrande para descansar un poco y ocultarse del mundo.

—¿Perdona? —preguntó Piluca con gesto irónico. Imitando la frase preferida de su amiga.

—Ya vale.

Mina tuvo que intervenir para que su amiga no continuara metiendo cizaña contra Juste porque, si bien era cierto que le había ocasionado un profundo daño cuando descubrió su engaño y su traición, también lo era que la apoyó cuando más lo necesitaba. Y eso no podía olvidarlo. Por eso, en aquellos años había cambiado su actitud con él. Ella nunca pensó que podía quedarse embarazada, sí claro, fue una estúpida por no tomar la píldora del día después como le había dicho al tío con el que se acostó aquella noche, pero lo cierto es que se quedó. Y se quedó por inconsciente. Y cuando supo que lo estaba no quiso abortar, después de todo, ¿qué le quedaba? Solo ese ser que crecía en su vientre y al que podría llamar suyo. Lo malo fue que a ningún miembro de su familia le sentó bien que se quedase en estado y no le dieron tregua. Empezaron las llamadas, los consejos, los acosos para convencerla de que abortara, y ello no hizo sino afianzar su decisión de no hacerlo. Después de todo no era ninguna paria, tenía posición y tenía dinero. No le debía explicaciones a nadie. Nunca les dijo cómo o con quién había pasado, bueno, el cómo podrían imaginarlo, pensó cínica, pero no las circunstancias que la llevaron a quedarse embarazada. A la mañana siguiente a esa noche, se despertó malísima, con un fuerte dolor de cabeza y el cuerpo laxo, sin ganas de nada más que estar tirada en la cama todo el día. Lo que quiera que hubiera fumado debió ser una mezcla explosiva porque, sí que podía recordar todo lo que sucedió esa noche, no iba a comportarse como una hipócrita y negarlo, pero no podía recordar con claridad la cara del tío que la preñó.

Durante los primeros meses de gestación había mantenido un sepulcral silencio en lo referente a la identidad del padre de su criatura, más bien porque la desconocía que por otra cosa, y tal vez fue eso, el hecho de que nunca se volvería a cruzar en su camino ni tendría que discutir nada con él en lo referente a su retoño, lo que la ayudó también a seguir adelante con ello.

Y contra todo pronóstico Juste estuvo ahí, ayudándola, apoyándola. Después de lo que le había hecho, del daño que le causó y de que, indirectamente, fuera el causante de que se quedara en estado de aquella forma alocada... estuvo ahí. En cuanto se enteró de que estaba embarazada, de las habladurías que corrían sobre ella, porque todos empezaron a decir, a excepción de su familia por supuesto, que su marido la había abandonado porque se había quedado embarazada de otro hombre, pues eso: que se ofreció a ayudarla. Decidieron, los dos, decir que el bebé era de él, pero que no congeniaban y por eso se habían divorciado. Tuvieron que dar muchas explicaciones porque cuando Mina se embarazó llevaban poco más de un año separados, pero las afrontaron diciendo que fue la consecuencia de un intento de acercamiento. Así ninguno de los dos saldría mal parado, ni ella, ni él, porque claro, si Mina llegaba a contar el motivo real de su divorcio, no solo haría pedazo a los padres de Juste sino también a sus tíos, después de todo, su primo era el amante de su ex marido.

—Entonces, ¿qué? —Mina se percató de que le estaban preguntando algo y que ella se había perdido en sus pensamientos, una vez más, por lo que no consiguió atinar a responder a la pregunta.

—Por supuesto que irá —respondió por ella su madre—, y tú deberías ir también, Piluca.

—¿Yo? —se señaló—, claro que voy a ir. No me perdería por nada del mundo el veros a ti y a mi madre hacer el ridículo ante ese hombre.

—Lo que yo te diga, no sé qué hacer con ella. Aún no me explico qué hemos hecho tan mal para que esté en constante estado de odio con el mundo.

Piluca mantuvo la boca cerrada, por esta vez. No iba a decirle a su madre qué es lo que había hecho mal, nunca lo aceptaría. Como tampoco iba a decirles que no pensaba perderse la fiesta por si a Álex se le ocurría aparecer por allí. Al menos le quedaba el consuelo de verlo, por mucho que pasase de ella.

—Bueno, entonces no se hable más, tenemos que prepararnos para esta noche.

—Ya empezamos —protestó Piluca.

—Yo no podré ir —se excusó Mina—, tengo mucho que hacer y no tengo tiempo.

—¿Cómo que no puedes ir? —Su madre parecía escandalizada.

—Además, Juste tiene que traer a Jimena. Solo se la ha llevado por unos días.

—Habló conmigo esta mañana —la informó su madre—, por lo visto tenías el móvil fuera de cobertura.

Mina no le dijo el motivo por el cual no había contestado al móvil. Estaba tan absorta, desesperada y excitada, mirando por la ventana de su despacho al Gato que, cuando se percató de que la estaban llamando y fue a cogerlo, Juste ya había colgado.

—Tengo mucho trabajo —al decir esto se sonrojó, esquivando la mirada de su madre.

—El caso es que no traerá a Jimena hasta mañana, dice que está un poco resfriada y no quiere meterla en el AVE con el aire acondicionado tan fuerte que suelen poner.

Mina no se molestó. Juste quería tanto a su hija como ella misma, y la cuidaba tan bien o mejor que cualquier mujer lo hubiera hecho. Así que consintió sin ningún reparo.

—Entonces, será mejor que me vaya. Tengo que seguir trabajando. —Y observando el objeto de mi deseo. No puedo pasar un momento sin tenerlo ante mí. Me estoy volviendo una posesa.

—Voy contigo —se apuntó Piluca sobresaltándola.

—¿Para qué? —le preguntó contrariada.

No quería que su amiga viera a Gato, seguro que a ella también le gustaba.

—Quiero echar una ojeada al lugar de trabajo de Álex, ahora que no está.

—Créeme, no te gustará, está todo lleno de hombres rudos y malhablados.

—Por eso quiero ir —insistió Piluca.

—Esta hija mía no cambia —refunfuñó Luchi.

—Entonces, nos vemos esta noche —le ordenó su madre con ese tono tan peculiar que quería decir: y no se hable más—. Nosotras vámonos al Spa, querida, que ellas se entretengan en ese sitio tan ordinario. Aún no me explico como mi hij...

Mina observó a su madre alejarse de allí con la madre de su amiga cogida del brazo, y pensó que de no haber estado tan necesitada de volver a ver a ese tío, se hubiese ido con ellas al Spa aunque dudaba que su calentura se calmara allí.

—Bueno, ¿entonces?

—No entiendo por qué quieres venir a una nave llena de camiones, de grasa y mercancías.

—Por el mismo motivo por el que tú estás deseando volver allí —le dijo con una sonrisa.

Mina se quedó callada.

—¿Tanto se me nota? —le preguntó molesta.

—¿Que estás deseando volver a ese lugar? —la miró haciendo una mueca—, demasiado. ¿A quién has visto que te tiene así?

¿Para qué mentirle?, después de todo, Piluca no se daría por vencida, incluso acudiría a la nave a ver por sí misma lo que ocurría.

—A un hombre espectacular —le dijo sonriente—. Créeme, ni te lo imaginas. Es un morenazo que no veas, o sea que, está muy bien, demasiado —miró a su amiga abriendo los ojos exageradamente—. Súper bueno.

—¿Ya no te gusta Ulrich? —Piluca se refería a su profesor de pádel. Ella había decidido tomar clases con Mina para servirle de tapadera cuando mantuvieran una relación.

—No lo sé —le dijo con una mueca—. He quedado esta noche para cenar con él a ver si se me pasa la tentación de salir tras ese hombre y tirarme encima.

—Pues queda con el que te guste más.

Mina pensó que Piluca nunca solía ver los inconvenientes de las relaciones cuando le gustaba alguien, como le pasaba con Álex.

—No puede ser, de verdad, te lo juro; es que es, es... —no encontraba la palabra correcta—, es demasiado ordinario.

—No sé si debo creerte, si te gusta tanto acabarás liada con él. Hablas mucho pero después actúas movida por impulsos.

—Te lo juro, de verdad.

—Bueno, tú verás lo que haces. ¿Y qué sabes de Álex? —Mina dudó un momento en decirle lo que sabía a su amiga. No quería hacerle daño, pero lo cierto era que su hermano había tenido ese accidente por inconsciente y ella estaba segura de que había una mujer detrás de todo. Pero por ahora solo eran sospechas.

—Que tiene dos piernas rotas y un hombro dislocado; está en su apartamento de Atlanterra, recuperándose.

—¿Tan mal está? —A la otra se le humedecieron los ojos—. Si vas a verbo me gustaría acompañarte.

La súplica en la voz de Piluca no le gustó. Su hermano no se lo merecía.

—No creo que debas, mi hermano no se porta bien contigo.

—Pero quiero hacerlo.

—¿Para qué? Si siempre te deja en ridículo o te suelta algo desagradable —Mina no entendía que Piluca se dejase humillar por Álex como lo hacía, desde luego ella nunca lo permitiría.

—¿Vas a dejarme ir contigo, o no?

—Está bien, ven, pero después no quiero verte llorando ni montando escenitas.

Piluca le lanzó una mirada de reproche y se fueron juntas en el coche de Mina a ver a Álex. Mina pensó que así aprovechaban y se tomaban un café en un chiringuito en la playa. Decididamente esa tarde no pasaría por las oficinas de la empresa de Álex, tal vez así se olvidaba un poco de ese beso. Irían juntas a ver a su hermano, solo que esperaba que su amiga no acabara muy perjudicada con esa visita inesperada a este.

—Lo sé —repitió por cuarta vez a la persona que lloraba al otro lado del teléfono mientras terminaba de arreglarse. Eran las ocho y media y había quedado a las nueve—. ¿Y qué quieres que haga? Ya es bastante mayorcito. —Guardó silencio mientras se descalzaba, aquellos tacones la estaban matando—. Te dije que no fueras a verle. Esto te pasa por pesada, si lo ignorases te iría mejor, ¿sabes?

De nuevo se vio obligada a guardar silencio a la vez que alzaba los ojos hacia el techo y resoplaba pidiendo paciencia para aguantar el berrinche de Piluca. Ahora estaba despotricando contra el mundo y contra Álex, su hermano, en particular. Mina estaba un poco cansada de la personalidad inconstante de la que su amiga hacía gala cuando se trataba de este, pero ¿qué remedio le quedaba más que soportar sus arrebatos: primero de melancolía y después, de rabia y frustración?

Miró por la ventana para controlar, a la par que escuchaba a la otra desahogarse, lo que hacían sus trabajadores, o mejor expresado, lo que hacía uno en particular. Afortunadamente para ella, una de las ventanas del despacho principal daba al patio interior de la nave, y de ahí podía verlo casi todo. Había decidido no volver a la empresa pero no pudo evitarlo, y allí estaba.

—No, no pienso ir.

Piluca estaba ahora utilizando el chantaje emocional para obligarla a ir a la recepción de esa noche en el club de golf donde se daría la bienvenida al famoso Roberto Prieto.

—Ya te dije que había quedado para cenar con Ulrich.

Miro su reloj de pulsera nuevamente, ya eran las nueve menos veinte. Tenía que salir inmediatamente si quería ser puntual. Piluca volvió a la carga, esta vez utilizando todas las armas de las que disponía, y Mina tuvo que claudicar para que se callase de una vez.

—De acuerdo, puedes venirme a cenar —aceptó cansada—. Pero después no te quejes, vamos al japo y a ti no te gusta. —Más comentarios al otro lado de la línea—. Claro que no me molestas, bueno, tú ve saliendo ya que llego tarde. Dile a Ulrich que me retrasaré un poco, tomad una copa mientras llego. Vale, besitos, yo también te quiero.

—¿Interrumpo?

Mina acababa de colgar cuando Gato apareció en el umbral de la puerta de su despacho con semblante serio. Optó por ignorarlo, si cuando sonreía era arrollador cuando ponía ese semblante tan arisco era, era... No, se ordenó, tú te vas con el alemán.

—No tengo tiempo para tus tonterías —espetó sin mirarlo siquiera—, estoy saliendo.

Este la miró de arriba abajo, la repasó un par de veces y frunció el ceño. Mina llevaba puesto un vestido de gasa rosa chicle, entallado en la parte del pecho y la cintura, con manga hasta el codo y por encima del muslo. Era muy elegante y sexy a la vez, pero lo mejor es que le sentaba como un guante. Se veía elegantemente provocadora, y ella lo sabía. Llevaba el pelo recogido en un moño flojo con su largo flequillo mechado cayéndole desordenado a ambos lados del rostro. El conjunto lo coronaban sus manolos dorados y su pequeña cartera a juego. Ah, y por supuesto unas enormes argollas de oro.

—Tenemos un problema.

Gato entrecerró los ojos cuando la vio abrir su bolso, sacar un pequeño espejito y una barra de labios, ignorándolo, mientras se apoyaba en una esquina del enorme escritorio para pintarse sus enormes morros del mismo color rosa que su vestido. No supo el motivo, pero no quería verla salir tan despampanante para ir al encuentro de ese otro con el que la oyó quedar esa mañana. La esperó a que terminara de arreglarse. No tenía prisa, pero lo que tenía seguro era que esa noche no acudiría a su cita.

Mina cerró su espejito cuando hubo terminado, se volvió a calzar, lo miró y alzó las cejas mientras recogía sus artilugios y los guardaba en su pequeña cartera.

—¿No puedes solucionarlo tú?

—No —le dijo serio—, tu eres la jefa, ¿recuerdas?

Ella apretó los dientes. Por supuesto, a buenas horas. Seguramente habría que arreglar algún papeleo que un patán como él no sabría rellenar. Se colocó frente a él, quería que olera su perfume de cítricos. Quería que la deseara.

—Soy toda oídos.

—Tienes que venir conmigo a recoger una mercancía al puerto.

—¿Perdona?

—Tienes que venir conmigo a recoger una mercancía al puerto.

—¿Qué?

—Tienes que venir conmigo a recoger...

—Te he oído y entendido a la primera —se enfadó.

—Pues no lo parecía.

—Estaba siendo irónica, no entiendo por qué tengo que ir yo, estás para algo aquí. Se supone que tú eres quien se encarga de todo lo relacionado con la logística.

—El dueño de la mercancía quiere conocer al gerente de la empresa para ver si le inspira confianza —se encogió de hombros—, cosas de vosotros los empresarios. Yo solo soy un currito, así que hala, vente conmigo en el camión para ahorrarnos un viaje. Vamos, lo saludas, y cargamos. Así no tenemos que ir otra vez después a por la mercancía.

Mina lo miró incrédula.

—No estoy bromeando.

Ella apretó los labios con rabia.

—Estoy esperando, después de todo solo soy un trabajador, es tu hermano el dueño de esta empresa; si quieres quedar mal con un cliente solo porque no te apetece ir a saludarlo por irte a una cena, es tu problema.

—Es que sigo sin entender por qué quiere conocerme, le hacemos un trabajo por el cual nos paga, punto.

—Se trata de una cuestión de confianza —le explicó—. Tu abuelo era el dueño de esto y falleció. Ese hombre es de su misma edad y depositó la confianza que le tenía en Álex; ahora Álex no está, y querrá saber si puede confiar en ti. ¿Puede?

Gato la miró a los ojos al hacerle esta pregunta y ella se sintió desfallecer, de nuevo. Tal vez él le estaba preguntando si ellos, los trabajadores, podían confiar en ella. ¿Podían?

—Vamos —convino.

No tenía más remedio que ir porque si no lo hacía le estaría dando la excusa perfecta para que le echase en cara que no era apta para gestionar la empresa. Y aún no había hablado con Álex de las condiciones en las que estaba allí, ni comprobado si su hermano le otorgaba autoridad para despedir o contratar a gente, o lo que fuera.

—Entonces, ¿a qué esperas? —le preguntó tomándola del brazo y soltándola al sentir un chispazo.

Gato había sentido una descarga, la misma que debió sentir Mina, porque esta miró el lugar donde la había tocado sin comprender qué había ocurrido. Bueno, sí que comprendían, ambos, los dos sabían que la atracción entre ellos iba a mayores y que tendrían que ponerle coto si no querían acabar tumbados en el suelo de aquel enorme despacho y haciendo cosas en las que era mejor no pensar.

—Yo primero, sígueme.

—Grosero —refunfuñó ella—. Yo primero —lo imitó—. Maleducado.

Gato no se volvió, ni le contestó, bastante tenía con no colocarla de un tirón encima de la mesa y subirle la escasa tela de la falda de aquel arrebataador vestido para luego colarse entre sus piernas hasta hacerla suplicar que se la metiera una y otra vez. Se le contrajo el estómago. De haberla dejado ir delante, contoneándose de aquella forma que tenía de andar, no sabría si hubiera sido capaz de controlarse. Suspiró hondamente y se ordenó pensar en otra cosa.

Me quedan unos meses de infarto.

Capítulo 4

Cuando llegaron a la cabina del camión, Gato subió y se sentó en el asiento del conductor, esperando que ella hiciera lo propio en el del copiloto. Sin embargo Mina pareció no tener prisa en hacerlo, por lo que él mismo abrió la puerta por la que debía subir ella desde dentro, pero claro, no contaba con que desde esa posición tenía una vista privilegiada del pronunciado escote de esta, y de su exuberante anatomía.

—¿Por qué tardas tanto? —preguntó cortante—. Vamos, sube, no tenemos toda la noche. Hay que estar allí antes de las diez y ya son las nueve y cinco.

—Sé perfectamente qué hora es, tenía una cita a las nueve.

—No sabes cuánta pena me da que te la hayas perdido —replicó con burla.

—Tú estás majara, no he perdido nada, solo llegaré un poco tarde.

Gato no dijo nada pero la miró de forma enigmática y Mina se preguntó si todo aquello no era sino un mezquino plan de aquel para obligarla a anular su cita con el fin de hacerle una faena.

—¿Vas a subir o tendré que subirme yo?

—Tengo un problema, no puedo con estos zapatos, el tacón es tan fino que se engancha en los boquetitos del estribo.

—Quítate los.

Gato no entendía dónde radicaba el problema. ¿Sería tonta de verdad?

—No pienso andar descalza por aquí, está todo sucio y lleno de grasa.

El hombre soltó un juramento.

—Tú lo has querido.

En un santiamén se bajó del camión, dio la vuelta, la tomó por el trasero y la izó sin el menor esfuerzo hasta dejarla cómodamente sentada en el asiento del copiloto. Luego dio la vuelta y volvió a ocupar su lugar. No la miró. No dijo nada. Solo mantenía la mandíbula fuertemente apretada y miraba al frente.

—Ponte el cinturón.

—¿Qué? —Mina aún estaba temblando al haber sentido sus fuertes manos en sus posaderas mientras la subía de aquella forma animal a la cabina del camión.

Él se giró hacia ella, tomó el cinturón y se lo puso, no sin antes dedicarle una ardiente mirada que hizo que Mina apretará fuertemente las piernas, una junto a otra, en un intento de evitar sentir aquellas sensaciones que la estaban ahogando.

—¿Lista? —pregunto él sin apartar la mirada, ahora, de sus labios.

—Totalmente.

Mina pensaba que estaban hablando de otra cosa y no de ir al encuentro de ese cliente. Gato le sonrió y se retiró a desgana mientras se metía de nuevo un chicle en la boca.

—Por cierto —dijo al cabo de unos segundos—, bonitas bragas. Me encantan las de tipo brasileña.

Mina se quedó sin respiración y lo miró a través del espejo retrovisor. Vio cómo él sonreía y contrajo sus partes íntimas en un intento de controlar su lujuria. Que no siga por ahí o me dará perfectamente igual que estemos dentro de un camión y sentarme a horcajadas sobre él.

—Gilipollas —murmuró por lo bajo en un intento de mantener sus defensas, y Gato soltó una sonora risotada que la molestó sobremanera, por lo que cogió su iPhone y le envió un whatsapp a Piluca avisándola de que llegaría más tarde de lo previsto.

—No me lo puedo creer, ¿qué puede pasar ahora?

Mina estaba que echaba chispas.

Eran las diez y media, ya era imposible que acudiera a la cena porque la cocina cerraba a las once y la reserva era para las nueve. Y ahí estaban, en mitad de la carretera que iba al polígono donde estaba la empresa, detenidos por la Guardia Civil en el arcén, porque querían revisar los papeles del camión y el tacógrafo. ¿Qué más podría ocurrir para evitar que acudiera a su cita? Se había subido al camión; había acudido a saludar al cliente, quien, por cierto y para su indignación, no se encontraba porque se había ido a cenar con su esposa; habían cargado la mercancía; y, cuando

estaba segura de que a Gato no se le ocurriría nada más que pudiera entretenerla, van y los paran agentes de tráfico, los cuales no tenían mucha prisa en hacer su trabajo y estaban de cháchara con su conductor.

¡Ya no puedo aguantarlo más!

Se bajó como pudo de la cabina del camión para poder oír lo que hablaba Gato con los agentes y se indignó al escucharlos hablar del partido de fútbol que se jugaría pasado mañana entre el Real Madrid y el Atlético de Madrid. Pensó que de haber podido les hubiera atizado con algo a los tres. Al Gato por imbécil, puesto que sabía que tenía una cena y que se la había perdido por su culpa; y a los otros dos, por estar de cháchara en horas de trabajo, contribuyendo a que ella se hubiera perdido su cita.

Estaba tan indignada que, que... lo iba a matar. Sí, eso haría. Lentamente, muy lentamente, pero después de haberle dicho lo que se merecía.

Consiguió poner los dos pies en el asfalto con bastante esfuerzo porque sus tazonas se quedaban estancadas en el estribo, y cuando por fin consiguió hacerlo se giró para decirle cuatro cosas a aquellos tres y... se dio de bruces contra el suelo. Con la mala suerte de caer en mitad de un charco de barro.

—Esto no me puede estar pasando. De verdad que no puede ser, es insoportable.

Gato escuchó un fuerte golpe y un lamento por lo que volteó la cabeza hacia el lugar en el que debía de estar Mina, pero cuando no la vio en el asiento del copiloto se asustó y corrió hacia la puerta por la que se subía al asiento en el que un momento antes la había dejado. Y se la encontró en no muy buenas condiciones, al menos, no las mejores tratándose de ella.

—¿Estás bien? —le preguntó cuándo la descubrió sentada en mitad de aquel lodazal.

—Tú.

Tuvo que apretar los puños para aguantar el coraje que sentía, todo era culpa de él.

—Déjame que te ayude.

—Ni se te ocurra tocarme.

—No seas terca —insistió inclinándose hacia ella para ayudarla a incorporarse.

—He dicho que no —le dio un manotazo para que la dejara en paz.

—No es momento para tus malcriadeces.

Mina lo miró duramente y Gato se apartó, incorporándose de inmediato mientras le dedicaba una mirada risueña.

—Entonces, ¿no necesitas que te ayude?

—Créeme, puedo yo sola.

Vio cómo él hacía un gesto a los guardias, indicándoles que todo estaba bien, por lo que se puso de rodillas para levantarse ella sola, sin su ayuda. No la quería, y no la necesitaba. El muy estúpido le había arruinado la noche, una noche que había planeado, precisamente, para olvidarse de él con otro hombre, y no para estar poniéndose constantemente en evidencia en su presencia.

—¡Ay!

Volvió a resbalarse.

—Estás comportándote de forma irracional.

—No, no lo hago.

—Sabes que sí.

—Y tú has arruinado mi noche.

—Pero puedo mejorarla.

—No sé cómo vas a hacerlo.

Gato la observó, desde su posición, con admiración. En aquel momento Mina tenía todo el vestido y las rodillas manchadas de lodo, y a pesar de ello, mostraba una dignidad y una soberbia que lo tenían encandilado. La observó mientras ella volvía a ponerse a cuatro patas para intentar incorporarse de nuevo y no pudo evitar pensar en levantarle la sucia falda, apartar la sensual braguita y embestirla por detrás. Sí, ya sabía que no debería de tener esas intenciones con ella pero, ese enorme trasero en aquella postura lo estaba sacando de quicio, y sentía unas ganas incontrolables de cogerlo entre sus manos, apretarlo y dirigirlo hacia su miembro para así poder..., tosió para poder recomponerse un poco puesto que su temperatura corporal iba subiendo por segundos. ¿Qué pensaría entonces de cómo podría mejorar su noche? Sin poder soportar por más tiempo las ganas de tocarla nuevamente, se agachó y la tomó en brazos mientras ella protestaba con fiereza a la vez que le echaba los brazos al cuello. Claro que Mina siempre diría que lo hizo para no caerse y no porque quisiera apretarse contra él. Y él no pensaba preguntar, por si acaso.

—Tengo mis recursos.

—¿Qué dices? —preguntó nerviosa al verse sujeta por sus enormes brazos.

—Que puedo mejorar tu noche.

Su forma de decir aquellas palabras, lo que Mina creyó entender entre líneas, y todo el anhelo que llevaba sintiendo desde que se lo encontrara en la empresa de Álex, hicieron que no supiera qué decir.

—Vaya, la gran jefa se ha quedado sin palabras.

Ella seguía en silencio y él creyó entender que ella nunca se rebajaría a estar con alguien que no perteneciera a su reducido círculo social pero que sería demasiado educada como para decirlo claramente. Y se enfadó, porque él sabía que era mucho más de lo que ella veía a primera vista.

—Sube.

Lo dijo sin miramientos, tal vez por el deseo insatisfecho, tal vez por el hecho de pensar que ella lo considerase inferior.

—No hace falta que seas tan brusco. Y mira, te has manchado la camiseta de barro también —No pudo evitar que sonara como si lo estuviera llamando idiota.

—Eso es lo único que te preocupa, la apariencia.

—¿A qué viene esto? La que se ha caído he sido yo, y es a mí a quien se le ha estropeado la ropa, la cual por cierto es muy cara.

—No haberte bajado del camión —soltó enfadado.

—No haberte puesto a hablar de fútbol con ellos sabiendo que tenía que llegar cuanto antes a mi cita.

Gato la miró echando chispas por los ojos y se quitó la camiseta, quedándose solamente con los pantalones de trabajo. A continuación se abrochó el cinturón y la ignoró.

—Ponte la camiseta.

Mina dijo aquellas palabras con contención.

Gato la miró un momento y luego volvió a centrarse en la conducción. No iba a hacer caso a sus caprichos, además estaba ardiendo y necesitaba el relente que entraba por la ventanilla del vehículo para enfriarse aunque solo fuese por fuera.

—¿Puedes ponerte la camiseta?

Lo intentó de nuevo. El verlo semidesnudo de nuevo estaba siendo demasiado para su tranquilidad. Era tal el deseo que ese hombre le despertaba, así como su determinación a no ceder ante él, que iba a volverse loca.

—Si me das una buena razón para ello..., aunque no creo que te obedezca puesto que está manchada. No quiero ponerme la ropa sucia.

—Mi vestido también está sucio y no por eso me lo he quitado.

Ese comentario sí que atrajo su atención. La miró un momento y volvió a centrarse en el volante. Aunque empezó a sudar.

—No te he dicho que no lo hicieras.

—Te agradecería que te pusieras la camiseta, no me importa que esté sucia.

—¿Estás incómoda?

—No, no lo estoy.

—¿Y debo creerte?

—Está bien, sí que lo estoy. Te juro que estoy enfadada, sucia e incómoda —lo miró tragando saliva—. Ahora, ¿te importaría ponerte al fin la camiseta?

Mina sabía que se estaba comportando como una tonta remilgada pero es que, o se ponía de una maldita vez aquella camiseta o ella, o ella, quiero que se la ponga ya!

—No, no me la voy a poner —sonrió—; siento que te sientas incómoda pero no voy a hacerlo.

Gato también estaba siendo irracional pero lo suyo tenía una sencilla explicación: estaba como una moto.

—Tú lo has querido —soltó furiosa.

Mina se desabrochó el cinturón de seguridad, se bajó la cremallera lateral del maltrecho vestido sin dejar de mirarlo un momento y luego se levantó un poco para sacárselo por la cabeza, quedándose simplemente con el sujetador de raso color rosa a juego con sus brasileñas. Hizo una bola con la tela y se la arrojó a la cara.

—¿Qué...

Gato se quitó la tela de la cara de un manotazo, pero ya se le había manchado esta, y cuando se percató de lo que ella había hecho, al verla en ropa interior, dio un volantazo. ¡La hija de puta se había quedado en ropa interior en la cabina del camión!

—¿Por qué has hecho eso?—preguntó tenso.

Se puso a sudar sin control. Menos mal que estaba a unos doscientos metros de la nave, en cuanto llegaran se metía en la ducha de los

vestuarios. Sí, eso haría, se daría una ducha fría, muy fría. Helada.

—Por el mismo motivo que lo has hecho tú —dijo triunfal.

Gato no pudo evitar soltar una carcajada y Mina lo siguió, y le pareció surrealista aquella situación. ¿De verdad estaban semidesnudos, con la libido por las nubes, riéndose, en la cabina del camión y camino de las oficinas?

En cuanto cruzaron la puerta de la nave, Gato, paró un momento el vehículo para que ella bajara lo más cerca posible de su despacho. Tampoco era cosa de andar por el recinto en paños menores, y cuanto antes la perdiera de vista mejor.

—Bueno, jefa —le dijo con una sonrisa lobuna—, será mejor que nos separemos aquí, ha sido una noche intensa.

Mina no dijo nada, dudó un momento en si debía bajar o no pero, finalmente, ganó el sentido común. Y se bajó, con pocas ganas, pero lo hizo.

—Mañana lo quiero a las ocho en punto en su puesto de trabajo.

Él alzó las cejas sorprendido y luego asintió. Se quedó esperando a que ella entrara en las oficinas antes de arrancar de nuevo el motor.

—¿Será posible? —Negó con la cabeza para despejarse un poco de sus calenturientos pensamientos—. Qué guapa es la jodía.

Capítulo 5

Ya no podía aguantarlo más.

Su juguete no le había servido para quitarle la urgencia que tenía de un buen orgasmo. Sí, había llegado al clímax, pero como tenía en mente a cierto hombre con nombre de felino que la tenía en un constante estado de desasosiego... Ainssss, felino como sus ojos, pensó sin poder evitarlo. Desde la noche anterior estaba que se subía por las paredes. Maldito Gato y su atractivo, y maldita ella por no poder evitar esa atracción que la estaba volviendo una insensata. Cogió su vibrador y lo limpió con las toallitas íntimas que siempre llevaba en el enorme bolso que la acompañaba desde que se hiciera cargo de aquel negocio, después lo guardó en su estuche especial, metiéndolo nuevamente en el bolso sin cerrar la cremallera de este. Nunca se había masturbado en el lugar de trabajo, pero es que sentía una urgencia sexual tan bestial que sentía que se estaba volviendo loca.

Sentándose en el enorme sillón, se dispuso a revisar los albaranes del último mes en un intento de no pensar en ese endemoniado hombre que la traía de cabeza, sin embargo, y muy a su pesar, sus pensamientos volaban una y otra vez hacia él, al que por cierto había estado observando desde la ventana de su despacho. Una vez más. Empezó a morderse las uñas, un hábito que había dominado hacía años gracias a la insistencia de Juste, a las vez que sus piernas comenzaron a moverse sin parar, como quien tiene un tic nervioso. No puedo más. Que me llamen ninfómana o lo que quieran, pero es que necesito sexo, y lo necesito con él.

¿Cuánto llevaba sin acostarse con alguien? ¿Varios meses, un año? No podía precisarlo, su último amante se había marchado a Panamá a atender negocios, y ella le había echado el ojo al profesor de pádel, Ulrich, por lo que en ese tiempo no se había acostado con nadie en lo que duraba el tonteo hasta que su relación pasara a mayores. Pero tuvo que aparecer él y trastocarlo todo, trastocarla a ella. Gracias a este, su pretendida noche con el alemán en el japonés no se dio, y encima había tenido que aguantar el sermón de Piluca por whatsapp puesto que no se presentó ni a cenar ni más tarde. Pero, ¿cómo iba a hacerlo si estaba que se subía por las paredes del deseo insatisfecho? ¿Y por culpa de quién? Sí, siempre del mismo. Aún no llegaba a comprender, no sabía, la necesidad y el deseo que este había despertado en ella.

¿Que no lo sabes? Ni tú misma te lo crees. Es tan básico que te pone como una moto.

¿Y si iba a buscarlo?

No, ni hablar. No iba a relacionarse con un simple camionero.

Se enroscó un mechón de su cuidada cabellera en un dedo a la vez que su pelvis se movía en sinuosos movimientos en su asiento. Quitándose los zapatos de tacón de aguja que solía ponerse para ir a la oficina, se descalzó y acarició un pie con el otro, cubierto por las carísimas medias negras.

Abrió las piernas. Se sentía tan caliente...

Con la mano que tenía libre, empezó a subirse la estrecha falda tubo hasta llegar a su parte más íntima, donde momentos antes había estado su vibrador. Y alzando un poco sus nalgas para ayudarse, tiró de su tanga de encaje hacia abajo, hasta que se lo quitó, lo hizo un ovillo y lo puso en la esquina de su mesa, para no olvidarse de guardarlo más tarde. Después procedió a introducirse un dedo dentro de la zona de su cuerpo que ansiaba el roce, deleitándose con el movimiento mientras evocaba el rostro de Gato, sus ojos, su sonrisa lobuna, pero consciente de que no sería suficiente.

Debería ir a buscarle, él también la miraba con deseo, había podido sentirlo. Se le insinuó, por supuesto que sí.

Podría inventarse cualquier excusa.

Después de todo, trabajaba para ella, podría consultarle cualquier cosa, no en vano era un camionero más. Su camionero, por mucho que se empeñara en decir que era el jefe de logística. Lo miraría insinuante, si veía algún indicio en él de que sentía la dichosa tensión sexual como ocurrió la noche anterior... ¡Ojalá! ¡Jopetas! ¿Cómo demonios conseguía ponerla en ese estado ese engendro de hombre? Había pasado la noche en vela en un estado de dolorosa excitación al que había decidido ponerle remedio.

Intentó convencerse de ir a buscarle, pensando que alguna vez tendría que probar un hombre que no tuviese su misma cultura, su educación, es decir: la clase obrera, aunque solo fuera esa única vez. Bueno, y aquella otra también, pero esa no contaba, ocurrió hacía ya muchos años.

Estaba completamente segura de que, después de una sesión de sexo alocado con este, se pasaría su fiebre. Y si no, tampoco tendría que verlo mucho más de unos meses, que era el tiempo máximo que le había concedido a su hermano para hacerse cargo de aquello. Así se lo quitaría de encima en caso de volverse pesado. Se echó a reír como una histérica. Si su amiga Piluca la viese en aquellos momentos se moriría. Sí, claro, pero lo haría de envidia de saber que tengo a ese hombre a mi alcance. Solo de recordar sus musculosos brazos manchados de grasa, con esa camiseta de algodón de tirantes blanca, sudada debido al trabajo duro, con esos vaqueros gastados... Se volvía a excitar de recordar cómo se había agachado delante de ella para recoger unos guantes de trabajo que estaban en el suelo, obsequiándola con una notable visión de su redondeado y prieto trasero. Retiró la mano de sus partes íntimas con decisión, levantándose como pudo porque estaba hasta dolorida a causa del deseo. Iba a hacerlo, al cuerno las consecuencias, ya no podía aguantarlo más, lo necesitaba con urgencia. Volviendo a calzarse salió para ordenarle a Elena que se marchara a casa. No quería testigos de lo que iba a hacer. Había visto al Gato dirigirse a los vestuarios, y ese sería un buen lugar para un revolcón.

Sí, sería algo novedoso para ella.

—Tío, paso. Ni hablar.

—Es que no tengo tanta confianza con los demás como para pedirselo —le explicó el otro con voz lastimera.

—Pero...

—Podría ser peor, Gato. —Toño tenía la cara descompuesta—. Podría darme de baja. ¿Es eso lo que quieres?

Miró a su amigo con cara de querer matarlo. No era ningún secreto la situación en la que se encontraba la empresa, con mucho trabajo y justa de personal, pero que no podía permitirse contratar a nadie más para cubrir una baja. Y Toño sabía que estaba allí por él, y por los demás de su antigua pandilla, para echarles una mano.

—No me amenazas, que sabes que no me gusta —le advirtió con mirada dura al otro, quien pareció haberse dado cuenta del error que acababa de cometer al poner condiciones al hombre. Era mejor no tener al Gato como enemigo, porque si era cierto que como colega era lo más, si te enfrentabas a él, era mejor echar a correr. Y eso lo sabían casi todos en Algeciras.

—Perdona, tío.

La cara descompuesta de su amigo lo animó a ayudarlo, aunque maldita su suerte por tener que verse en aquella bochornosa situación. Suspiró con fastidio. Tendría que hacerlo él mismo, no había más remedio, pero pensó que si alguien llegaba a verlos..., no, mejor no tentar a la suerte.

Sopesando las alternativas, reflexionó unos minutos sobre quién podría descubrirlos. Ellos estaban en los vestuarios, mientras el resto del personal estaba subido a un camión, cumpliendo con su deber. Las únicas personas, aparte de Toño y él mismo, que se encontraban en ese momento en las dependencias de la empresa, ya fuera en la nave o en las oficinas, eran: Elena, la administrativa, y ese bellezón de mujer que no conseguía quitarse de la cabeza, y por la que tenía desde hacía un par de días, un molesto dolor de huevos: la teniente O'Neil.

Y no creía que a ninguna de ellas se le ocurriera aparecer por allí. Mucho menos a su jefa después de que anoche la viese en paños menores.

Elena tenía sesenta y tres años y le costaba andar sin ayuda debido a su artritis, y la jefa era demasiado pija para meterse en una nave atestada de bidones, basura acumulada en cubas, aceite, grasa, herramientas..., demasiado para ella. Estaba seguro de que hasta él le parecía demasiado humilde para rebajarse a echarle una mirada que no fuera echarle un rápido vistazo a su trasero. De no ser así, y después de la tensión sexual vivida la noche anterior, la sargenta no se hubiese levantado tan pronto de la cama, él no se lo habría permitido. Era consciente de que lo observaba hambrienta a través de los cristales de su despacho y claro, él no era ningún moña, ¿qué hombre no reaccionaría ante esa mirada de deseo? Desde luego él lo había hecho, y por eso estuvo malhumorado el resto de la tarde, porque aquella pedante ni siquiera se dignaría a mirarlo si la invitaba a salir, mucho menos si osaba tocarla.

—Venga —animó al otro hombre intentando pensar en otra cosa—, bájate los pantalones y dame la pomada. Cuanto antes acabemos con esto, mejor.

Gato observó con gesto cómico cómo su amigo le daba el Hemoal, se bajaba el mono de trabajo hasta las rodillas, y acto seguido hacía lo propio con los calzones, hasta colocarse delante de él; inclinarse y obsequiarle con una vista privilegiada de su trasero.

—Menos mal —le dijo—, esta quemazón me está matando. Tienes que ponérmela por dentro...

—¡Venga ya!

Estaba a punto de mandarlo al carajo y dejarlo allí con los pantalones bajados.

—Era una broma —se carcajeó el pelirrojo—, pero en serio que tenía que ponérmela ya porque tengo la almorrana del tamaño de mi dedo gordo, y el médico me ha dicho que nada de esfuerzos, y mira dónde estoy.

—Y las horas que te quedan —le dijo Gato mientras le ponía la crema. Se había puesto unos guantes de látex que había cogido del botiquín de la mutua, y sonreía ante lo ridículo de la situación al escuchar los gemidos de satisfacción de Toño. Pensó que podría cortarse un poco, porque vale que sintiera alivio, pero para él era una situación de lo más embarazosa. Intentó reírse de aquello, bromeando sobre el culo velludo de su amigo—. Oye, Rafaela, no te ha dicho nunca que te afeites el..

La puerta del vestuario se abrió en ese momento y los hombres escucharon un grito femenino de sorpresa. Él pensó que no podía tratarse de otra persona que de la teniente O'Neil. Y soltó un juramento. Y deseó estrangular a Toño y a su maldita almorrana. Le dio un empujón a su amigo conteniendo su fuerza, porque del mosqueo que tenía podría haberlo matado. Y salió detrás de aquella mujer.

Podía imaginarse las conclusiones que había sacado la estirada esa. Toño doblado y desnudo hasta las rodillas, con el culo en pompa, él por detrás poniéndole el Hemoal en el ojete mientras el otro suspiraba de alivio, y la otra viéndolo todo desde la puerta.

¡Maldita fuera su estampa!

—¡Espera un momento, maldita sea! —le gritó corriendo tras ella.

Mina llegó a la puerta de su despacho sin aliento y se volvió a mirarlo, sonrojada y... ¿furiosa?

—No me debes ninguna explicación —soltó con aquel tono de superioridad que la caracterizaba.

—¿No? —por supuesto que iba a darle una explicación. Él era un hombre al que le gustaban las mujeres, y mucho.

La miró a los ojos y se acercó a ella, despacio, acechándola.

—Ninguna —insistió Mina alzando la barbilla hacia él. ¿Por qué se sentía tan airada? Tal vez fuera un hombre muy alto, pero ella tampoco era bajita, no iba a amedrentarla—. Pero te agradecería que mantuvieras tus relaciones fuera de la empresa.

Él la miró sin decir nada, apretando los labios. Entrecerrando aquellos ojos demoníacos.

Verdes -pensó ella-, son verdes, muy verdes.

—¿Me dejarás explicártelo?

Estaba furioso. Furioso y excitado. Verla correr, contoneándose con aquella falda tan estrecha, que no hacía sino marcarle su enorme trasero, solo había conseguido que él deseara demostrarle que lo que había visto no era lo que parecía. Y debía hacerlo, o mejor aún, deseaba demostrárselo. Ya estaba harto de que le doliese esa parte tan frágil de su anatomía siendo conocedor de cuál podría ser el remedio.

—No tienes por qué hacerlo. Entiendo que has esperado a que todos estuvieran fuera para relacionarte con tu... —hasta le costaba decir la palabra— ... novio.

Y ella masturbándose por él, mira que era estúpida.

—Mi novio —repitió apretando aún más los dientes mientras observaba cómo ella pegaba la espalda contra la puerta del enorme despacho, en un intento de apartarse de él. ¿De verdad creía que iba a permitirselo?

—Sin embargo, te recuerdo que esta no es tu casa, ni tu empresa.

¿Cómo era posible que incluso sabiendo que era gay deseara atraerlo contra su cuerpo y besarlo con desesperación? Por favor, que se aparte un poco porque me está costando trabajo incluso respirar. Maldito fuera, tenía ganas de golpearlo, y por supuesto besarlo. Por dos veces se había fijado ya en un hombre cuyos gustos miraban hacia otro lado, era tan tonta... Sí, sería tonta pero él le dio alas, ¿o no?

Gato se humedeció los labios y no dijo nada. Se quitó despacio los guantes de látex que llevaba puestos cuando ella lo descubrió poniéndole la pomada a Toño, y la miró con cara de chico malo, muy malo, malísimo; y Mina no supo qué hacer, porque ella detectaba deseo en su mirada, un deseo arrollador, el mismo que por momentos se hacía más fuerte en ella. El mismo deseo que la hizo juntar las piernas con fuerza en un falso intento de consuelo. Qué decepción, ¿por qué la escena en los vestuarios?

—¿Dónde está Elena? —preguntó mirando hacia el lugar que solía ocupar la mujer mayor.

—Le dije que podía marcharse.

A Mina le costaba trabajo incluso pronunciar una simple sílaba porque no podía apenas pensar teniéndolo tan próximo a ella.

—Mejor.

—¿Mejor? —preguntó envenenada, pensando que mejor para todos menos para ella, que volvía a quedarse dolorosamente insatisfecha.

Gato le puso una mano sobre la cabeza mientras que con la otra giraba el pomo de la puerta hasta conseguir abrirla, logrando que Mina se abrazara a él para evitar caerse. Lo miró a los ojos, y su mirada de pilluelo la desarmó. Ese era un chico malo, malo de verdad. ¡Aaaarrgggg, por Dios que haga algo!

—Mejor para mí, porque tengo que demostrarte una cosa.

Y diciendo esto la tomó por las caderas y la apretó contra su henchido pene, provocando que abriera los ojos con asombro debido a la sorpresa, pero que no tardara en reaccionar. Se pegó más a él, es más, se pegó todo lo que pudo, y empezó a rozarse cual gata, y nunca mejor expresado, en celo.

Gato entró con ella en la habitación y cerró la puerta de una patada mientras le habría la camisa sin permiso y sin descanso. Había tal necesidad en su asalto que ella se sintió desfallecer. Esto es mejor de lo que había imaginado que sería acostarme con él. ¡Por fin es mío! La colocó sobre la mesa y le abrió las piernas de un rápido movimiento, ignorando el crujir de la tela de la falda de la mujer al romperse la costura, mientras la besaba con tal fiereza que ella pensó que quería meterse dentro de ella a través de sus besos. Sin embargo Mina no se dejó dominar, llevaba deseándolo dos interminables días e iba a sacar provecho de aquella situación. Por si no volvía a repetirse. Era ella quien había ido en busca de eso que estaba ocurriendo; ella quien llevaba deseándolo desde que se lo encontró en el hospital; ella quien se había masturbado en la oficina de su hermano, aun a riesgo de ser descubierta, hasta acabar reconociendo que no le importaría tener un rollito con ese espécimen masculino, más propio de las portadas de revista Vogue que de trabajar con camiones.

Le quitó la sucia camiseta sin importarle mancharse las manos de grasa, cosa sorprendente incluso para ella. Después, mientras él seguía besándola y amasándole los pechos con ansiedad, le desabrochó los pantalones, sintiendo el bulto en el interior de estos, deseosa por dejarlo libre y tenerlo, por fin, dentro de su desesperado cuerpo. Cuando lo tuvo en su mano, pensó que Gato la penetraría de una vez, no obstante, este la giró, le subió la falda hasta la cintura, dejando al descubierto su trasero y su perfectamente rasurado pubis, y la obligó a echarse hacia delante, sobre la mesa. Iba a hacer lo que deseó hacerle cuando la vio de rodillas y a cuatro patas en el charco.

—Veo que venías preparada para esto —le dijo en un susurro a la vez que se apoyaba sobre ella, permitiendo que sintiese su caliente miembro en su trasero, obligándola a mover las caderas, invitándolo a penetrarla—. Ahora, querida jefa, comprobará usted que el único ser humano al que penetraría por detrás, es una mujer.

Ante lo que significaban aquellas palabras Mina se deshizo por completo, pero Gato se entretuvo acariciándole el contorno de la pierna hasta la cadera desnuda. Estaba fascinado con aquellas medias que se ajustaban a mitad del muslo por medio de aquel encaje negro.

—¿Me vas a hacer suplicarte? —preguntó con un hilo de voz.

Él esbozó una sonrisa lobuna antes de colocarse tras ella y penetrarla de un rápido movimiento. Ella sintió cómo se llenaba su hueco con deleite, con la tranquilidad de saber que obtendría la saciedad que anhelaba, sobre todo cuando él la sujetó por las caderas para llenarla por completo con su miembro, apretándola contra su cuerpo, consiguiendo que ella se estremeciese al sentir los testículos del hombre rebotar contra su enorme trasero mientras se movía sin descanso tras ella, quien no podía hacer otra cosa que acompañar el movimiento con satisfacción. Se mordió el labio para evitar gritar ante cada embestida, cada penetración, pero... cómo deseaba hacerlo.

Gato, por su parte, estaba a punto de estallar, y por Dios que quería correrse dentro de esa esnob y darle la lección que merecía, así como dejar de una vez de pensar en ella y poder concentrarse en algo que no fuera estar todo el día saboreándola, pero no podía hacerlo sin estar seguro de que con ello no habría consecuencias. Después de todo no había llegado donde estaba dejándose dominar por sus instintos.

—¿Tomas la píldora o algún otro anticonceptivo? —le preguntó mientras mordía con sensualidad el trasero de ella.

—Ajá —susurró Mina sin poder hablar, presentía que iba a llegar al orgasmo en breve, y lo estaba esperando con ansia, y esas palabras le sonaron conocidas, pero no supo decir de qué le parecían familiares.

Con un último y apasionado empujón sobre ella, Gato se dejó ir y Mina soltó un grito de satisfacción mientras sentía cómo su lugar escondido palpataba gracias al deseo colmado. Ella se mantuvo inmóvil, echada sobre la enorme mesa, con la falda levantada hasta la cintura, la delicada blusa de seda desabrochada, y con las torneadas piernas abiertas cubiertas por aquellas medias tan sexis, una imagen en nada parecida a la que le gustaba proyectar de mujer segura de sí misma y de mundo. Gato pensó que podría estar todo el día observándola languidecer, pero se apartó y procedió a abrocharse los vaqueros sin dejar de mirarla.

¿Y ahora, qué? -se preguntó ella en silencio, sin saber cómo afrontar aquella nueva situación. Situación que solita se había buscado por no poder mantener su libido encerrada entre sus bragas. Una cachondez que por lo visto necesitaba más, porque ya empezaba a sentirse nuevamente excitada. Contento -se reconvino-, no puede ser. No puede volver a pasar. Debes actuar como si nada. Que no piense que ha pegado un braguetazo con la jefa.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —le preguntó con mirada felina y los ojos semicerrados debido a lo experimentado hacía un momento. Se percibía a legua que esperaba algo de ella. Así como también que había introducido la palabra gato en la frase deliberadamente.

Ella no le contestó, se bajó la falda como pudo, intentando aparentar normalidad, puesto que aquel bruto, en su impulsividad, la había desgarrado, y procedió a abrocharse la camisa, como si hacerlo delante de él, fuera lo más natural del mundo. Después de todo, ya la había visto en ropa interior, y después de esto, bueno, pues que... ains, lo que fuera.

Colocándose el pelo detrás de la oreja, volvió a su pose natural de creerse mejor que nadie, provocando que Gato la mirara enfadado al ser consciente de que ella nunca lo trataría como si fueran iguales.

—Ha quedado clara la argumentación sobre tu orientación sexual.

Mejor que este no pensara que iba a derretirse entre sus brazos, aquello solo había sido sexo. Espectacular, sí, pero únicamente sexo.

Gato la miró un momento, extrañado de encontrarse a una mujer que se tomara aquello con tanta naturalidad, pero tranquilo al pensar que la hermana de Álex no iría con lloriqueos tontos a su hermano. Así no tendría que pedir perdón o perder un amigo.

—A veces pienso que tu cerebro se para y llega a un punto donde no piensa igual que el mío —le dijo guiñándole un ojo y marchándose de allí silbando, con la camiseta en la mano y los pantalones a medio abrochar, ganándose otra mirada apreciativa de Mina, la cual por cierto, no pudo evitar—. En fin, todo sea por no disgustar a la jefa.

Mina lo vio marcharse y cerró los puños. ¡Estúpido! Una cosa es que ella no quisiera tener ninguna relación con él y otra que se tomara tan bien el hecho de que ella lo hiciera.

Se arregló antes de salir de la oficina y dejar todo cerrado, no sin antes mirar hacia el lugar en el que había dejado el tanga. Casi se le olvida. Pero no lo encontró y miró hacia la puerta soltando una maldición. Ahora alardearía delante de los trabajadores de su trofeo, estaba segura. ¿Quién no aprovecharía para alardear de que se había beneficiado a la jefa? Pues le importaba un pito que lo hiciera.

Será mejor que no lo haga o me encargaré de que no vuelva a trabajar para nadie en lo que le queda de vida.

Capítulo 6

—¿Cómo estás? —le preguntó Gato a Álex mientras le acercaba un botellín.

Este lo miró con cara de póquer.

—¿Tú que crees?

—Supongo que no has sabido nada más de ella.

Se refería a la gitana que había sido la causa del accidente de tráfico de su amigo, la causante de que se viera en esa situación, dependiendo de los demás para todo hasta que le quitasen las escayolas. Y teniendo que permanecer oculto un tiempo, al menos sin salir de casa, hasta que Gato hablara con la familia de la chica. Se había roto las dos piernas, una con fractura abierta, y tenía el hombro dislocado, afortunadamente le había hecho caso y no cogía la moto sin el casco ni el mono de cuero, si no, a saber si lo contaba.

—Nada —dijo enfadado.

—Te advertí que no te metieras con la hermana de los Medio-mulos. Son muy protectores con sus mujeres.

Gato no se sentó, miraba al joven rubio desde su altura, así parecía más intimidante y tal vez lo hiciera entrar en razón. La razón que él había perdido al liarse con Mina, la hermana de este, y que lo traía de cabeza. En cuanto salió del despacho de ella, fingiendo una indiferencia que no sentía, supo que no debería habérsela tirado porque desde que lo hizo un sentimiento extraño le rondaba. Era como si no pudiera sacársela de dentro, como si le perteneciera de alguna forma. Incluso tuvo una sensación raramente familiar, como un déjà vu, cuando le preguntó si tomaba anticonceptivos. Se sacudió la cabeza volviendo a mirar a su amigo, quien permanecía tercamente callado.

—No quiero hablar de ello.

—Pues deberías, a lo mejor te entra un poco de sentido común en lo que respecta a las mujeres.

Seré hipócrita.

—No creo que seas el más indicado para dar consejos —le dijo molesto—, tienes una esperándote en cada esquina.

Gato no pudo evitar sonreír ante la ocurrencia de su amigo.

—¿Eso crees? —preguntó enarcando las cejas—. Pues he cambiado, ahora solo tengo una en cada ciudad.

El otro estalló en estrepitosas carcajadas y Gato sonrió.

—¿Me lo dices a mí? —Álex hizo una mueca porque conocía perfectamente bien la facilidad con que las mujeres se arrojaban a los brazos de Gato, y lo que a este le gustaba que lo hicieran.

—Dame el mando anda, estoy harto de fútbol.

Quería cambiar de tema, lo ponía nervioso hablar con Álex de mujeres siendo consciente de que se había acostado con la hermana de este hacía un par de días. Y que desde entonces no dejaba de idear una y mil formas de volver a hacerlo, a pesar de que ella parecía que no quería volver a repetir y lo trataba con más distancia que antes.

—Pon Tele5 que están dando un reportaje sobre Marc Márquez.

Ambos, junto con los otros tres amigos de juventud, eran aficionados a las motos. Y Márquez era el piloto favorito de Álex en moto GP, así como Lorenzo lo era de Gato. Tal vez porque al primero lo quería todo el mundo por buen piloto y por su carácter jovial, y al segundo lo odiaban o lo adoraban, por macarra. Y por eso Gato se sentía identificado con él. La gente lo adoraba o lo odiaba, no había término medio. Y al parecer la teniente O'Neil lo odiaba. Sí -se dijo-, pero antes te ha adorado, aunque fuese en momentos de total abandono. Se contrajo solo de recordar los suaves muslos de Mina abiertos para él, húmedos, prietos, bien torneados y femeninos.

Bebió de su refresco para intentar calmar la sed que se había vuelto a despertar dentro de él al pensar en su jefa.

—¿Cómo te va con mi hermana? —le preguntó su amigo de repente, y cambiando de tema—, supongo que se comporta como la jefa suprema —le dijo sonriendo—. Mina es un poco peculiar.

Gato se atragantó y empezó a toser. Lo miró de soslayo, incómodo, después de la conversación que acababan de mantener.. ¿Cómo se le decía a un amigo que uno se había acostado con su hermana en sus propias oficinas? ¡Ah! Y que estaba deseando volver a hacerlo. Por muy engreída y marimandona que esta fuera, no dejaba de ser su hermana, y había una línea invisible que un tío no debería cruzar con sus colegas. Por ejemplo: acostarse con la hermana de uno por puro desfogue.

Gato volvió a beber esquivando su mirada.

—¿Va todo bien?

—Claro —murmuró.

—¿De verdad? —le preguntó el otro incrédulo.

—Tu hermana y yo tenemos una relación complicada.

¿Debía decirle la verdad? ¡Por el amor de Dios era su hermana!

—No me digas.

—Lo cierto es que ella y yo hemos, bueno, nosotros... —se mesó el cabello en un gesto exasperado mientras resoplaba. Sabía que tenía que ser honesto con Álex, pero le daba pavor perder su amistad, él desde luego le daría una paliza si se tratara de su hermana—, antes que nada quiero que sepas que no fue intencionado.

—Me estás preocupando —le dijo Álex desde su cómoda posición en el sillón, donde tenía ambas piernas escayoladas en alto, una cerveza en una mano y un paquete de Doritos en la otra.

—Lo que quiero decir —evitó mirar a su amigo—, es que ella y yo...

Alguien estaba llamando al telefonillo del apartamento del hombre que estaba convaleciente y Gato guardó silencio. ¡Menos mal! Aún no estaba preparado para decírselo.

—Roberto —dijo Álex interrumpiéndolo—, sé que Mina es un poco difícil de tratar, pero su vida no ha sido fácil, por lo que te suplico que tengas paciencia con ella.

—No es eso lo que intento decirte.

—Entonces no te entiendo, creí que habías dicho que tenáis una relación complicada —el otro lo miró serio—. Sé que es una esnob, y que no querrá relacionarse con los trabajadores pero no es mala persona.

Si supieras la forma en que se ha relacionado con los trabajadores no hablarías así.

Otra vez el telefonillo.

—Abre de una vez —ordenó risueño—, deben de ser mi madre y mi sobrina.

Gato lo miró extrañado. Este solo tenía una hermana y no estaba casado, por lo que no tenía cuñados, entonces... eso quería decir que si tenía una sobrina, ¿era hija de su jefa?

—No sabía que tuvieses una sobrina —Necesitaba saber más, pero ¿cómo preguntar sin que se notara su interés?

—Es hija de Mina —dijo conocedor de lo que este no se atrevía a preguntar—, es una de las cosas por las que tuvo que pasar mi hermana. Primero un marido que resultó ser marica y que se acostaba con nuestro primo, y luego un embarazo no deseado producto de una relación puntual con un desconocido.

Gato no dijo nada, solo almacenó la información en su cerebro.

—Iré a abrir —le dijo descolocado—, y no me cuentes cosas de tu hermana, no quiero que empiece a caerme bien.

Álex soltó una carcajada ante el estallido de este.

Estaba sentada en la terraza de su ático de Sotogrande, acompañada solamente por una copa de vino tinto y el primer volumen de esa trilogía tan famosa de Megan Maxwell: Pídeme lo que quieras. Y la verdad es que lo estaba disfrutando bastante, lo malo era que continuamente su mente la abandonaba y se imaginaba que el protagonista de la historia que estaba leyendo, el tal Eric Zimmerman: era su Gato. Bueno, no es que fuera suyo, pero le gustaba pensar en él como que sí lo era. Al menos en sus fantasías más oscuras e inenabrigables, soñaba que podía olvidarse de todo lo que la ataba y dejarse llevar por sus deseos más primitivos. Lo malo era que, de vuelta a la realidad, se daba cuenta de que ella no tenía nada que ver con él, sus mundos no tenían nada que ver, y era mejor seguir así. Sí, había estado bien ese interludio en la oficina. Bueno, a quién quería engañar. Había estado más que bien. Fue... se volvía a humedecer solo de recordarlo. Lo cierto es que había sido algo inesperado porque ella había planeado que ocurriese de otra forma pero, bueno, no podía quejarse de la forma en que sucedió, pensó con una sonrisa mientras tomaba un sorbo del líquido borgoña. ¡Cuánto daría por volver a repetirlo! Pero mejor que no, desde ese momento había decidido guardar las distancias, aunque le fuese la cordura en el intento. Ya bastante engreído era como para que encima creyese que podría manejarla mediante el sexo. Y por eso llevaba dos días escondiéndose en su apartamento, y por eso iba lo menos posible a la oficina. Además, tenía esa extraña sensación de que con Gato se cernía un peligro sobre ella, un peligro que no conseguía identificar. Algo que parecía estar ahí, entre ellos, y que ella no podía precisar.

—¡Mami! —exclamó la pequeña Jimena cuando la vio, y corrió a abalanzarse sobre su cuello, por lo que Mina soltó la copa y corrió a abrazarla.

Su madre venía acompañando a su pequeña, y por lo visto se lo debían de haber pasado en grande.

—Os veo muy contentas, ¿no me vais a decir qué habéis hecho?

—No te lo vas a creer.

Su madre estaba entusiasmada.

—¿Puedo saber qué es eso que no me voy a creer?

—Roberto Prieto estaba en casa de tu hermano —su madre la mirada súper emocionada—, espera a que se lo cuente a Luchi.

—Se supone que conoce a Álex, no veo nada extraño en que haya ido a visitarlo.

A veces se cuestionaba su objetivo de parecerse a su madre, ella, al menos, esperaba no dejarse impresionar por un simple hombre, aunque en lo demás, en eso de ser sofisticada y una mujer considerada altamente influyente, bueno, en eso sí.

—Mamá, es guapísimo.

Por lo visto Jimena era digna nieta de Dulce, así como hija de ella: las tres se dejaban impresionar por la belleza masculina.

—No me digas, peque.

Miró a Dulce con una mueca ante el comentario de su hija.

—Ay, Mina, si llegaras a verlo. —Su madre tomó asiento en el sillón que estaba junto al suyo—. Es todo un caballero, súper educado, bien vestido, amable, encantador y... —le guiñó un ojo cómplice—, muy, pero que muy guapo.

—Al parecer os ha impresionado. Pero creí que ya lo habías visto en la recepción que disteis para él hace dos noches.

Su madre frunció el ceño.

—No apareció.

—¿No? —pues vaya con el magnate—. No puedo creerlo.

Sabía que estaba resultando irónica pero no pudo evitarlo, en el fondo se alegró de que dejara tiradas a su madre y a Luchi, después de todo el trabajo y el escándalo que habían armado organizando aquella velada. Se lo tenían bien merecido.

—Tenía algo urgente que atender, es un hombre muy ocupado —lo disculpó Dulce, y Mina pensó que con ella no hubiera mostrado tanta comprensión—, pero bueno, dejémoslo estar, lo más importante de todo es que he sido la primera en conocerle. Y me ha prometido que...

—Mami, Roberto ha jugado con nosotras al parchís. —Jimena quería participar también en la conversación, le encantaba ser el centro de atención. Igualita a Dulce, y encima era toda una belleza, con aquel pelo castaño claro y esos ojazos verdes. Seguramente su hija sería la perfecta sustituta de su madre.

—¿Ves? Hasta Jimena lo idolatra.

—Al final me está picando la curiosidad, ya tengo ganas de conocerlo.

Y así tal vez me saque de la cabeza al felino.

Su madre sonrió, complacida por su comentario.

—Yo llevaba las fichas rojas —sonrió la pequeña—, y me comí casi todas las del tío Álex y de la abuela porque Roberto me ayudaba. Y el tío Álex se enfadaba porque no le gusta perder, y Roberto le dijo que se lo tenía merecido por perder la cabeza por las mujeres. ¿Qué quería decir con eso? Yo no he visto que el tío perdiera la cabeza, no se puede perder la cabeza y volverla a recuperar.

Mina no supo qué contestar a eso, Jimena era demasiado espabilada para su edad, y asumía comentarios de personas mayores a los que los niños de su edad no solían hacer caso.

—Así que eres la campeona —le dijo haciéndole cosquillas.

—Sí, mami —respondió la pequeña entre carcajadas.

—Como te decía —Dulce quería que Mina supiera los planes que tenía para el afamado empresario—, Roberto me ha prometido que vendrá a tu cumpleaños.

—¿Mi cumpleaños?

—La abuela va a hacer una fiesta por tu cumpleaños.

—Será algo sencillo —se apresuró a decir Dulce viendo la cara de desconcierto de Mina.

—No tengo ganas de fiesta, tengo mucho trabajo.

—Pero yo quiero una fiesta —intervino la pequeña—. Papá dice que te mereces una fiesta.

—¿Tu padre también está metido en esto?

—La abuela lo llamó para decirle que habíamos conocido a Roberto —lo dijo como si fuese algo natural que su ex marido se pusiera como un histérico cuando se trataba de hablar de ese hombre—, y le dijo a la abuela que lo invitara.

—Juste está ilusionadísimo con preparar tu fiesta de cumpleaños, es más, todos lo estamos —le dijo esperanzada en que no se negara a acudir a su propia fiesta.

—Está bien.

—Sabía que te encantaría la idea; entonces, no se hable más, este sábado celebraremos tu cumpleaños en mi casa. No te preocupes por nada —la cortó Dulce cuando vio que pensaba protestar—, Jimena, Juste y yo, nos encargaremos de organizarlo todo. Tú solo preocúpate de estar presente.

Mina asintió con desgana, pensando que tal vez le sirviera para no pensar a cada momento en cómo volver a acostarse con un hombre en concreto.

De repente, sonó su móvil y vio que tenía un whatsapp nada menos que de su tormento particular.

*Gato: Prepara una bolsa para esta noche, tenemos que estar en Cádiz para cenar con unos clientes. Pasaremos la noche allí.

*Mina: Imposible, son las cuatro de la tarde. Tendrías que haberme avisado con un día de antelación. Tengo que organizar con quién dejar a mi hija.

*Gato: Tienes una hora para organizarte, yo tampoco lo sabía, me lo acaba de decir Álex. Él siempre va a cenar el jueves de carnaval con los comerciales de esta empresa y me ha dicho que no podemos faltar.

*Mina: Vete tú.

*Gato: No soy yo quien lleva el aspecto comercial, ¿recuerdas? Tú eres la jefa.

Mina apretó los dientes enfadada, cada vez que le ordenaba hacer algo, le soltaba aquellas palabras. Tenía ganas de matarlo.

*Mina: Recógeme a las cinco, no pienso conducir.

*Gato: Ok, a las cinco en la nave. (emoticono con un guiño).

Apagó su iPhone y resopló, ahora no solo tendría que estar cerca de él, también debería pasar la noche fuera con él. Solo esperaba que no se la jugara y, al menos, tomara una habitación para cada uno.

—Mamá, necesito que Jimena se quede a pasar la noche contigo.

Capítulo 7

Gato evitaba mirarla sin mucho éxito. Por muy pija, estirada, sabelotodo o altamente creída que le pareciera, y es que verdaderamente lo era, lo cierto es que no podía mantener las manos apartadas de ella. Después de su rápido encontronazo sexual en las oficinas de la empresa de hacía un par de días, se había establecido una tensa calma entre ellos, y él había decidido mantener las manos apartadas de doña teniente O'Neil, por Álex. No en vano el canijo era su amigo desde hacía bastantes años. Motivo este por el cual él estaba trabajando en aquella empresa. Para ayudarle a él y a la antigua pandilla. Después de todo Álex no era pijo de mentalidad, como sí lo era su hermana, el otro era un alma libre que no acataba convencionalismos, aunque claro, tampoco era ningún estúpido y, como cualquiera, no iba a decirle que no al dinero de su familia. De ahí el accidente y todo lo demás, pero claro, la creída de su hermana no tenía por qué saberlo.

Observó cómo doña María de los Ángeles de la Cuesta Murillo, como le había indicado que la llamara cuando pasó a recogerla, hablaba con alguien por teléfono de forma animada. Debía ser una amiga, esa a la que llamaba cada vez que se ponía nerviosa, cosa que ocurría siempre que él andaba cerca, con la que estaba compartiendo alguna confidencia. Pues espero que sobre mi persona—pensó con una sonrisa. Con toda seguridad estaría alardeando de haberse tirado a uno de sus curritos en su propia empresa. ¿Algo más morboso para alguien como ella que lo tenía todo al alcance de la mano? Afortunadamente no habían tenido que mantener ninguna conversación después de lo ocurrido, ambos habían decidido actuar como si nada hubiese pasado, cosa que lo molestaba enormemente porque, conociéndola, pensaría que él estaría exultante pensando que podría haberle tocado la lotería acostándose con la jefa. Por supuesto, también pensaría que estaría alardeando de ello delante de los demás empleados. Apretó los dientes pensando que no estaría mal tener una conversación sobre lo que ocurrió y lo que él pensaba al respecto, después de todo, lo habían hecho sobre la mesa del despacho de esta sin importarles ser descubiertos. Si aquello era normal para esa mujer, es que él estaba demasiado anticuado.

—Jefa—le dijo en ese tono de burla que sabía que la molestaba.

—... te lo juro de verdad, Piluca, es increíble.

Mina lo ignoró de forma deliberada mientras hablaba con su amiga del alma. Estaba molesta por haber tenido que viajar a Cádiz con Gato en plena fiesta. No le gustaba el carnaval. Era para gente vulgar. Y ella no era vulgar, como parecía haber olvidado ese imbécil.

—... ¿te lo puedes creer? Tengo que acudir disfrazada a esa cena, y no puedo decir que no; por lo visto mi hermano tenía acostumbrados a los clientes a cerrar los negocios en cenas y fiestas. Sí, no sé qué es lo que te extraña conociéndolo.—Se colocó bien un mechón de pelo detrás de la oreja, gesto que no pasó desapercibido para Gato—. O sea, es que de verdad, que Álex me va a deber un favor muy grande por hacerme pasar por todo esto. Lo que estoy soportando va más allá de cualquier amor fraternal.

Al escuchar esas palabras él apretó los dientes. ¿Cómo que lo que estaba soportando? Supuso que se estaba refiriendo a él también y se enfureció. Por lo visto haber echado un polvo espectacular también era un calvario para la teniente O'Neil. Entrecerró sus felinos ojos al verla pasearse de un lado a otro por el hall del hotel sin hacer el más mínimo intento de ayudarle con las maletas, las cuales por cierto, a excepción de una bolsa de deporte, eran todas de ella. ¿Para qué necesitaba tanta ropa si solo iban a pasar allí una noche? Desde luego que nunca entendería por qué las mujeres tenían que llevar tantos trastos con lo guapas que estaban con la cara lavada. La miró ceñudo y decidió que las cargara la jefa, ¿no quería igualdad? Pues toma, cada uno a apechugar con su carga, así tendría motivos reales para quejarse a su amiga Piluca.

Resopló al darse cuenta de que tampoco tenía que ser tan bruto, bastaría con que lo ayudase, ¿no? Él tampoco era un neandertal, mejor hacerlo juntos, lo de llevar las maletas, se aclaró por si su mente pensaba en otra cosa. La vio alejarse y se enfadó de nuevo al darse cuenta de que Mina daba por hecho que él tenía que cargar con todo.

—¡Jefa!—la llamó con cara de pocos amigos. Él no era su mulo de carga y lo enrabietaba que lo tratase con tanta indiferencia después de lo que pasó. Un clínex, eso es lo que había sido para ella. ¡Endemoniada niña de papá!

—Un momento, cari—Mina se disculpó con su amiga y le dirigió al Gato una mirada de advertencia, en plan: No me molestes—. ¿¡Qué!?!—ladró.

En realidad hablar con Piluca le servía de barrera para no tener que mirarlo a él, al estar pendiente de su amiga intentaba ignorarlo, por eso estaba enfadada, porque no lo conseguía. El muy estúpido no permitía que lo ignorase.

—¿Vas a ayudarme con esto?—Mina alzó su perfectamente depilada ceja castaña en un gesto de incredulidad y lo ignoró. ¿De verdad pensaba que ella iba a ayudarlo?—. Por lo que veo no vas a hacer nada, ¿en qué estaría pensando?—protestó sin importarle que ella lo oyese y lo mirase escandalizada.

—No tengo por qué hacerlo, para eso estás tú aquí, para eso cobras.

—¿De verdad te crees eso?—le preguntó con cara de querer estranglarla.

—Tú, ¿no?—le preguntó arrogante para volver a lo que estaba haciendo. Seguía enganchada a su móvil sin perderse detalle de lo que este hacía. Aunque mejor que el otro no se diera cuenta, bastante tenía con intentar reprimir las ganas de correr hacia él y echársele al cuello. Había decidido que no volvería a ocurrir nada entre ellos. Algo en él la inquietaba interiormente y no pensaba exponerse.

—Mira—protesto farfullando sin dejar de observar el enorme trasero de aquella marimandona mujer—, mejor voy a buscar aparcamiento.

Se marchó de allí metiéndose en el viejo Ford de color azul que se había empeñado en llevar a Cádiz a pesar de las protestas de ella, dejando olvidada una de las maletas en la puerta del hotel. Estaba tan enfadado que no se había dado cuenta de que se había olvidado de subirla.

Mina lo vio marcharse y automáticamente sintió la necesidad de fumarse un cigarrillo. Ese hombre la desquiciaba hasta tal punto que no sabía cómo comportarse cuando estaba con él. Ella, que había hecho de la seducción un medio para conseguir manejar a los hombres, sobre todo teniendo en cuenta que era una empresaria de reconocido prestigio que se movía en constante compañía masculina, no sabía cómo tratar a un

simple camionero. Porque por muy jefe de operaciones y todo eso que fuese, no dejaba de ser un rudo y vulgar camionero. Sí, pero que está buenísimo y que me vuelve loca. Pues tendrás que superarlo bonita -se dijo.

Buscó el lugar donde Gato había dejado las maletas en el hall, en una de sus bolsas iba su paquete de tabaco, se fumaría un cigarro antes de que este regresara y así conseguiría relajarse un poco. Sin embargo, no lo hizo. Lo pensó mejor y decidió que sería más conveniente que primero cogiera las habitaciones, solo por si acaso. Tenían que ser dos. Una para cada uno. No se fiaba de él, podría haber reservado una habitación para ambos con la excusa de que no había sitio en la ciudad debido a los carnavales y así provocar un nuevo encuentro íntimo entre ellos, y teniendo en cuenta lo lujuriosa que se sentía, mejor asegurarse de que no se saliera con la suya. Ainssss, suspiró. Bastante se acordaba ya de él como para encima tenerlo tan cerca.

Cuando este le preguntó que si quería que fuesen desde Algeciras a Cádiz en su moto, Mina estuvo tentada a decirle que sí, pero fue una cobarde y no se atrevió. En la moto estarían demasiado cerca el uno del otro, demasiado contacto físico, demasiado riesgo, y sabía que una vez se bajara de ella, se lo llevaría directo a la cama, de nuevo. Bueno, aunque siendo honesta, nunca lo habían hecho en una cama. Y se moría de ganas por estar toda una noche en una con él; mejor que no.

Miró con cara de pocos amigos al chico de la recepción cuando le llegó el turno de coger las habitaciones. Había estado esperando algo más de treinta minutos, y tampoco es que hubiese tanta gente, lo que ocurría es que este no era muy espabilado. Cálmate Mina -se dijo nuevamente-, no pagues con el pobre muchacho tu enojo con el otro tunante. Al cabo de unos minutos, tuvo en la mano las llaves de las dos habitaciones y por fin pudo respirar tranquila.

Después de todo, Gato no había hecho una de las suyas. Y eso la decepcionó porque significaba que a él poco le importaba acostarse nuevamente con ella o con otra. ¿Qué esperabas? Mejor iba a fumarse un cigarrillo a la puerta del hotel, así se relajaba un poco. Más tarde pensaría en cómo sentirse bien dentro de un ridículo disfraz. De verdad que lo mataba por hacerla disfrazarse, solo esperaba que no hubiese elegido uno muy ridículo.

Al salir a la calle, vio un revuelo que llamó su atención. Un señor mayor hacía aspavientos mientras que cuatro policías locales y dos nacionales, acompañados por dos enormes perros daban vueltas alrededor de una... ¡Jolines, mi maleta! Vio que le ponían una pegatina a esta y se la llevaban, introduciéndola en el coche patrulla de la Policía Local.

—¡Un momento! —gritó para llamar la atención de los agentes.

Como estos no la habían visto corrió hacia el coche patrulla en un intento de detenerles, no podían llevarse esa maleta, esa maleta no. La pequeña. Donde llevaba, ¡ay, Dios!

—¿Dónde cree que va, señora?

Uno de los policías locales la detuvo antes de que ella pudiese asir su maleta.

—Esa maleta es mía. No pueden llevársela —les ordenó.

—¿Disculpe?

Los policías se miraron y luego a ella.

—Es mi maleta, la he olvidado en la puerta del hotel. —¿Por qué tenía que darles tantas explicaciones? ¿Y por qué estaban empeñados en llevarse su maleta? Maldito Gato por dejarla allí. Seguramente lo hizo aposta—. No pueden llevársela —insistió.

—¿Puede decirnos qué lleva en la maleta?

El hombre parecía molesto por el tono de superioridad con el que Mina se dirigía a ellos.

—No es de su incumbencia.

Ni muerta les decía lo que llevaba en ella.

—Por supuesto que lo es, señora.

El hombre estaba verdaderamente enfadado. En esas fechas Cádiz estaba repleta de gente, no se cabía en la ciudad, y ya eran las seis de la tarde, dentro de poco, estaría todo lleno de gente disfrazada, con ganas de juerga, de alcohol y de camorra. No tenían tiempo que perder con una niña bien que no se atenía a los mandatos de la autoridad.

—No, no tiene ningún derecho a llevarse mi maleta. Soy una buena ciudadana que con mis impuestos les pago el sueldo, me merezco un mejor trato.

Mina hizo el intento de coger nuevamente la maleta y el policía mayor se enfadó.

—Vámonos, no tenemos tiempo que perder con esta señora. —La miró antes de marcharse—. Puede ir a la jefatura a por su maleta cuando hayamos visto lo que contiene.

Se metieron los dos policías locales en el coche patrulla y se marcharon.

Solo quedaron los nacionales, jóvenes y apuestos, que la miraban como queriendo descubrir algo.

—¡Ustedes no van a hacer nada, ineptos!

—¿Es suya la maleta? —le preguntó un anciano, y recordó que lo había visto antes hablar con los policías.

Mina no le contestó porque no entendía por qué ese hombre tenía tanto interés en hablar con ella.

El hombre portaba un bastón, la miró un segundo con la cara descompuesta por la rabia, levantó el artillugio en el que se apoyaba llevándolo a su cara, gritándole con su marcado acento gaditano, y finalmente la atizó con él en la rodilla.

—Terrorista, sinvergüenza... —le volvió a atizar pero en el trasero y Mina abrió la boca para protestar, escandalizada porque un hombre se atreviera a golpearla en plena calle sin que le hubiese hecho nada. ¿Qué estaba pasando allí?

Miró a la Policía buscando ayuda pero vio cómo estos sonreían ante el espectáculo, por lo visto habían decidido que aquel viejo loco no era peligroso. ¿¡Que no!? Que se lo dijese a ella.

—Pare —le dijo al hombre intentando atrapar el bastón para obligarlo a dejar de golpearla. No es que le diera fuerte, pero no dejaban de ser bastonazos.

Cuando por fin consiguió quitarle el bastón al hombre, apareció Gato.

—¡Asqueroza! —gritaba el anciano pronunciando la zeta en vez de la ese.

—Por favor, caballero, cálmese —intervino Gato conteniendo la sonrisa—. Deje de golpear a la chica.

—Ha traído una bomba a los carnavales —dijo el hombre con la cara desencajada.

—¿Una bomba? —Gato la miró con aquellos felinos ojos verdes, sonrientes, abiertos como platos—. Vale que no te guste esta fiesta, pero ¿traer una bomba?

Él estaba de guasa y Mina se molestó.

—Tienen que detenerla —insistía el anciano con el bastón en alto.

Mina lo miraba furiosa por haberla golpeado.

—¿Se puede saber qué has hecho?

—Nada —protestó indignada—. Este hombre está loco.

—¿Loco? Te voy a dar para el pelo, isinvergüenza!

Y el anciano volvió a la carga, mientras el hombre que la acompañaba intentaba detenerlo sin mucha efusión ya que estaba intentando no reírse, a la par que ella intentaba esquivar los golpes escondiéndose tras él.

—A ver, ¿qué ocurre aquí?

Uno de los agentes se acercó con gesto serio, pensaría que ella iba a atizarle al viejo ahora que estaba acompañada. Pensó que a buenas horas intervenía la autoridad. Aquellos dos policías habían visto cómo ese viejo le gritaba y le pegaba con su bastón y no habían hecho nada, y ahora, ¿se atrevían a intervenir?

—Lo saben perfectamente, no han movido un dedo para evitar que me golpeará, a una mujer —les reprochó enojada.

—Haz el favor de contener la lengua —la regañó Gato. ¿No se daba cuenta de que estaba acusando a los agentes de omisión del deber? Esta además de pija era tonta.

El policía la miró apretando los labios, molesto.

—Señora, está provocando un desorden en la vía pública. ¿Me da su documentación?

Gato pensó que ya se había liado, ahora seguro que la multaban.

—¿Mi qué? Esto es el colmo de la poca vergüenza.

—Dale el DNI

—No —dijo cruzándose de brazos.

—Dales la documentación y no la lées —le ordenó Gato en un tono bajo y letal. Él había tratado con muchos policías en su juventud y sabía que podían causarle más problemas de los que se había buscado.

—Señora —le dijo el policía rubio—, deme la documentación o me verá obligado a llevarla detenida por negarse a acatar los mandatos de la autoridad.

Ella abrió la boca para protestar, pero al ver la mirada de su compañero, con ese gesto de superioridad que quería decir: te lo dije; obedeció sin rechistar, pero poniendo mala cara.

—¡Deténganla! —gritó el viejo señalándola—. Es una terrorista.

—¿Por qué dice eso? —le preguntó Gato sin poder evitar reírse mientras la Policía rellenaba una denuncia contra su jefa y le preguntaba si quería firmarla, a lo que ella se negó. ¡Cómo, no!

—Ha traído una bomba en la maleta, quería cargarse los carnavales.

—¿Una bomba? —preguntó de nuevo conteniendo la risa—. ¿En la maleta?

—Los perros de los locales se pusieron nerviosos en cuanto se acercaron a la maleta —le explicó el viejo—; yo los llamé cuando la vi abandonada a la puerta del hotel y a un perro husmeando alrededor.

—Usted está para que lo encierren, esto no es normal —soltó Mina sin poder contenerse—. ¿Cómo iba yo a llevar una bomba en la maleta?

—¿A que te doy otra vez?

—Ya está bien, Pepe —le llamaron la atención los agentes al hombre mayor—, váyase a casa, ande, nosotros nos ocupamos.

—Ha debido haber un error, agente —intentó explicar Gato—. Llevé las maletas al hall del hotel y me fui a buscar aparcamiento, esa maleta debí olvidarla cuando discutí con ella.

Puso cara de compadre a los agentes y estos lo miraron a él y luego a ella, compadeciéndolo.

—No me extraña —murmuró uno.

—Bueno, aquí tiene —le dijo el otro agente a ella, dándole la copia sin firmar de su denuncia, que Mina tomó molesta—, y le aconsejaría que se relajase, señora. Estamos en carnaval.

Ella no dijo nada, siguiendo los consejos de su compañero, no quería que finalmente acabaran deteniéndola o algo peor.

—Que tengan un buen día —saludaron a Gato—, y pueden recoger sus pertenencias en la Jefatura de la Policía Local. Allí se encuentra su maleta.

—Lo haremos, y gracias por todo —los despidió él.

Cuando Mina se vio a salvo de oídos indiscretos, en el ascensor, no pudo contenerse.

—No me parece justo —dijo en voz baja—; ese hombre me ataca y, encima, yo pierdo mi maleta y tengo que pagar una multa.

—Podría haber sido peor —le dijo con una sonrisa.

—¿Qué hacemos ahora?

—Ir a por tu maleta.

—¿Me obligarán a abrirla? —le preguntó con la cara descompuesta.

—Seguramente, pero —la miró un momento—, ¿por qué estás tan preocupada? —Como si se hubiese dado cuenta en ese instante, se detuvo y la agarró fuertemente del brazo—. ¿No llevarás cocaína?

—¿Yooooo? —se indignó, mucho—. ¿Perdona? Tú eres tonto.

Gato apretó los dientes y la soltó, odiaba que lo tratase con tanta superioridad. Y que lo llamara tonto. Tú también la llamas tonta. Sí -se dijo-, pero no a ella en su cara.

—Vamos a la jefatura.

Resopló pensando que alguien debía darle una buena lección a esa malcriada.

—No puedo creer todo lo que he tenido que soportar para que me devuelvan la maldita maleta.

Él la miró, pero no dijo nada.

—De verdad que es insoportable la vergüenza que he tenido que sufrir —iban juntos caminando por el corredor que daba a sus habitaciones, de regreso de la jefatura y con la maleta en la mano, las cuales estaban una enfrente de la otra—. Seguro que fue Jimena quien metió ese sándwich de salami en mi neceser.

—No pienses más en ello —le dijo en tono comprensivo.

—Claro, eso lo dices porque no te ha ocurrido a ti.

—No, la verdad es que no me ha ocurrido a mí.

Mina lo miró con ganas de llorar, pero se contuvo.

—No hace falta que me des la razón.

—No lo hago.

—Pues lo parecía, no soy ninguna tonta.

—No, no lo eres.

Gato estaba tenso, y ella lo percibió, y se enfadó.

—¿Puedo saber qué te ocurre?

Habían llegado a las puertas de sus respectivas habitaciones.

—Pues que, teniendo en cuenta lo que ocurre entre nosotros, ver cómo llevas en una maleta todo tipo de consoladores y ropa extremadamente sexy, para tus juegos sexuales, la verdad —la miró a los ojos—, no ayuda a que uno mantenga su deseo bajo control. Ni sus manos en su sitio, por cierto.

Se acercó un poco a ella y Mina se apartó como si el tocarlo pudiera ocasionarle algún mal.

Gato no dijo nada, actuó como si el salto de ella no le hubiera molestado y metió la tarjeta en la puerta de la habitación que tenía asignada su jefa, la abrió, y le indicó que entrara.

—Mantén tus zarpas lejos de mí —le ordenó Mina mientras se introducía en el dormitorio seguida por él.

—Como quieras.

Si tú supieras lo que yo quiero.

—Exactamente, lo que yo quiera.

—Voy a darme una ducha —la miró de nuevo—, fría, después vendré a traerte tu disfraz.

Y ella vio cómo se giraba y se metía en su habitación.

Yo sí que necesito esa ducha, pero no fría: helada.

Capítulo 8

—Ni hablar, ni pienses que voy a ponerme eso.

Lo dijo sin mirarlo; no podía, después de la vergüenza que había pasado en la Jefatura de la Policía Local cuando ese hombre, con cara de guasón, empezó a sacar todos sus artilugios íntimos y enseñárselos a los que allí estaban, con socarronería, mientras la miraba sonriendo. En ese momento hubiera querido que el suelo se abriese bajo sus pies, y caer dentro, para poder así desaparecer de aquel lugar. Nunca, nunca hubiese creído que pudiera pasarse tanta vergüenza. Jamás nadie la había abochornado tanto en público y, para colmo de males, había tenido que sufrir dicha humillación en presencia de él. Eso la había enfurecido hasta tal punto que salió de la jefatura haciendo caso omiso a las indicaciones de los agentes de que no lo hiciera, sin importarle si la detenían, la multaban, o sabe Dios qué cosa se les ocurriría a aquellos imbéciles que se habían montado su carnaval a costa de sus accesorios personales.

No obstante, antes de abandonar de forma airada las dependencias policiales, había mirado al Gato sin poder evitar no hacerlo, esperando ver dibujada una arrogante sonrisa en su arrebatador rostro. Mina estaba segura de que él se lo estaba pasando de lo lindo, sintiéndose superior a ella en aquellos incómodos momentos en que sus preferencias íntimas estaban siendo aireadas de aquella forma tan vulgar y tan obscena delante de todo aquel que osara mirar o escuchar.

Pero no fue así, erró en su juicio, y eso la desconcertó.

La expresión de él fue neutra: de total hermetismo. No hubo asomo de sonrisa en sus carnosos labios, ni siquiera su mirada parecía divertida. Para su asombro, no la miró con regocijo, y no pareció disfrutar con la humillación de la que ella estaba siendo objeto. Nada. Gato se había limitado a observar al agente protagonista de aquella parodia en silencio, con los ojos entrecerrados. Totalmente mudo e incómodo. Y ella hubiese jurado que hasta un poco culpable. Pero descartó enseguida ese pensamiento por improbable.

Mina hubiera querido preguntarle qué es lo que estaba pasando por su cabeza en aquellos momentos en los que sus intimidades quedaban al descubierto delante de ese puñado de hombres, porque por muy agentes que fueran, no dejaban de pertenecer al género masculino. A lo más básico de dicho género. Le hubiera gustado preguntarle qué pensaba de lo que ella guardaba en su enorme neceser; conocer su opinión sobre ello, que dijera algo..., sin embargo, se contuvo. O mejor dicho, se obligó a ponerse un punto en la boca. Su deseo por ese hombre estaba demasiado latente, era demasiado potente, como para hacerle ese tipo de pregunta. Una pregunta que podría darle a entender que quería repetir lo de hacía unos días en su despacho; en el despacho de Álex. Y claro que quiero -tuvo que reconocer-, lo deseo con desesperación. Y a pesar de todo, había decidido mantener las distancias con Gato después de comprender que no era seguro para ella estar con un hombre que la hacía perder el control de aquella forma. Inspiró hondo intentando controlarse porque sentía que hasta se ponía de mal humor solo de pensar que tenía la obligación de mantener las manos apartadas de él.

Miró de nuevo aquel disfraz.

¿De verdad pensaba que iba a ponerse aquello? Debía de estar totalmente loco, o mejor dicho: súper loco. Tocó la tela de terciopelo amarillo y apretó los labios. Mina estaba segura de que aquello había sido una maldad completamente deliberada por parte de él. ¿Por qué si no había elegido ese disfraz de pollito con todos los disfraces tan bonitos y elegantes que había? Miró la prenda de nuevo. Era una malla amarilla limón que cubría la cabeza y acababa en una cresta naranja, a conjunto con unas patas de pollo azules y unos guantes que acababan en gomaespuma, azules también, para imitar las alas de un pollo.

¡Maldito Gato!

Ella no iba a hacer todo lo que este dispusiera sin objetar nada. Iba listo si pensaba eso. ¿Quería que se vistiera de pollita? pues muy bien, pensó con una taimada sonrisa, se convertiría en una. Quería que sufriera un carnaval, ¿no? Pues lo harían juntos. Él sabía que no le gustaba esa fiesta, mucho menos la aglomeración de gente borracha por la calle, con la cara oculta tras el maquillaje o una máscara, totalmente irreconocibles, por lo que se comportaban de la forma más ridícula y descontrolada posible. Y molestaban. Al menos a ella le resultaban fastidiosos.

—¿Puedo saber de qué vas a ir disfrazado tú?

Su tono fue un poco hostil, demasiado en realidad, pero no pudo evitarlo. La situación la estaba agobiando, se sentía asfixiada, por lo que continuó con la vista clavada en su disfraz.

No quería mirarlo. No podía. La cama estaba demasiado cerca. ¿Por qué había tenido que dárselo en su habitación? Podrían haber quedado en el pasillo o en la cafetería del hotel, pero no, él había tenido que ir a su habitación, que estaba justo enfrente de la suya, puerta frente a puerta, dejarla abierta de par en par y llamar, obligándola a salir en albornoz puesto que acababa de ducharse y, no contento con eso, meterse dentro de su cuarto con la excusa de traerle todo lo necesario para ir disfrazados esa noche. No le había dado tiempo siquiera a reaccionar; el muy sinvergüenza iba en vaqueros y con la gastada camisa blanca desabotonada, provocándole mil y un pensamientos poco convenientes para ella, quien no pudo evitar fijarse en aquel torso moreno y bien definido.

Volvió a respirar hondo, muy hondo, demasiado, y por poco le da un colapso.

—¿De verdad quieres saberlo?

Gato la miró a los ojos al preguntarle, con aquella pecaminosa sonrisa que tenía y que la hacía derretirse.

—Por supuesto —respondió molesta esquivando su mirada, de nuevo—. No me dirás que también vas de pollo.

Él se mordió el labio mientras le miraba, de forma totalmente descarada, el escote del albornoz, el cual Mina se apresuró a cerrar, con la clara intención de que entendiese que no iba a volver a suceder nada entre ellos. Por mucho que lo deseara. No, no iba a haberlo. Antes sería capaz de ponerse ese ridículo disfraz.

—No, el disfraz de pollita te lo dejo a ti.

—No me lo vas a decir —dijo entre dientes.

Lo dijo más para sí misma que para él.

—Prefiero que sea una sorpresa.

—Por si aún no te has enterado, no me gusta el carnaval. Con lo cual —prosiguió manteniendo su vista apartada de la mirada de Gato—, no será una sorpresa agradable. Y tampoco vas a sorprenderme.

—Yo creo que sí.

Su voz denotaba tal sensualidad que temió perderse de nuevo en el ansia de tocarlo.

—Entonces vete y déjame prepararme —le dijo cortante.

Por favor, vete de una maldita vez o acabaré tirándote en la cama y subiéndome encima de ti. Lo empujó suavemente para que saliera de su habitación, pero él no se movió. Se la quedó mirando, como si tuviera algo que decirle antes de marcharse.

Y entonces ella lo miró a los ojos, aquellos endemoniados ojos verde esmeralda que la hacían estremecer; que la inundaban de lascivia; que la enloquecían hasta llevarla al borde del abismo. Y supo que había sido un error, porque de forma inconsciente se humedeció los labios y se inclinó hacia él.

Gato había entrado en la habitación de Mina sin pedirle permiso porque estaba seguro de que si lo hacía le cerraría la puerta en las narices. Ya había dejado patente que no quería volver a tener nada que ver con él. Desearlo, lo deseaba, eso podía sentirlo, pero aquella pija testaruda había decidido que un polvo rápido en la oficina era lo único que iban a tener en común, al menos en lo referente al sexo. Y eso, a pesar de saber que era lo mejor para ambos teniendo en cuenta que era la hermana de Álex, su amigo, y de que él no quería atarse a ninguna mujer, no lo apaciguaba ni un segundo; o mejor expresado, no lograba enfriar el inexplicable anhelo que se había despertado en su cuerpo por ella. Le gustaba todo de aquella arrogante: su cara, su pelo espeso y mechado, su trasero respingón, su gran estatura, su mano lacia..., su boca. ¡Joder! No dejaba de imaginar lo que la teniente O'Neil sería capaz de hacerle con la boca. Y más cosas, sobre todo teniendo en cuenta la gran sexualidad de la que había hecho gala días antes con él, y más tarde en la jefatura, cuando el agente del retén abrió la pequeña maleta y empezó a sacar los juguetitos sexuales de ella. No había disfrutado con la escena porque no le había gustado ver cómo se mofaban de ella con aquellas miradas depredadoras, observándola sin respeto alguno, como si, por el hecho de procurarse su satisfacción sexual por ella misma, pudieran tenerla con solo chasquear los dedos.

Por eso intentó mantener el control de su fuerte temperamento, ya que estaba seguro de que podría haber acabado golpeando al guardia.

¡Por todos los demonios!, no había dejado de pensar en ella desde que la viera aparecer con aquellos aires en su mini descapotable, en la empresa; mucho menos después de haber vivido aquella experiencia íntima con ella.

Pero no le gustó que no lo mirase cuando entró en la habitación; tal vez aún estuviera abochornada por lo que habían vivido unas horas antes en la jefatura, o tal vez era así de maleducada por naturaleza y por ese motivo no lo miraba a la cara cuando le hablaba y se dirigía a él como lo borde que era a veces, cuyo único fin era hacerle sentir lo insignificante que era para ella. Y a pesar de todo no había podido apartar los ojos del trozo de piel que se vislumbraba a través de la abertura del escote del albornoza rosa chicle que esta llevaba puesto. Intentó imaginarse que estaban en otro lugar menos íntimo, que no la tenía delante de sí, recién duchada, e intentó no imaginársela desnuda debajo de aquella prenda.

Y mientras intentaba todo esto, un esfuerzo que casi le cuesta la cordura, ella lo miró de aquella forma tan perturbadora. El hambre se dibujaba en su bronceada mirada, en sus labios húmedos y gruesos, así como en el hecho de inclinarse hacia él de forma inconsciente, ¿o lo había hecho conscientemente? La verdad es que a veces no sabía a qué atenerse con ella, pero sí que sabía una cosa: desde que la vio llegar a la empresa de Álex con aquellos aires de princesa, se perdió.

Y en esos momentos se sentía perdido, dominado por su deseo de volver a hacerla suya.

Se inclinó hacia ella y la besó. Pero en la mejilla, muy cerca de sus labios, deteniéndose lo justo para sentirla temblar, para percibir cómo ella alzaba una mano con el fin de asirlo por las solapas de su camisa abierta. Sin embargo, se retiró antes de que Mina consiguiera su objetivo y se marchó veloz a su habitación, donde se daría una ducha de agua helada e intentaría calmar a su otro yo, ese que se encontraba dando saltitos dentro de sus calzoncillos y que lo odiaba en aquellos momentos.

Qué guapa era la jodía, y egocéntrica.

Capítulo 9

Mina había decidido vengarse de Gato.

El muy estúpido la dejó con un palmo de narices, bien dispuesta y rendida a sus pies, insatisfecha. Y aunque ella hubiese decidido que nunca más iba a tener nada que ver con él había anhelado que la obligara a aceptarlo. Así hubiese tenido una excusa para disculpar su comportamiento. Podría haber claudicado, obligada por la corpulencia de él. Sigue soñando –se dijo.

Le mandó un whatsapp; pensaba sorprenderlo.

*Mina: Estoy lista. Te espero en el hall del hotel.

Esperó a ver si él había leído su whatsapp mientras se miraba en el espejo y terminaba de retocarse el maquillaje. Unos chicos disfrazados de emoticonos pasaron por su lado silbándole, y ella les sonrió. La verdad es que necesitaba esa muestra de admiración masculina dentro de aquel disfraz de pollo que había intentado adaptar más a su feminidad, a su atractivo.

El sonido del móvil, imitando a una gota de agua que cae, llamó su atención: ese debía de ser él.

*Gato: ¿Por qué no me has esperado? (emoticono con cara de pena) Voy para allá.

*Mina: Me aburría.

*Gato: Podrías haber venido a mi habitación y ayudarme con el disfraz (emoticono con guiño).

*Mina: ¿No puedes ponerte la malla tú solito?

*Gato: Hubiera necesitado algún consejo para ponerme determinadas prendas, pero no una malla.

*Mina: No te creo, pareces muy capaz de cualquier cosa. ¿No me vas a decir cuál es tu disfraz? (Emoticono con cara de esperanza).

*Gato: Te dije que iba a sorprenderte.

*Mina: No creo que lo hagas.

*Gato: ¿Nos apostamos un beso? (emoticono con un guiño).

*Mina: Ni lo sueñes, perderías.

*Gato: Si tan segura estás, apuesta.

*Mina: No necesito apostar para saber que no podrías ganarme. Anda, dime tu disfraz.

*Gato: Ya estoy en el ascensor. Sé paciente, llegaré.

Se puso un poco nerviosa esperando a ver la reacción de él cuando viese lo que le había hecho a su disfraz de pollo.

*Mina: Te espero (emoticono de risas), tal vez te sorprenda yo.

*Gato: Siempre lo haces.

Mina se contrajo ante ese último comentario y decidió no contestarle. Después de todo él siempre acababa dándole la puntillita que le faltaba para saltar sobre él, pero esta vez no iba a caer en su juego, aunque ese mamoneo que se traían por el móvil era de lo más excitante. Se puso de frente a los ascensores; estaba deseando que Gato la viera con su disfraz. Y también estaba deseando ver qué se había puesto él. Seguramente iría de pirata, o de tabernero, o de algún disfraz muy masculino, algo que resaltara su salvaje belleza, su musculoso cuerpo. Tal vez iría de Batman, o de Superman, marcando paquete, a los hombres les encantaba disfrazarse de superhéroes.

Y se abrió la puerta del ascensor.

Y casi se da de bruces contra el suelo cuando lo vio aparecer con una enorme sonrisa y pasó provocativo hacia ella, desfilando cual top-model.

Y adiós a su pose altiva y seductora; abrió tanto los ojos que pensó que sobresalían de su cara, incrédula.

Era imposible, negó mentalmente, ese hombre no tenía vergüenza, ninguna en absoluto. ¿Cómo había sido capaz?

¿De verdad iba vestido de aquella forma? Tomó aire lentamente, intentando recuperarse, pensando que su noche iba a ser muy larga, tragó saliva, y bochornosa.

Gato llevaba un babi blanco, abotonado por la parte delantera, muy corto, y con un profundo escote, del que sobresalían dos tetas de plástico, dentro de un jersey de color carne; unos taconazos rojos haciendo juego con un delantal de lunares rojos y blancos; y una peluca rubia a lo Marilyn Monroe, junto con unos pendientes de gitana rojos; un cuchillo y un cazo de plástico cosidos a la bata completaban el atuendo; ¡ah! y llevaba la cara completamente afeitada. Estaba muy guapa, es decir, se corrigió, muy guapo.

Por el bajo del pequeño babi se percibían sus musculosas piernas, perfectamente depiladas, donde la mirada de ella se entretuvo más de lo recomendado, intentando ver algo de lo que se escondía entre ellas.

—¿Me prestas tu pintalabios rojo? —preguntó él muerto de la risa, imitando la forma de hablar de Marilyn en la película: La tentación vive arriba, y Mina lo miró espantada.

Ella alzó la mirada hasta quedarse con un poco de tortícolis puesto que, si normalmente era alto, esa noche lo era aún más gracias a los tacones.

—¡Amiga! —gritó Gato con voz chillona, imitando el comportamiento cursi de su amiga Piluca y el gesto que ella, de forma inconsciente, solía hacer con la mano—. Tu pintalabios, por fis.

—¿Qué?

Aún no se recobraba del shock.

—Necesito tu pintalabios, yo no he traído.

Ella lo miró con cara de incredulidad.

—Bueno, mejor: ¿me pintas los labios? —Esta vez su voz no sonó ridícula, sino muy seductora. Invitadora.

Mina pareció recobrar un momento del hechizo que se había apoderado de ella al verlo de aquella guisa, y se sorprendió pensando que, curiosamente, no se veía ridículo en aquel disfraz de mujer, sino que, al menos a ella, le provocaba escandalosos pensamientos de tocarlo por debajo de aquel batín.

—Claro —le dijo hipnotizada al ver esos enormes ojos verdes, rodeados de espesas pestañas negras a las que con total seguridad les habría puesto rímel para espesarlas más, mirarla con deseo.

Tomó su pequeño bolso rosa, que no hacía juego con su disfraz pero que no estaba dispuesta a dejar en la habitación, y sacó su pintalabios bermellón. Al momento, Gato le puso morritos para que se los pintara y ella aguantó la respiración mientras le cubría aquella sedosa piel con la crema colorada, en uno de los actos más incompresiblemente seductores que había hecho en su vida.

—¿Puedo saber qué le has hecho a tu disfraz? —le preguntó él, con la voz quebrada, al cabo de unos segundos, mientras observaba cómo ella se tomaba su tiempo en pintarle los labios.

—Lo he tuneado —respondió con suficiencia—. Voy de pollita alternativa.

Mina sonrió al darse cuenta de que, probablemente, él habría sentido la misma punzada de calor que se había apoderado de ella en cuanto lo vio aparecer. Y eso la reconfortó un poco.

—Sabía que no te conformarías con lo que te dijera.

—¿No te gusta? —preguntó fingiendo inocencia.

Él simplemente gruñó.

—Me tomaré eso como un sí.

—A veces pienso que uno de tus hobbies preferidos es tocarme los cojones.

A pesar de la dureza de esas palabras, en su tono no había censura, sino admiración.

—Podrías decir simplemente que te gusta mi disfraz.

—Me gusta.

Mina le trazó sin querer una línea roja por toda la rasurada mejilla.

—¿Te has puesto nerviosa? —preguntó Gato con los ojos chispeantes.

—Puede, pero nunca lo sabrás.

Abrió su bolso de nuevo y sacó unas toallitas desmaquilladoras.

—Déjame arreglar este desastre.

Al hacerlo, se acercó a él más de lo necesario, de forma consciente; quería que admirase su atuendo, que lo admirase y sufriera por no poder

tocarla; quería que padeciera lo mismo que estaba sufriendo ella; que sintiera en carne propia lo mismo que ella cuando la había abandonado en su habitación para marcharse a la suya, dejándola con ganas de una buena sesión de sexo, con unas ansias muy dolorosas; sola y afligida.

—Supongo que negarse no servirá de nada.

—Si no quieres que te deje toda la cara roja, no.

Gato tragó saliva y se dejó hacer.

Y pensó que eran muchas más cosas las que le hubiera gustado dejarla hacer.

Estaba duro como una roca, menos mal que llevaba aquel delantal, algo disimularía. Desde que se había abierto la puerta del ascensor y la había visto, deseó echársela al hombro y llevarla de vuelta a su habitación para quitarle aquel provocativo disfraz. La muy pécora había transformado la cómica malla amarilla en un mono corto ceñido y provocador. Demasiado, pensó mientras intentaba mantener las manos quietas al tenerla tan cerca, rozándose con él y no hacer nada cuando lo que deseaba era atraerla hacia su cuerpo y empezar a devorarla. Había cortado la malla por la parte de arriba, eliminando la cresta, así como las mangas, ensanchando el escote y dejándolo tan bajo, que el borde de sus enormes pechos se derramaba por encima de él. Por la parte de abajo, lo había recortado hasta el nacimiento de los muslos, marcando el enorme trasero, incluso lo que tenía entre las piernas, que en esos momentos estaba a escasos centímetros de él; de lo que él tenía entre las piernas.

Su miembro daba saltitos dentro de los entallados calzoncillos. La miraba con un hambre que hubiera asustado a cualquiera, pero ella no era cualquiera, era una mujer fuerte, dominante, sensual. Se fijó en que había sustituido la cresta por un peinado cardado en la cabeza, recogido en una coleta y pintado de color naranja. El maquillaje era espectacular; todo purpurina de colores azules, dorados y blancos, imitando una mariposa; y los guantes y las patas azules ahora estaban: los primeros, con los dedos cortados, por lo que se los había subido desde las muñecas hasta el codo; y, las segundas, las patas, las había recortado de forma que eran medias encima de sus botas negras. Y así se la había encontrado, la provocación personificada, porque sus voluptuosas curvas, es decir, sus enormes pechos y redondeado trasero, se marcaban de forma exageradamente escandalosa. Pensó que de haber estado más delgada no hubiese resultado tan tentadora.

—Listo.

Mina se apartó de él con desgana, mirándolo con aire triunfal, segura del estado en el que se encontraba el hombre.

Gato tragó saliva y la observó inmerso en un infierno de sensaciones. ¡Cómo la deseaba! Su necesidad de ella se estaba volviendo dolorosa.

—¿Bien? —preguntó Mina anhelando algo que sabía que no podía volver a repetirse.

—Estupendamente. —Si supieras.

—Entonces...

—Es mejor que nos vayamos —le dijo sonriente, intentando disimular su alto grado de excitación—, nos espera el resto del corral, aunque creo que serás la sensación. Nunca he visto una pollita tan sexy.

Mina le dirigió una deslumbrante sonrisa y salió delante de él, contoneándose exageradamente, y Gato gimió. Este se quedó admirando, como en trance, ese suave balanceo, y gimió una vez más, acelerando el paso hasta colocarse junto a ella, y no detrás; decidió que era mejor para ambos, pero sobre todo para él, que caminase a su lado, al menos hasta llegar al restaurante conocido como La teta de Julieta, donde los esperaban para cenar, y que estaba tan solo a cinco minutos andando del hotel. Volvió a gemir al pensar que ni siquiera el nombre del establecimiento lo ayudaba a pensar en otra cosa que no fuera el sexo.

Y puso en duda que esa noche la dejara dormir sola, o al menos sin su compañía.

Capítulo 10

—Después de todo no ha sido tan malo, ¿verdad? —le susurró al oído desde atrás—. No me negarás que lo estás pasando estupendamente.

—Puede.

Mina sonreía mientras bebía de su gin-tonic con fresas.

—Vamos, jefa, si te morías de ganas por salir a la pista a exhibirte.

—¿Perdona?

Si giró para quedar justo frente a él, muy cerquita, demasiado, estaban a escasos centímetros. Podía sentir el aliento del hombre en su rostro, una vez más, le puso la carne de gallina.

—Digo que te morías por salir a la pista a exhibirte.

—¿Cómo?

—Que te morías por salir a la pista a exh...

—Vale, lo he entendido a la primera. Eres demasiado —soltó sonriente.

Tal vez se debiera a las copas de vino ingeridas durante la cena, al calor, al ambiente carnavalesco donde no había sitio para las malas caras o los enfados, pero lo cierto es que se sentía más permisiva que de costumbre.

—Demasiado, ¿qué? —preguntó el hombre mientras inclinaba su cuerpo hacia ella con la intención de incomodarla. Aunque, si supiera que Mina estaba deseando abrirse de piernas y sentir cómo la llenaba por completo, no se andaría con tantos miramientos—. Demasiado guapo, demasiado inteligente, demasiado simpático —ella arqueó las cejas con una amplia sonrisa—, demasiado excitante...

—Stop.

Gato no pudo evitar reír ante el alto que acababa de darle, porque se lo esperaba de un momento a otro. ¿Y si la picaba un poquito más?

—Ahora no estamos trabajando, no puedes darme órdenes.

—Yo no estaría tan seguro —le soltó—. ¿Has visto la película Dirty Dancing? Pues recuerda la escena donde ella le dice que no invada su espacio porque eso es lo que yo estoy diciéndote a ti ahora mismo: que mantengas las distancias.

—Si no recuerdo mal —le dijo devorándola con aquella verde mirada que la traía loca—, en esa escena él trataba de besarla, y mucho más. Casi le estaba tratando de hacer el amor. ¿Cómo era esa canción?

—Ni se te ocurra cantarla.

—¿No?

—Ni hablar.

Hay que me ve va a dar algo.

—Baby, ooohhh, Baby...

Mina se sorprendió al escucharlo cantar de aquella forma sugerente, la canción de la película, como si verdaderamente la hubiese visto, mientras la miraba a los ojos. Y sintió que se le caía el tanga, otra vez. ¡Por las bragas de Mafalda! Un hombre al que no le importaba reconocer que había visto la peli, que se acordaba de ella y que incluso le cantaba la canción de la escena que más le gustaba, ¡no podía dejarlo escapar! Pues vas a hacerlo -se recordó.

Gato se acercó un poco más mientras tarareaba la melodía y Mina lo detuvo con una mano.

—Para.

—Luego pararé.

Aquellas palabras fueron como un fogonazo por lo que implicaban. Lo más importante: que él iba a intentar volver a seducirla. ¡Pues me muero porque lo haga! ¿A quién voy a engañar?

—Eres increíble. Me has traído a los carnavales de Cádiz, me has hecho disfrazarme, me he tragado a la chirigota del Selu...

—Con la que te has reído un montón —la interrumpió.

—No lo niego, pero en todo momento he tenido el pleno convencimiento de que estábamos trabajando. Si no recuerdo mal, todas las personas con las que hemos cenado y ahora estamos tomando copas, son clientes, ¿o no?

—Lo son.

Gato era consciente de que ella no iba a claudicar tan fácilmente y pensó que, tal vez después de un par de gin-tonics más, lo haría. Pues esperaría.

—Pues atiéndelos.

—Están muy bien —le dijo metiéndose otro chicle en la boca y masticándolo exageradamente, resultando de lo más tentador con esa peluca rubia, esa enorme boca pintada de rojo y esos sexis ojos verdes, más impactantes que nunca gracias al eyeliner—. Si quieren algo, no dudes en que lo pedirán.

Mina no dijo nada, simplemente bebió de su copa en un intento de refrescarse un poco, y esa situación, no sabía por qué, le resultó familiar. Él mirando cómo ella bebía, ella mirándolo a través de su copa... Intentó pensar en otra cosa. No entendía nada, con Gato todo era diferente.

—Me he dado cuenta de que no has probado ni el vino ni la cerveza durante la cena, y ahora estás bebiendo un refresco.

Intentó cambiar de tema porque ya una vez había decidido que no quería repetir lo de la oficina, ni lo de la habitación del hotel, ni nada que se le pareciera. No, no quería. Y él tenía que entenderlo, no podía ser tan idiota.

—Me enloquece que me observes con tanto detenimiento.

—No te pases.

—No lo hago.

—Lo estás haciendo.

—¿Y no te gusta?

Ignoró la pregunta.

—Empecemos de nuevo, ¿de acuerdo? Recuerda que soy tu jefa, y estoy siendo amable, así que no la cagues.

—No lo haré, eso es lo último que querría hacer.

—Bueno, pues entonces, si nos comportamos como dos personas adultas, civilizadas, que trabajan juntas...

—Que se acuestan juntas.

—Pasaré por alto ese comentario porque estoy muy a gusto y no quiero enfadarme contigo.

Gato resopló frustrado. Había pensado que sería sencillo volver a meterse entre las piernas de la teniente O'Neil, pero al parecer esta no pensaba ponérselo fácil.

—Cuéntame algo de ti, de tu vida.

Él la miró entrecerrando los ojos.

—¿De verdad que es necesario someterme a un tercer grado?

—Mucho.

—No entiendo por qué, mi vida personal no debe importarle a quienes me contratan.

—A mí, sí.

Gato la miró de forma seductora.

—No te hagas ilusiones —señaló Mina—, solo quiero saber con qué tipo de persona estoy trabajando, si puedo confiar en ti.

Él se mantuvo en silencio unos segundos, le dio otro sorbo a su refresco, mirándola como si estuviera decidiendo algo muy importante. Hasta que Mina se percató de que el hombre había tomado una decisión. Y rezó para que fuera la que ella esperaba.

—Bien. ¿Qué quieres saber?

—Todo.

—No pienso decirte con cuántas mujeres me he acostado en una mesa de oficina.

—No seas imbécil.

—¿Lo estaba siendo?

Ella bebió de nuevo de su copa y lo miró arqueando una ceja.

—Estoy más cerca de los cuarenta que de los treinta, sigo soltero, sin compromiso, no tengo hijos, no tengo novia.

—Puedes hacerlo mejor.

—Y tú eres demasiado cotilla.

No pensaba decirle quién era en realidad, y ella no tenía forma de saberlo, por ahora.

—No lo niego. Creo que es lo único que he sacado de mi madre.

—¿Cómo entraste a trabajar para Álex? ¿Hace mucho que os conocéis?

—Bastante.

—Así no se puede —soltó exasperada.

Gato soltó una carcajada y ella se derribió. ¿Por qué tenía que estar tan bueno y ser tan sexy y divertido?

—Vale —convino—, me llamo Roberto. Nací en la barriada García Lorca, de Algeciras; por si no la conoces, no tiene muy buena fama, pero la mayoría de las personas que viven allí son buena gente, muy trabajadora, con excepciones, claro. —Ella lo escuchaba con interés—. Mi madre era drogadicta y mi padre un humilde peón que murió en una obra porque no se cumplían las medidas de seguridad. Me crió el Padre Font; y conocí a tu hermano a los veinte años, en una pelea entre niños bien y los de mi barriada. Le rompí la nariz aquel día, y hemos sido amigos desde entonces. Siempre he ido a las fiestorras que organizaba en casa de tus padres por aquellas fechas, hasta que, hace años, me metí en un lío, el cura me ayudó a salir de él y me obligó a ir por el buen camino.

Mina se puso blanca. ¿Qué iba a las fiestas de Álex?

—Siempre he sido un bebedor y fumeta, normalmente estaba colocado, pero desde que tuve ese problema no he vuelto a probar ni las drogas ni el alcohol. Ahora me gana la vida honradamente.

La miró como esperando ver su reacción, porque no le había pasado desapercibido el ligero cambio en su expresión.

—Interesante —ella no sabía qué otra cosa decir. Ay, Piluca, lo que le estaba rondando por la cabeza no podía ser, ¡no!, decididamente no. Ella no iba a tener tan mala suerte. Pero ¿por qué esa sensación de vértigo ante lo que podría descubrir?

—¿Me creerías si te dijera que solía llevar el pelo largo?

—Te juro que no. —Lo cierto es que sí.

¿Llevaba el pelo largo el tío con el que se acostó aquella noche? Estaba segura de que lo llevaba.

—Me sorprende no haberte visto antes, siempre he salido con tu hermano, menos los últimos siete años, que he estado viajando por ahí. Pero claro, una pija como tú no iba a juntarse con nosotros.

—Nunca he asistido a ninguna fiesta de Álex.

Ni en sueños le decía que la única vez que fue a una, se acostó con alguien como el que él había descrito.

—Mejor para ti, de haberte visto en alguna, te habría echado el ojo, no lo dudes. En esa época ninguna se me escapaba.

Gato le guiñó un ojo de forma pícaro.

Mina intentó imaginárselo más joven, con el pelo largo, más delgado debido a la mala vida..., y lo hizo; y casi recordó, casi. Y pensó que necesitaba saber más, quitarse esa sensación de anticipación ante lo que la vida podría estar reservándole, otra vez.

¡No, por favor, no!

—¿Ibas a muchas fiestas de mi hermano?

—No he vuelto a ir desde la última, una de las más afamadas —se quedó pensativo—, hará casi ocho años.

Mina era consciente de que hablaba de la fiesta donde concibió a su hija, la cual salió en prensa debido al destrozo que hicieron en la casa y a la que tuvo que acudir la Policía y detener a unos pocos. Entre ellos, su propio hermano, de ahí que sus padres ataran en corto a este y le prohibieran utilizar su casa para tales movidas. Tenía que asegurarse de que no fuese el mismo hombre.

—En esa fiesta ocurrieron muchas cosas.

—Lo sé —dijo con una sonrisa perezosa mientras volvía a beber de su refresco—, estuve allí. No me acuerdo muy bien de todo porque iba bastante colocado, también bebido, pero sí que recuerdo que lo pasamos en grande. Yo personalmente —sonrió de forma enigmática, y ella pensó que estaba recordando cómo echaron un polvo en la buhardilla del chalet, de su chalet—, lo pasé en grande.

—No me digas.

Se maldijo por no haberse dado cuenta antes. ¡No podía ser! ¿Cómo no se había percatado de ello antes? Si se había acostado con él dos veces, ¡por todos los infiernos! Tenía que ser el padre de Jimena, demasiadas casualidades.

—¿Celosa por algo? —preguntó esperanzado en que a ella le molestase que hubiese tenido una buena juventud—. Percibo cierta tensión.

—Flipas.

—Flipaba.

—¿Qué dices ahora?

—Que como no me meto nada, no flipo.

Mina no pudo evitar sonreír.

—De verdad que eres, eres... —se encogió de hombros pensando que era un capullo, como solía decir su amiga de Álex—, mejor no te digo lo que eres.

¿Quién le aseguraba que ahora tampoco tenía novia o estaba casado? Aquella otra vez bien poco le importó que la novia aporreara la puerta tras la cual acababan de echar un... ¡Mina, ya hablas igual que él!

—Ya me llamaste gilipollas.

—Imposible.

Nunca reconocería haber soltado un taco.

—Me parece que sí, en el camión.

—Nunca.

Se acercó un poco más a ella y Mina sacó pecho, dándole a entender que no la amedrentaría. Después de todo ella era la jefa; si alguien debía andarse con cuidado ese era él.

—Creo que en estos momentos estoy dispuesto a aceptar cualquier cosa que digas.

Gato la miraba absorto. No había querido desvelar mucho de su pasado, de su presente, ni de los planes de futuro que tenía porque no sabía por dónde podía salirle aquella explosiva mujer; pero de lo que sí estaba seguro que no podría hacer, era ignorar cómo su sangre hervía cada vez que ella lo miraba de aquella forma, con tal necesidad de ser poseída.

—No te creo.

La pista se había llenado de gente disfrazada que bailaba y reía sin control, obligándolos a acercarse mucho más, incitándolos a pegarse de forma escandalosa.

—No puedo soportarlo más, te vienes conmigo sin protestar.

La cogió de la mano y la sacó del jardín donde estaba la pista de baile y se la llevó a uno de los pequeños salones que se utilizaban normalmente para reuniones o charlas. Gato la llevaba cogida fuertemente de la cintura, la tenía apretada contra su cuerpo y no la miraba; su objetivo principal era llegar allí y nadie podría impedirselo. No admitiría negativas, su actitud posesiva así lo indicaba. Y Mina recordó aquella noche, hacía años, con aquel desconocido que también la arrastró de aquella forma para poder tomarla después. No le importó. No sabía si era por las copas o por el ambiente de relajación que había a su alrededor, pero lo cierto es que no le importó. Se dejó guiar como aquella otra vez. Y se dijo que solo sería una vez más, solo una. Ahora era diferente, no estaba drogada y sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Sí, era algo totalmente distinto.

—Ahora vas a quitarte esa endiablada malla que me está volviendo loco.

Cerró la puerta y se echó sobre ella.

—Primero déjame desnudarte, nunca he desvestido a un hombre disfrazado de mujer. Es interesante —dijo mordiéndose el labio inferior en un gesto provocador.

Gato le puso la mano en su abultado miembro para que pudiera saber de primera mano cómo lo tenía.

—No puedo soportarlo más, te necesito inmediatamente.

—Entonces déjame a mí.

—Siempre tienes que estar dando órdenes —bufó.

Ella le sostuvo la mirada y después sonrió.

—Has dicho que aceptarías cualquier cosa.

—Yo debería ponerme un punto en la boca de vez en cuando.

—¿Entonces? —preguntó con sensualidad mientras hacía el intento de bajarse el mono amarillo.

Gato tragó saliva lentamente y se separó de ella.

Mina se sintió poderosa por poder controlarlo de aquella forma. Se quitó la malla ante la mirada posesiva del hombre, pero se dejó todo lo demás. A continuación, lo miró y vio que este estaba apoyado sobre la mesa de juntas que allí había y lo hizo tumbarse completamente en ella.

—¿Vas a hacer algo, pollita?

Mina no contestó, simplemente le metió la mano por debajo del batín y la subió hasta encontrarse con los calzoncillos de él, de los cuales tiró hacia abajo por la parte delantera, dejando al descubierto su falo enhiesto y sus testículos. Luego le subió la falda de la bata hasta la cintura, y sonrió de forma lasciva, incitadora.

—Es la primera vez que le subo la falda a alguien con quien pienso tener un revolcón.

—Pues no sé a qué esperas para venir aquí.

Gato la acercó a él, tomándola fuertemente de las nalgas desnudas, la obligó a subirse encima y a que lo montara del tirón. Sintiendo que no podría aguantar mucho más el deseo de volver a poseerla; aunque, en este caso, pensó con deleite, quien lo estaba poseyendo a él con un entusiasmo descontrolado era ella.

Mina estaba sintiendo nuevamente cómo su matriz se contraía de puro gozo ante cada roce íntimo; cada vez que provocaba que él se hundiera más profundamente en ella, gritaba de placer porque verdaderamente lo sentía, sentía esa sensación de anticipación al orgasmo que la hacía perderse en un torbellino de cosas increíbles.

—¿Te gusta así? —preguntó Gato con los ojos cargados de pasión.

La única respuesta de ella fue un gemido lastimero.

—Entenderé eso como un sí.

Gato le mordió el labio con desesperación mientras la tomaba con fuerza por las caderas para obligarla a engullirlo hasta lo más hondo de su masculinidad, y se derramó dentro de ella al mismo tiempo que sentía cómo ella llegaba al punto álgido del placer, sintiendo con satisfacción cómo se contraía su vagina sobre él. Mina apoyó su cabeza sobre la del hombre y suspiró, somnolienta, saciada.

—Vas a provocar que me dé un infarto, es imposible que pueda tener más pulsaciones por minuto que las que siento ahora.

Ella se apartó un poco y lo miró como queriendo descubrir algo. Estaba convencida al noventa por ciento de que era el padre de Jimena, pero también lo estaba de que le ocultaba algo. No era tan claro como aparentaba ser.

En ese momento el sonido de un móvil quebró el momento en el que ambos podrían haberse hecho algunas confesiones.

Mina se apartó de él y corrió a ponerse nuevamente la malla amarilla, mientras lo oía hablar con alguien por teléfono. No se arrepentía de lo que había hecho, pero no quería que él pensara de solo por haberse acostado podrían tener algún tipo de relación. Mucho menos después de conocer cómo había sido su vida. Te ha confesado que ha sido prácticamente un delincuente. En realidad no un delincuente, pero tampoco una persona que se hubiera educado correctamente en un ambiente familiar normal. ¿Y cuál sería el lío del que le habló?

Al cabo de unos segundos Gato colgó y la miró. Ella presintió que algo malo ocurría por su expresión. Se había vuelto dura, seria y preocupada.

—Álex está en problemas, debemos marcharnos inmediatamente. Tenemos que ayudarlo.

—¿Qué clase de problemas?

—De los de preocuparse.

—¿Y los clientes?

—No te preocupes por ellos.

Capítulo 11

—¿Qué ocurre? ¿Ha tenido otro accidente?

—Es complicado.

—Soy una mujer madura, he pasado por muchas cosas, créeme —le dijo—. Nada es imposible cuando se está vivo para poder solucionarlo. Las cosas pueden ser difíciles, pero no imposibles.

Gato la admiró por pensar de aquella forma. Él una vez creyó que todo era imposible, hasta que alguien le tendió una mano y, por supuesto, supo aprovecharla.

—Supongo que no sabes las circunstancias en las que Álex tuvo su accidente.

Ella lo miró a través del espejo retrovisor.

—Sé que se estrelló con la moto contra un contenedor.

—¿Nada más?

Él parecía extrañado ante su falta de información.

Mina lo miraba conducir, y se admiró de que no quitara la vista de la carretera. Menos mal que Gato no bebía, porque de ser así, hubiesen tenido que esperar a que se les pasaran los efectos del alcohol, al menos todo el que ella había ingerido, para ir al hotel, cambiarse y coger el destartado coche del hombre para regresar de inmediato a Algeciras. A la casa de Gato en aquella barriada de la que le había hablado, donde le había aconsejado a su hermano que se escondiese hasta que él regresara a la ciudad. Pero esconderse ¿de qué?, o más bien, ¿de quién?

—Cuéntame tú, ¿qué crees que es lo que necesito saber?

En realidad estaba molesta porque él supiera más de la vida del otro que ella misma, que tenía la misma sangre.

—El accidente de Álex se debe a una mujer, más bien, una jovencita.

—Te lo juro que no me extraña. La esposa de alguien, supongo.

—Más bien, la hermana de alguien.

Ella alzó las cejas sorprendida.

—Una joven gitana, hermana de una familia que protege mucho a los suyos, sobre todo a sus mujeres. Los conocen como los Medio-mulos, que no son otros que el clan de los Montoya; buena gente, si no te metes con ellos.

—Qué pintoresco.

En realidad le hubiera gustado decir: voy a matar a Álex. ¿Cómo se le ocurre meterse en semejante problema?

—Supongo que los hermanos de la chica no quieren que salga con mi hermano.

—Ni los hermanos, ni los tíos, ni los padres, ni los abuelos..., nadie del clan de los Montoya.

—Parece gente sensata, Álex no es recomendable para ninguna mujer.

Sería su hermano, pero era un sinvergüenza sin remedio.

Gato no dijo nada ante sus palabras. Él mismo se había comportado como Álex en infinidad de ocasiones.

—¿Me vas a decir que a Álex no le importó lo que pensara su familia? —Mina no pudo evitar hacer la pregunta en voz alta, así como tampoco proporcionarse su propia respuesta—. Lo imaginaba.

—Ni a Álex, ni a ella, que es un poco alocada. Lo del accidente de tu hermano fue solo un aviso para que la dejara en paz, pero después de lo de hoy..., va a tener que salir del país si no quiere que lo encuentren y acaben linchándolo.

—¿Tan grave es? —Verdaderamente estaba asustada—. Tampoco creo que sea para tanto, y menos si la chica se ha ido por su cuenta, sin que la obliguen.

—La chica se ha escapado de casa sin el consentimiento de nadie y se ha ido con tu hermano, desobedeciendo al patriarca. Le echan la culpa a Álex.

Mina ahogó una exclamación. ¡Sería inconsciente!

—Eso es imposible, Álex está aún convaleciente.

No podía dejar de defenderlo, después de todo era su familia.

—El caso es que les he dicho que vayan a esconderse al piso que tengo en la barriada donde te dije que vivía con mi madre, no creo que nadie los busque allí.

Seremos nosotros quienes tendremos que ir a devolver a la joven, y que esta se las apañe con su familia.

—¿¡Ese es tu fantástico plan!?

Su hermano estaba amenazado de muerte y a él solo se le ocurría ir a llevar de regreso a la chica a su casa, estupendo.

—Sí, bonita, ese es mi fantástico plan.

La muy desagradecida..., encima que los ayudaba, le criticaba. De verdad que era para mear y no echar gota.

Gato empezó a maldecir haber llevado ese viejo coche solo para molestarla, se le estaba haciendo interminable el camino, y eso que estaban ya a poco más de veinte minutos.

—No sé de qué me sorprendo —insistió Mina.

Gato apretó los dientes, pensó que mejor que no fuera por ahí. Después de todo no dejaba de ser una creída sabelotodo.

—¿Tienes uno mejor? —preguntó enfadado.

—Por supuesto, llamaremos a la Policía. Ellos se encargarán, para eso se les paga.

Gato la miró un segundo y luego empezó a descojonarse de la risa pensando que, o Mina era muy inocente, o era verdaderamente tonta.

—La Policía. Por si no lo sabes a esta gente le importa muy poco tu Policía. Mejor nos quedamos con mi plan: iremos a por la chica, la llevaremos de vuelta con su familia en La Línea, negociaremos una compensación con el patriarca para que deje en paz a Álex, y nos marcharemos de allí. —La miró un segundo—. Después de todo, a quien ha pedido ayuda tu hermano es a mí, y por algo será —murmuró—. Así que yo decido.

Le lanzó una sonrisa arrogante y le guiñó un ojo, conocedor de que Mina no acataría sus órdenes dócilmente.

—Ya lo veremos.

—¿Quieres apostar? —preguntó desafiante.

Ella lo miró con furia, sin comprender cómo momentos antes lo había adorado y se había entregado con total confianza a él, y en aquel instante, podría llegar a matarlo por idiota. Sin embargo, no iba a caer en su juego, ella no apostaba.

—Olvídalo.

—Eres una cobarde.

—No, soy sensata, y tengo sentido común.

—Si tú lo dices...

—Lo digo.

—Como quieras.

—Gilipollas —lo dijo muy bajito, para que él no pudiera entender lo que le había llamado.

—Te he oído.

—Vete al infierno.

—Iré —asintió lanzándole una breve y seductora mirada—, después de que me beses, otra vez.

Mina guardó silencio porque no tenía ganas de discutir con él, pero le profirió una serie de calificativos nada agradables mentalmente.

Nunca más volveré a besarte.

Les costó bastante convencer a la joven de que tenía que volver con su familia por el bien de Álex, quien no parecía contento con que la chica lo hubiese nombrado su caballero de brillante armadura en el estado en el que se encontraba, pero claro, pensó Gato, una cosa era enrollarse con ella y otra tener que dar la cara por esa pobre incauta. Si supiera el calavera que estaba hecho su enamorado saldría de allí por patas. Resopló con resignación, ahora le tocaría a él sacar del atolladero al otro. Pero, en fin, él siempre daba la cara por los amigos, y tenía que darla por este, que fue quien lo ayudó cuando más lo necesitaba. Sobre todo, siendo consciente de lo culpable que se sentía por acostarse con su hermana escondidas de él. Pero bueno, pensó encogiéndose de hombros, la teniente O'Neil lo había usado igualmente, porque, al parecer, desde que recibiera la llamada de su colega, esta había vuelto a su pose de gran señora y empresaria, tratándolo como lo que realmente significaba para ella: un simple currito de la empresa de su hermano con el que se había acostado un par de veces.

Y eso le escocía, mucho, bastante. Él no era ningún pañuelo de usar y tirar.

Por su parte, Mina estaba indignada con la forma de comportarse de Álex, decepcionada porque se relacionase con chicas mucho más jóvenes y encima les creara problemas con su familia. ¿Cuándo pensaba sentar la cabeza de una vez? Se estaba cansando de ir en su auxilio cada vez que metía la pata tan hondo. La muchacha, Samara se llamaba, era todo lo contrario a los clichés que ella tenía de los gitanos. Vestía bien, aunque con ropa muy sencilla, y era bastante educada. Cosa que la sorprendió. Y lo que más la impresionó fue lo guapa que era, espectacular. Mina trabajaba en el mundo de la moda y podía reconocer un bellezón con algo especial cuando lo tenía delante.

Pero también estaba enfadada, mucho, muchísimo, porque después de haberse aprovechado de la chica, no fuese capaz de dar la cara por ella, obligando a Gato a actuar en su nombre, sabiendo que se estaba jugando la vida acudiendo a visitar a esa familia, o clan, o como quiera que se autodenominasen, para solventar el problema que él solito había creado no mandando a la joven de vuelta con su familia en cuanto se presentó en su casa pidiendo que la acogiese. Aunque Mina pensó que lo que la chica necesitaba era alguien que la enseñase a mantenerse alejada de hombres como su hermano, si no quería acabar con una barriga como le ocurrió a ella.

Si esa pobre incauta supiera realmente del pie que cojeaba Álex no estaría tan dispuesta a dejarlo todo por él, pero, se encogió de hombros, cada uno tenía que hacer frente a las consecuencias de sus actos, como ya hizo ella en su momento.

Y también, para su sorpresa, estaba preocupada por la seguridad de ese demonio de ojos verdes que le robaba la cordura y hacía que su sangre se transformase en lava hirviendo cuando simplemente la rozaba. Un hombre que podría traerle muchos problemas si descubría que era el padre de su Jimena, porque, claro, ¿quién le decía que de saberlo no intentaría quitársela, aunque solo fuese por sacar provecho de la situación? Así que mejor daba por concluido ese rollito entre jefa y subordinado que se traían, si no quería salir escaldada.

Habían pasado algunas horas desde que Gato se marchó a hablar con los Montoya, horas que le parecieron eternas y que pasó encerrada en ese viejo piso acompañada por Álex y una vecina de mediana edad del dueño de la finca, que iba y venía de su casa a la de Gato ofreciendo constantemente algo de comer: que si unas galletas, que si un poquito de queso y jamón, que si un café. En fin, gente que no tenía otra cosa que hacer que estar pendiente de los demás. Todo lo contrario a su madre, que solo tenía tiempo para ella misma.

—Esta vez has ido demasiado lejos —le reprochó a su hermano.

—No vayas a empezar.

—Por supuesto que voy a hacerlo. ¿En qué estabas pensando para meterte en este problema?

Estaban sentados en el salón del pequeño piso, uno frente a otro, ella mirándolo enojada, él con fastidio.

—Si ya la has visto para qué preguntas.

—¿Me estás diciendo que cada vez que se ponga una mujer guapa delante de tus malditas narices vas a pensar con el pene en vez de con la cabeza?

—No te estoy diciendo nada, tú solita piensas por los dos. Te digo que me gusta, y punto.

—Muy cómodo para ti meterte en problemas y que los demás tengamos que dejarlo todo para correr a salvarte.

Álex la miró enfadado pero no dijo nada; ella por un momento sintió remordimientos por lo que le había dicho pero contuvo el sentimiento de correr a abrazarlo y disculparse. La lengua la perdía, pero bueno, Álex se lo merecía, ¿no?

—Yo no te he pedido que vinieras, se lo he pedido a Gato.

Eso le dolió.

—Pero no iba a dejar de acudir en tu ayuda porque te fíes más de un extraño que de mí.

—No se trata de confianza.

—¿Ah, no? Entonces ¿de qué se trata si puedo saberlo?, me gustaría que me ilustraras.

—Es cosa de hombres, no lo entenderías.

Mina abrió mucho los ojos, presa de la indignación.

—Eres un neandertal, machista y mujeriego.

Álex miró al cielo pidiendo ayuda para aguantarla.

—Lo sé —le dijo con una sonrisa socarrona a su hermana—, anda, acércame la bolsa de patatas.

Ella se levantó y fue a por ellas.

—Es doloroso saber que confías más en un hombre de la calle, con nombre de felino, que en tu propia hermana. —Le dio las patatas con malos modos—. No lo soporto. Además, ¿qué nombre es Gato?

—Gato es un apodo.

Los dos miraron al lugar del que procedía aquella profunda voz que la descolocaba y hacía que perdiera el norte.

—Si querías saber, podrías haberme preguntado directamente —estaba molesto porque Mina hubiese dicho todo aquello de él porque confirmaba lo que ya sospechaba, que por mucho que le gustase, nunca le daría una oportunidad por considerarlo inferior a ella.

Mina no dijo nada, se sintió mal porque él hubiese oído aquellas cosas que dijo sin pensar, presa de la furia con su hermano por no confiar en ella.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Álex asustado—. ¿Ella está bien?, ¿no le habrán pegado o algo peor?

—No tienes que preocuparte por la chica, está perfectamente.

—¿Entonces?

—Su familia no le hará nada, solo la castigarán de por vida —sonrió al decir aquello porque recordó cómo la abuela de la muchacha la cogió del brazo y le dijo que iba a estar lavando caracoles hasta que le salieran canas—; no son malas personas. Pero es normal que se preocupen y se molesten.

Álex suspiró tranquilo.

—Gracias.

—Peeero... —fue Mina la que intervino, al darse cuenta de que en la expresión de él había cierta preocupación.

—He tenido que hacer un trato para que olviden la ofensa que les has causado.

—Supongo que querrán dinero.

—No, jefa —lo dijo lentamente, cargado de sarcasmo—, no quieren limosnas. Quieren que les hagamos un trabajillo, así considerarán saldada tu deuda. Para ellos el honor es más importante que la pasta.

Álex sonrió, ya se esperaba algo así.

—Dime qué es lo que quieren.

—Necesitan pasar un cargamento de tabaco por La Verja y... ¿adivina quiénes vamos a hacerlo?

Álex estalló en sonoras carcajadas y Gato lo siguió. En su juventud ambos habían hecho de matuteros, el primero por diversión, el segundo por necesidad.

—No entiendo de qué os reís.

—Pasaremos tabaco de contrabando, bueno —miró a Gato al recordar en la situación en la que se encontraba—, no creo que yo pueda.

—No te preocupes por eso —su cara reflejaba la maldad de sus palabras—, tu hermana me acompañará. Por cierto, también le he ofrecido a la muchacha costear sus estudios, ha dicho que quería estudiar en Barcelona. Y a su abuelo no le ha parecido tan mala idea, dice que así tú te mantienes lejos de ella.

—Pagaría por ver eso.

—Créeme, lo verás.

Y Mina los miró enojada porque no entendía qué es lo que tenía tanta gracia, se suponía que iban a recoger un porte de tabaco y ya, ¿o no? Imbéciles.

Capítulo 12

—Nos van a coger.

—Disimula.

—No puedo, estoy muy nerviosa, y me estoy haciendo pis—insistió de nuevo con lo mismo.

—No pienses en ello o no podrás contenerte. —La miró un segundo antes de volver a dirigir su atención a la Policía fronteriza con preocupación—. Es sencillo.

Mina ladeó la cabeza y lo miró furibunda. ¿Sencillo el qué si se estaba meando?

—Eso no me ayuda —murmuró—, en nada.

—Pues —le indicó frustrado porque no callaba—, intenta pensar en tus coches, tus casas y todo eso que te importa tanto y que te hace tan feliz, y no en gente de la calle como yo. No te será tan difícil.

Mina apretó los labios e hizo una mueca. Imbécil.

—Esa última frase ha estado de más.

—No te vas a callar, ¿verdad? —Empezaba a perder la paciencia y era consciente de que a ella le importaba un pito.

—Recuerda, tú no me das órdenes.

—Deja de murmurar, me pone nervioso. —No pudo evitar volver a mirarla con cara de mala leche—. Tal vez para ti no tiene importancia si nos cogen o no, pero piensa un poco en los demás —cerró los ojos un momento con el único fin de aguantarse las ganas de zarandearla y hacerle entender su comprometida situación—, por una vez.

—Lo hago, por eso estoy nerviosa y me estoy haciendo pipí.

—Y sigue.

Gato estaba que saltaba porque la muy jodía hiciera lo que le viniera en gana y no atendiera a razones.

—Además, ¿qué sabes tú de lo que a mí me importa?

Mina lo miró enfadada.

Imbécil, estúpido, delincuente.

Gato le devolvió la mirada apretando los dientes.

Estaba seguro de que los cogían, y menuda se iba a armar si lo hacían; y menuda le iba a dar entonces.

—No me mires así, tú no sabes nada —continuó, y lo miró fijamente con la intención de intimidarlo.

Claro que le importaban cosas más importantes que sus posesiones, o mejor dicho, personas. Por ejemplo: le importaba mucho, muchísimo, su hija Jimena, y también su hermano Álex, de no ser así, ¿por qué estaba haciendo de contrabandista? Y ya puestos, de no ser por el cabeza hueca de Álex, no estaría pasando por esa bochornosa e imprudente situación; ni habría vuelto a encontrarse con el indeseable que había resultado ser el padre de su hija. Bueno, indeseable no, pero todo lo demás, sí. Así que no iba a permitir que nadie le dijera que era una materialista. De eso nada. Eres demasiado tonta, Mina —se dijo—, si no, ¿qué haces aquí? Aún puedes salir de esta. Vuelve a algún bar, te metes en el servicio y dejas toda la carga que llevas.

Gato le sostuvo la mirada, pero era una mirada altiva, peligrosa, que ella parecía no querer entender. Nada —pensó para sí mismo—, lo malo es que no sé nada, y me gustaría saberlo todo de ti, pero no me dejas, y eso me saca de quicio.

—Esto es peor que lo de vestirme de pollita —continuó Mina—. Entrar en ese barrio donde la gente se calienta las manos alrededor de barriles de hierro ardiendo en mitad de la calle o, o...

—Mina, por favor —en su voz se percibía la impaciencia. Pensó que iba a matarla como no se callara—. Cierra la boca de una puñetera vez. No quiero acabar en la cárcel porque no sabes mantener esa boquita cerrada.

—... no, no puede haber nada peor que esto.

Los dos terminaron de decir lo que querían al mismo tiempo. Y Mina, a pesar de lo que él pensara, se calló. Se miró y volvió a temblar. ¿De verdad iban a hacer aquello? Si alguna de sus amistades llegaba a verla de esa guisa, o si llegaban a pillarlos...; y lo más grave es que habían metido a Piluca en aquel lío. A su amiga, que nada tenía que ver con aquel mundo ni con las locuras de su hermano.

La muy tonta había aceptado ayudarlos por el bien de Álex, y eso que este la trataba súper mal además de ser un gilipollas con ella. Su hermano iba a estar en deuda con su amiga, al menos durante tres vidas, eso por lo menos. Pero es que lo más aterrador había sido meterse en aquella barriada de La Línea donde residían los Medio-mulos para recibir las instrucciones sobre el cargamento que tenían que pasar por la frontera.

Al principio, Mina estaba aterrada por vérselas con aquella familia, pero luego ya no tanto; si hasta le lanzó algún comentario que otro a una de las mujeres que intentaban hacerla enfadar. Y menos mal que Gato la acompañó en todo momento porque de no ser así no confiaba en haber podido salir de allí entera, o al menos vestida. Todos hicieron comentarios chuscos sobre su vestimenta, su cartera o sus gafas de sol, y Gato consiguió, para su consternación, que le cambiaran dichos complementos por ropa de mercadillo, según este era más conveniente para su disfraz. ¡Un cuerno! -se dijo-. Lo había hecho para fastidiarla, también podrían haber hecho lo mismo con ropa de marca.

Se miró de nuevo la ropa que llevaba puesta y puso mala cara. Pero después lo miró a él y se sintió mejor porque puede que fuera un simple currante pero le gustaba vestir con ropa cara, de eso sí que se había percatado. Te ha salido el tiro por la culata -pensó con maldad-, tú también vas haciendo el ridículo ya que te has tenido que vestir con un «titi de Cádiz». A Gato no le había hecho gracia ponerse aquellos pantalones pitillo, aquellas zapatillas horribles y la camiseta entallada remangada en los hombros; todo ello, asesorados por el patriarca quien, también les había aconsejado, por no decirlo de otra manera, que este se engominara el pelo y lo peinara hacia atrás. Mina pensó con enojo que ese atuendo, que hubiera resultado completamente ridículo en otro, en él resultaba de lo más impactante, y lo único que la consolaba era saber que a él no le hacía gracia ir vestido de aquella forma.

Por fortuna, Piluca no armó ningún revuelo y colaboró encantada en lo referente al cambio de imagen, cosa que la sorprendió y de la que pensaba hablar con ella más tarde, porque al menos ella debería haberse puesto de su parte y no hacer todo lo que el otro ordenara sin rechistar.

—Puedo hacerte una larga lista de cosas que son peores que esta, créeme —susurró de forma letal y con cara de querer hacerle algo muy, pero que muy malo.

—Me has llamado Mina, vaya —le dijo como si se hubiera dado cuenta de repente de que había usado su nombre y no uno de esos apelativos con los que se dirigía a ella; encantada, sin saber por qué—, al parecer he dejado de ser la jefa o la teniente O'Neil. ¿Qué? —le preguntó cuando este la miró con sorpresa—, ¿pensabas que no lo sabía? Por supuesto que sé cómo me llamáis a mis espaldas. Pero ¿sabes?, no me importa; es más, me importa un puto pimiento. Yo soy una persona honesta, decente y productiva; y me resbalan tus comentarios despectivos hacia mi persona; pero tú, tú, eres un... un...

Estaba buscando el insulto perfecto, aquel que lo dejara con las patas colgando.

—De verdad que pienso que llega un punto donde tu cerebro y el mío toman caminos diferentes, si no es que no lo entiendo —maldijo el hombre impotente porque no cerrara la boca de una jodida vez—. ¿No te das cuenta de dónde estamos? ¿No puedes dejar la pataleta para otro momento?

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó molesta por que insinuara que era una inconsciente—. No estarás diciendo que soy estúpida, ¿verdad? Porque no lo soy.

—No he dicho eso —le dijo con una sonrisa que no llegó a sus ojos, para no llamar la atención de la Guardia Civil que vigilaba la verja y que, en esos momentos, tenía su atención fija en ellos, que estaban en la cola para salir de allí.

La verja era como todos llamaban a la puerta por la que se entraba y salía de Gibraltar, la frontera. La misma que ellos se veían obligados a cruzar, cargados de cajetillas de tabaco de contrabando; el favor que había accedido a hacerle al patriarca del clan de los Montoya como acto de buena voluntad para que dejaran de perseguir a Álex y no fueran muy duros con la chica; y que él, sin saber por qué, había querido que Mina hiciera también, pero, lo que sí sabía era que, en aquellos momentos, se estaba arrepintiendo de haberla obligado a ir.

—Pues me lo ha parecido.

La miró entrecerrando los ojos. Y no para, maldita sea. Me veo en el calabozo por su culpa.

—No es momento para discutir.

La mataba, estaba seguro de que la mataba.

—No estoy discutiendo, estoy haciendo una observación.

Se tocó el abultado vientre que se había fabricado con una mochila cargada de cajetillas de tabaco. El resto lo llevaba en el carrito del bebé que llevaba, simulando ser una mujer en avanzado estado de gestación y con un bebé ya en el mundo. Y aparte de eso, también llevaba tabaco en la bolsa del bebé, en su bolso de mano, que más parecía una mochila que otra cosa, y en la maleta de Gato.

Se había vestido como una matutera, que era como se conocía a las mujeres que cruzaban diariamente de La Línea de la Concepción en dirección a Gibraltar, con el único objetivo de sacar el mayor número posible de tabaco de manera ilegal. ¡Si su madre la viera en aquel momento se moría de la impresión y de la vergüenza! Eso como poco. Ella, que no paraba de atosigarla para que conociera al joven empresario que las tenía tan encandiladas. ¿Por qué no le haría caso a su madre? En ese momento podría estar en el club de pádel de Sotogrande ligando con su profesor o conociendo al hombre del que todos hablaban. El cual sería mucho más delicado y educado que el que tenía al lado. Sí, seguramente sí que sería mucho más civilizado, pero... ¿podría ella obsesionarse tanto como con aquel que la acompañaba? Estuvo segura de que no, que eso sería imposible. Por mucho que intentara hacer ver que no le importaba, lo cierto es que sí que lo hacía. Pero, claro, ¿le convenía un hombre como aquel, acostumbrado a moverse entre aquella gente, a delinquir como lo estaban haciendo, sin el menor pudor o respeto por las leyes, a... a...? Menos mal que esa noche se celebraba su cumpleaños y, por fin, podría volver al mundo real, a su mundo. Intentaría quitarse de la cabeza al maldito Gato de una vez por todas tirándose a otro.

Sí, sería lo más sensato, lo más prudente.

—Te voy a llamar la Yo —la amenazó este entre dientes.

Ella alzó las cejas indignada.

—¿Perdona?

—Déjalo —le dijo volviendo a mirar al frente. Intentando ignorarla y que ella hiciera lo propio. Ya faltaba poco para que cruzaran la frontera y le dijeran adiós al Peñón. Gato no iba a poner en riesgo su libertad ni su identidad por tener una pelea con aquella gata rabiosa.

Sin embargo, Mina pensaba otra cosa: tenía ganas de bronca. ¿Y por qué? Porque había vuelto a flaquear en su decisión de no volver a acostarse con él. Gato solo tuvo que rozarla en aquella cena en los carnavales para que ella se convirtiera en fuego entre sus manos, para que se derritiera como la manteca. Caliente, ardiente, totalmente maleable. ¡Para! Apretó los labios, consciente de que aquello ocurriría cada vez que él quisiera. ¿El motivo? Muy simple: se había vuelto adicta a sus caricias, a su cuerpo, a su olor; se había vuelto adicta a él, y eso la enfurecía porque la hacía débil. Y yo no quiero ser débil —se dijo. No, no quería, pero es que no podía evitarlo; cuando él se ponía a tocarla, a mirarla de aquella forma tan sensual, ella se... se... ¡Ni hablar! Nunca más. Después de aquello no volvería a verlo. No quería. No podía dejar que ningún hombre volviera a entrar en su corazón y este iba camino de conseguirlo. ¿Por qué si no se había preocupado tanto cuando se marchó solo a entrevistarse con los Medio-mulos esos? No quería responderse a esa pregunta; temía la respuesta, es más, la aterraba. Y por eso aquello iba a acabarse en el momento de ya o, al menos, en el instante en que acabaran con aquella misión clandestina.

¡Iba a matar a Álex por haber puesto a ese hombre de nuevo en su camino!

—No voy a dejarlo.

Sabía que tenía que cerrar el pico, pero no podía. Era más fuerte que ella, disfrutaba enfureciéndolo y retándolo.

—Como sigas con tus rabietas vas a provocar que nos detengan.

—No me importa.

—A mí sí que me importa.

—Pues no lo entiendo, yo al menos tengo una reputación que proteger, sin embargo tú no tienes nada.

—Claro —le soltó rabioso—, yo no tengo nada. Y eso es lo más importante de todo.

Mina lo miró un momento, como si acabara de descubrir algo.

—¿Tienes antecedentes? ¿Por eso estás así?

Que sí, que la cogía y la mataba.

—Tu única finalidad en la vida es tocarme los cojones, ¿no?

Mina se calló. ¡Sería grosero y malhablado! No entendía cómo había podido relacionarse con alguien como él, cómo había podido desearlo hasta el punto de mandarlo todo al demonio. ¿Qué no lo entiendes? ¡Anda, ya! Si solo tienes que mirarlo para que tu vagina empiece a llamarlo desesperada. Podía ser, pero no pensaba volver a dejarle entrar en ella.

A Gato, ese comentario le dolió, ya no solo le escocía, también le dolía. ¿Y por qué? Porque le gustaba, mucho, bastante, demasiado. Y, a pesar de saber que era una pija incorregible, también era conocedor de cómo se derretía con sus caricias, con sus besos, por lo que albergaba la esperanza de que le diera la oportunidad de conocerlo, de salir a pasear, de ir al cine. De conseguir que ella viera más allá de todo, enseñarle su alma, sus miedos, sus anhelos; de algo. Si ella dejase a un lado sus prejuicios sobre él y quisiera conocerlo realmente, todo sería más fácil. Sabes de sobra que con ella nunca nada será sencillo, y por eso te gusta.

—Puede que te moleste que te digan la verdad tal cual es, pero no puedes hacer nada por cambiarla.

Era consciente de que tenía que dejarlo estar, pero no podía, es que no podía. Él la superaba.

—Podría —le dijo mirándola misterioso—, pero no pienso hacerlo. Sigue pensando lo que quieras, para lo que me importa...

—Me gustaría que os callaseis un poquito —intentó mediar Piluca. La chica no había abierto su boca en todo el recorrido hasta la aduana, por evitar que se liase más todavía, pero es que, al igual que Gato, temía que los cogieran por culpa de su amiga—, parecéis un matrimonio de más de veinte años discutiendo. Y os recuerdo que yo también estoy metida en esto.

—Cosa que no llevo a comprender.

—No todo el mundo es como tú, que piensa que siempre hay algún interés oculto —masculó Gato entre dientes.

—Mis motivos son míos, Mina. —Piluca se estaba cansando de ser una mera espectadora en aquella relación tan visceral de su amiga y esa divinidad de hombre—. Y si no quieres que te diga algo del pluma de tu ex marido y lo fácil que ha sido para ti olvidarlo todo, no te metas en lo que yo hago o dejo de hacer por Álex; ese es mi problema.

Gato guardó ese dato en su memoria, pensando que a lo mejor pudiera utilizarlo más adelante.

—No metas a Juste en esto.

—¿Lo ves? —refunfuñó la otra—, ya lo estás defendiendo.

—No lo hago, es que es el padre de Jimena y le debo un respeto. Además de que no tiene nada que ver con esta situación; sueles mezclar las cosas.

—No lo es, y lo sabes. Mi ahijada es de ese drogata que te tiraste en la última fiesta que dio Álex en el chalet de tus padres y que por poco hace que lo encierren. ¡Ah! Y mezclo lo que me da la gana.

Mina contuvo la respiración y Gato la miró, extrañado por su reacción. ¿iQué es lo que había dicho Piluca!? ¿Cómo que sí había ido a una de las fiestas de Álex?, ¿a la última? ¿Que se tiró a un drogata? ¿Que se quedó preñada? La miró con el semblante ceniciento. ¡No, aquello no podía ser, era totalmente ridículo! Y entonces, ¿por qué estaba asustada? Lo pensaría más tarde, aquella inesperada confesión lo había dejado en blanco. En ese momento, su prioridad era salir con bien de allí.

—Ya estamos en el control de aduanas, así que, por favor, contened la lengua —las miró con intención—: las dos.

El tono del hombre no daba opción a réplicas de ningún tipo y ambas optaron por hacerle caso, aunque con malas caras.

Mina respiró más tranquila al darse cuenta de que Gato nunca descubriría la verdad sobre ella ni Jimena, pero a la vez, eso la enfureció. ¿Tan poco significó aquella noche para él que ni siquiera podía acordarse de ella? Bueno, al menos no le había dado importancia a las palabras de Piluca, si no, estaba convencida de que no se hubiera callado y habría exigido una explicación. Pero escocía que no la recordara, vamos si lo hacía.

Engendro de hombre. Gilipollas, lo insultó mentalmente. Pues sí, querida, solo fuiste un polvo más.

El guardia civil los miraba y los miraba como si quisiera descubrir algo. Mina se estaba dando cuenta de que no les quitaba el ojo de encima. Nos van a coger. Se irguió en un intento de dignidad que no pegaba con el atuendo que llevaba pero, claro, ella ni se acordaba que representaba el papel de una mujer de más de ocho meses de gestación.

Les llegó el turno de cruzar.

—Buenos días, agente —saludó Gato.

Este asintió con la cabeza pero no dijo nada, solo la miraba con cara de querer decirle algunas cosas.

—¿Algo que declarar? —preguntó sin dejar de mirarla.

Ella tragó saliva.

¡Ay, que nos van a detener!

—Nada, solo hemos venido a pasar el día en familia.

—Ya lo veo.

El picoletto no parecía muy convencido porque miraba el abultado vientre de ella como decidiendo algo. En ese momento, Piluca decidió intervenir y le propinó un codazo a Mina sin que este lo viera que la hizo chillar de dolor, llevándose una mano a los riñones y volviéndose hacia su amiga con la boca abierta y con cara de querer tirarle de los pelos.

—¿Te encuentras bien, gordita?

Gato corrió a socorrerla y le lanzó una mirada de advertencia para que no armase ningún escándalo mientras la cogía en brazos. Esa era la excusa que necesitaban para salir con bien de allí.

—Mi hermana está un poco delicada pero se ha empeñado en entrar andando en Gibraltar —intervino Piluca a modo de disculpa mientras simulaba ayudar a Gato— Se ha negado a esperar en el coche sin saber cuánto íbamos a tardar en entrar y, como ve, no ha sido muy buena idea.

Los dos actuaban como si cuidarla y aguantarla fuera toda una proeza.

—Mi mujer está teniendo un embarazo complicado —le explicó Gato al agente de aduanas—, sobre todo en el carácter. Se empeña en hacer las cosas menos comprensibles, y encima quiere convencernos a los demás de que siempre lleva razón.

—Me he dado cuenta de ello; llevo un rato observándole y su mujer le estaba armando una buena.

Gato lo miró poniendo cara de perro apaleado, seguramente el hombre estaría pensando que ella era una arpía y su marido un calzonazos que hacía lo que ella dictaba.

—Me duele mucho —fingió para darle más énfasis a su actuación y poder salir de allí cuanto antes.

—Ya, cariño —la consoló Gato pasándole una mano por la espalda para confortarla mientras abría una botella de agua pequeña y le daba de beber un poco a Mina.

En ese momento, Mina sintió cómo se soltaba una de las cinchas con las que llevaba atada la bolsa que simulaba su embarazo, cargada de tabaco. Miró a Piluca y a Gato para ver si se habían dado cuenta, pero nada en sus expresiones le indicaba que lo habían hecho. Luego miró al agente y este le devolvió la mirada entrecerrando los ojos; y se puso a chillar y a llorar como una posesa, sorprendiendo a sus acompañantes.

—Ande, coja a su mujer y llévela cuanto antes al hospital, que como el niño nazca aquí vamos a tener un conflicto diplomático sobre su nacionalidad.

—Gracias, agente, no se imagina cuánto se lo agradezco —le dijo al guardia cogiendo a Mina en brazos y saliendo de allí acompañado de una Piluca que miraba a su amiga desconcertada.

—No puedo creerme que lo hayamos conseguido —repetía una y otra vez Piluca, incrédula y con risa nerviosa, cuando se metieron en el coche

en dirección a los Junquillos, la barriada donde los esperaban los Montoya para recoger su cargamento de tabaco.

Gato sonrió ante la emoción de la mujer. La verdad es que era mordaz en sus comentarios, pero le parecía agradable, y con carácter; y le gustaba, le caía bien. Pensó que ese era el tipo demujer que Álex necesitaba para que lo hiciera meterse en vereda en lo referente a las féminas, y a más cosas. Pero, claro, cada uno elegía de quién enamorarse, aunque a veces no fuera conveniente, si no, habría que verlo a él, besando el suelo que pisaba la impresentable de... por poco se quedó sin aire al darse cuenta del camino que habían tomado sus pensamientos y de la conclusión a la que iban a llegar. ¡¿Cómo?! Detén ahora mismo esas ridículas ideas, ni hablar —se negó una y otra vez—. ¡Qué vas a estar enamorado de la teniente O'Neil! No, no, y no imposible. Olvida eso ahora mismo, al momento de ya. Ella no, si es una estirada, una esnob, una quejica... Pues ella, sí. Apretó tan fuerte los dientes que pensó que podría quedarse mellado. Evitó mirarla; era mejor no acercarse nuevamente a Mina, no rozarla siquiera, así podría ordenar sus pensamientos, aunque mejor, sus sentimientos, y llegar a una deducción lógica cuando llegara a casa. Sobre todo teniendo en cuenta los descubrimientos de aquel día.

Mina se echó a llorar sorprendiendo a Gato, quien, contra todo lo que predicaba, se apresuró a abrazarla, olvidando cualquier autoimpuesta recomendación anterior, puesto que ambos iban sentados en la parte trasera de la vieja camioneta del clan que los había obligado a ejercer de matuteros.

Seré calzonazos.

—No me toques—le ordenó ella con un hilo de voz, pero no hizo nada por apartarse.

—No lo estoy haciendo.

Él tampoco la soltaba.

—Lo estás haciendo.

—No me digas.

Gato le acarició la cabeza en un acto involuntario, mientras se dibujaba en su rostro esa sonrisa de chico malo.

—Te lo ordeno, soy tu jefa.

—Recuerda: tú ordenas, yo desobedezco. Y eres jodidamente mandona.

—Y tú un gilipollas.

—Y yo subnormal—apostilló Piluca desde el asiento del conductor.

Gato no puedo evitar soltar una carcajada.

—No te rías de mí, detesto cuando lo haces.

Mina se apartó de forma violenta y lo empujó con las manos, obligándolo a guardar la máxima distancia posible.

—Vaya, empezaba a echar de menos a la teniente O'Neil.

Piluca se carcajeó pero cerró su enorme boca rápidamente cuando Mina le lanzó una mirada asesina por el espejo retrovisor.

Y siguió llorando.

—¿Puedo saber qué carajo te pasa ahora?

—No, no te importa.

—Entonces—dijo intentando no perder el control y zarandearla—, ¿puedes decirle a tu amiga qué carajo te pasa?

Se aguantó las ganas de decirle cuatro cosas, porque lo desconcertaba y le ponía mal cuerpo verla llorar.

Mina se sorbió la nariz mientras lo miraba entrecerrando los ojos.

—Eres un listo, ¿no?

—Gracias.

—Te ha insultado, Gato—apostilló la otra aguantando la risa.

—¿De verdad?—en esa pregunta había demasiada ironía—. Pensé que mi jefa estaba siendo amable, por una vez.

Al decir esto la miró alzando las cejas.

—Ahora se ha metido contigo, Mina.

—No sé de qué me sorprende, todo lo que me dice es para molestarme.

Las lágrimas, a pesar del intento de la mujer por contenerlas, seguían resbalando por sus mejillas, esta vez de forma más abundante, destrozando el exagerado maquillaje que se había puesto, emulando a las mujeres de los Montoya. Pero, para su consternación, empezó a hipar.

—Estate quieta—le ordenó él mientras le sujetaba la barbilla con fuerza y le limpiaba la cara con un clínex a la vez que la miraba con atención,

muy serio—. Siento todo esto vale, nunca debí meterte en esto para ayudar a Álex con los Montoya, ni con el contrabando, pero, por los calvos de Cristo, deja ya de llorar!

—Tú no me das órdenes, y si quiero llorar, lo hago. Solo quiero que te alejes de mí de una vez, eres un manipulador, un delincuente, un ordinario, un... un... ¡No te soporto! Y ya te tengo calado.

Sonó como una borra y lo sabía, pero no podía evitarlo. En aquellos momentos lo odiaba. Y quería que él la odiase también. Así al menos uno de los dos tendría un motivo real para aborrecer al otro; así podrían ignorarse. Podrían vivir cada uno en su mundo, tan diferente, tan lejano.

—Si no fueras una mujer—le miró los labios al hablar y Mina deseó estrecharlo contra ella y meterle la lengua hasta el gaznate—, ahora mismo estarías en el hospital.

—Pues lo soy.

—Por eso solo te he follado.

Mina le propinó un guantazo y Gato no la detuvo.

—Hemos llegado al lugar convenido, Gato.

Piluca se volvió hasta quedar a la vista de ellos, quería que recordaran su presencia, la cual parecían haber olvidado entre tanta tensión acumulada.

—Gato...

Lo volvió a llamar cuando vio la tormenta en la mirada de este, una tormenta que estaba dirigida a su amiga.

—Bastardo impresentable.

¿Por qué no puedo cerrar la maldita boca?

—Eres una hija de puta, y lo sabes.

Gato se bajó de la furgoneta dando un portazo mientras se disponía a meter el montante de tabaco en bolsas de basura. A la vez que lo hacía, se metió un chicle en la boca que masticó de forma violenta mientras le lanzaba miradas asesinas a Mina, y de advertencia a Piluca, puesto que no quería que ninguna de las dos le dirigiera la palabra.

—No os mováis, ahora vuelvo.

En su voz se podía percibir la rabia, fue como un afilado cuchillo y Mina estuvo segura de haber conseguido su propósito, por lo que lloraba aún con más fuerza y de forma más desconsolada.

—¿Por qué has hecho eso? Y cuéntame qué es lo que te tiene así, Mina. No estoy acostumbrada a verte llorar. Y no me digas que es del susto, porque ¡a otro con ese cuento! —le advirtió.

—No me pasa nada.

—¿Seguro? —Piluca no la creía.

—Completamente.

—Pues para no ocurrirte nada, no veas cómo te las gastas.

—Tenía entendido que eras mi amiga.

—Lo soy.

—Entonces, no te metas.

—Lo siento, tengo que discrepar.

—¿Por qué? Podías dejarlo estar.

—Es que te has pasado un montón, no creo que se mereciera esas palabras. Tú sueles ser una creída, pero no mala persona.

Mina sonrió un poco cuando le dijo eso.

—Pues acabo de comportarme como lo que me ha llamado.

—Y es lo que no entiendo —le indicó su amiga.

Mina esquivó la mirada de su amiga.

—Yo tampoco.

—No ha sido una situación nada ideal. Te lo juro, me morí cuando le dijiste todas esas cosas. Yo, que me lo estaba pasando en grande con esta aventura...

—De eso se trata, Piluca.

¿Cómo se lo explicaba?

—Pues creo que la poco lista aquí soy yo, porque no me entero de nada. Bueno —la miró con sorna—, de que te lo has beneficiado, sí. Ahí te envidio ¿sabes? —su amiga suspiró—, un hombre así no pasa por tu puerta todos los días, y cuando pasa es para no hacerte caso. ¡Jolines, eres una tía con suerte!

—Eso es lo peor.

Y volvió a llorar.

—No te entiendo, a mí me cae bien.

Nada, que nadie iba a apoyarla ni a entenderla, nada de nada.

—¿Perdona? ¿Has visto en el lío en que nos ha metido? ¿Y si esa familia en vez de mi ropa hubieran querido algo más? ¿Y si después de entregarles el tabaco nos hacen algo? ¿Y si, y si...

—Vamos, Mina, lo del tabaco ha sido un escarmiento, tampoco es como para hacerse ricos.

La otra la miró seria, ella ya se había dado cuenta de ello.

—Y no olvides que todo esto es por culpa de Álex, no de Gato; él solo está ayudándonos. Aunque la verdad aún no entiendo por qué. Debe ser un verdadero amigo del impresentable de tu hermano —la miró con intención—, no todo el mundo corre semejante riesgo por sus líos. Nuestros amigos nos hubieran dicho: Uy, ¿eso te ha pasado? Pues díselo a papá, él lo arreglará.

—¿Crees que no lo sé?

—Entonces...

—Es mejor de lo que yo creía, y eso me aterra porque he decidido no verlo más.

—Ahhh..., pues no entiendo nada —le dijo la otra alzando las cejas.

—No estoy para bromas.

Volvió a sorberse la nariz.

—No he dicho eso. Aunque no te entiendo; pensabas mantener una relación con tu profesor de pádel, el cual, por cierto, es un pulpo asqueroso (intentó sobrepasarse conmigo la otra noche, solo te lo digo para que lo sepas) —Piluca encendió un cigarrillo y se lo dio—; así que no entiendo por qué no puedes hacer lo mismo con Gato, que está mucho más bueno, se ve buena gente y a mí, que soy tu amiga, me encanta. Y lo más importante, solo tiene ojos para ti. Y no voy a hablar de la carga sexual que hay entre vosotros, de eso creo que ya te has dado cuenta tú solita.

—Por todo eso y más —no iba a decirle que se había olvidado de añadir a esa lista que era el más que probable padre de Jimena—. Es un hombre del que sería muy fácil enamorarse, y no quiero volver a hacerlo.

—¿Y quién te dice que no lo has hecho ya? —preguntó su amiga alzando las cejas—. Mucha llorera para alguien que no te gusta.

Mina negó con la cabeza, aunque sin mucha convicción. No iba a reconocer que su llanto procedía del conocimiento de saber que no iba a volver a verle, y no iba a hacerlo porque ella lo había decidido así. Deseó saltar sobre él de alegría cuando salieron por la puerta del Peñón sin ningún problema, porque el guardia civil pensó que eran un matrimonio peleándose y que ella se había puesto mal de verdad, por lo que el hombre tampoco quiso intervenir. Fue tal la sensación de euforia y adrenalina que sintió, que se le hubiera tirado encima y besado con todo el ímpetu y el hambre del que era capaz. Habían salido victoriosos y ella había sido un peón esencial en esa victoria.

—No puedo dejar que entre en mi vida alguien como él, me destrozaría.

—¿Alguien como él? Anda ya, Mina.

—Has visto que se mueve como pez en el agua en lugares... —le dijo exasperada—, en situaciones que son... son demasiado peligrosas. Es un hombre peligroso, un delincuente. ¿Nunca te ha hablado de su pasado? ¿Quién te dice que lo ha dejado atrás? Tú no has visto el piso que tiene en aquella barriada, demasiados lujos para un simple trabajador. Y no quiero imaginar de dónde ha sacado el dinero para ellos. Tengo que velar por mi hija, necesita un modelo de hombre a seguir.

—Estás exagerando, a mí me parece una persona decente.

Un portazo dado con demasiada fuerza las obligó a callarse. Gato había regresado, llevaba una botella de agua en una mano y un par de paquetes de círculos rojos en la otra.

—Cortesía de los Montoya —le dijo a Mina lanzándole uno al regazo—, hasta los delincuentes saben que tenéis que alimentaros.

Piluca no dijo nada, se giró nuevamente hacia el volante y se dispuso a conducir en dirección al viejo piso que a su amiga le parecía tan raro, pero sin dejar de soltar comentarios entre dientes sobre lo estúpidas que eran algunas personas.

Mina, por su parte, se mantuvo en silencio y aguantó todo lo que pudo las ganas de ponerse a llorar de nuevo y a gritar como una histérica, imitando a su madre en una de sus mejores interpretaciones. Estaba convencida de que él lo había oído todo, había oído sus estupideces, sus

excusas sin sentido para convencerse de que tenía que apartarse de él. ¿Cómo decía esa canción de Malú? «Puñales en el alma», inexplicablemente así se había sentido cuando se dio cuenta de que Gato lo había escuchado todo. Sintió como si el daño se lo hubiese ocasionado a ella misma.

Maldito Gato por ser como es, porque me tiene totalmente enganchada.

Capítulo 13

Aquella idea no dejaba de darle vueltas en la cabeza, pero pensó que su obsesión por Mina lo estaba volviendo loco. ¿Desde cuándo se había planteado siquiera que podría llegar a tener un hijo o que ese hijo existiera? No, impensable. No había sido hombre de ser descuidado con sus parejas ni relaciones, por muy bebido o fumado que estuviera, por lo que aquello no podía estar pasando, esa idea no podía ser real. La única vez que creyó en una mujer en cuanto al tema de los medios anticonceptivos fue..., apenas lo recordaba; hacía bastantes años, ¿no? En la última fiesta que dio Álex para sus amigos del barrio, con aquella pija que se apareció en la fiesta y a la que estuvo buscando varias semanas después para disculparse con ella por el escándalo que montó su novia de entonces. Lo malo era que no se acordaba bien de ella, de lo puesto que iba. Bueno, lo de disculparse había sido la excusa que le dio a su amigo para que le dijera el nombre de la tiarrona. No podía recordar muy bien cómo era su cara, eso era verdad, estaba bastante colocado, pero, vamos, podía recordar lo buena que estaba y lo calientapollas que era. Había acudido a esa fiesta buscando faena y, claro, a él, que le echó el ojo en cuanto la vio, no se le escapó. En cuanto se quitó al Pochi de encima fue a por ella. Y la tuvo en un santiamén, como solían hacer las mujeres cuando se fijaba en ellas, rendida a sus pies. No obstante, esta fue diferente, diferente a las demás. Ella sabía lo que quería en todo momento, y así se lo hizo saber. Y eso lo puso a mil. Lástima que no volviera a encontrársela. Le hubiera gustado estar con alguien así: directa y sensual. Bastante. Mucho. Demasiado. Alguien como... No, desterró de su mente aquella idea, ni hablar. La teniente O'Neil nunca se hubiera rebajado a acudir a una de las fiestas de su hermano, y no porque no fueran divertidas, sino por el tipo de gente que se reunía en ellas, gente como él: humilde, de lo más humilde; drogatas, rateros, buscapleitos...

Mejor no pensar en ello. Piluca debió estar hablando de otra cosa y él, en sus ansias por no perder lo poco que había conseguido con Mina, se autoproclamó padre de la criatura. ¡Mira que eres inocente! Ni muerta accedería la pija a reconocerte dicha paternidad, antes sería capaz de acabar contigo, ya sea matándote o recluyéndote en una cárcel. Alguien como él era muy poca cosa para ella y así se lo hizo saber. ¿Cómo lo había llamado? Ah, sí, lo había insultado acusándolo de querer pegar un braguetazo con ella, y le había asegurado que no lo iba a permitir, que para un polvo rápido estaba muy bien, pero nada más.

Sería zorra, malfollada, y... y... mustia. Contuvo sus pensamientos porque podría acabar dándose la vuelta y acabar diciéndole aquellas palabras en toda la jeta. Así a lo mejor cuando lo llamase poca cosa o maleducado, lo haría con fundamento. Contento, hombre, te está saliendo la vena barriobajera de la que ella te ha acusado. Maldita y jodida Mina, también lo había llamado delincuente. Una zorra amargada es lo que era. Lo miraba de forma que hacía que un hombre se volviese loco, lo tentaba constantemente con el único objetivo de hacerlo flaquear. Y por supuesto, tú flaqueas—se sinceró. Pues ya no iba a darle más el gusto, no sería con él con quien desahogaría sus insaciables apetitos.

Cerró los ojos en un intento de controlar las emociones que se cernían sobre él cuando ella le dijo todas aquellas cosas sin fundamento. Tenía que respirar. Pensó que su adorada jefa se merecía una buena lección, y él estaba dispuesto a dársela. Y sabía cómo y cuándo. Espera y verás, te voy a dar lo tuyo y lo de tu prima campeona. De ésta no te escapas.

—Estoy súper nerviosa.

Dulce no paraba un momento y Mina la miraba incrédula. Tanto esfuerzo por agasajar a un hombre que aún no había hecho el intento de acercarse a ella, que era la cumpleaños y en homenaje de quien se daba esa pequeña fiesta en el jardín. Lo cierto es que no era agradable ser consciente de que su madre estaba más pendiente de él que de ella misma, y eso que era su cumpleaños, por eso todo su interés por conocer al afamado empresario se esfumó. En ese momento lo odió. Muchos años aguantando desprecios porque no había heredado la figura esquelética de su madre y sus tías, para que ahora que tenía un buen físico, gracias al trabajo duro y a las dietas, por supuesto, la atención de esta se volcara en aquel como si de su propio hijo se tratara.

—No me digas —murmuró Piluca. Esta, como siempre, no dejaba atrás su innata ironía y actitud de fastidio en lo que concernía a las recepciones que organizaba su madre.

—¿Cómo no estarlo, Dulce? La primera aparición pública de Roberto es en tu fiesta. Más de la mitad de nuestros amigos se estarán muriendo de la envidia y preguntándose el motivo de semejante cortesía. ¡No puedo con la emoción!

Mina miró a su madre, la cual no dejaba de dar órdenes y hacer discretas señas al servicio de catering, contratado por esta para celebrar el aniversario de su nacimiento, o mejor dicho, la presentación en sociedad del misterioso Roberto Prieto. Y, claro, Luchi, la madre de su amiga, le hacía los coros.

—¿iCómo no estarlo!? —imitó su amiga a su progenitora.

—Pilaaaaaar —Piluca abrió los ojos con sorna, Luchi solo la llamaba así cuando quería regañarla por algo.

—A sus órdenes.

—Cada día que pasa se te agría más el carácter. No sé qué voy a hacer contigo.

—Tampoco es para tanto —Mina defendió a la otra, a ver si ahora no se podía opinar siquiera—. La verdad es que estáis muy pesadas con ese hombre. No discuto que me pica la curiosidad, pero de verdad que os pasáis un montón.

—Si lo conocieras no dirías eso.

—Pues aún no se ha acercado a vosotras, que andáis babeando a cada segundo tras él. Así que un poco desconsiderado sí que es.

Mina le hizo señas a Piluca para que dejara de ir por ese camino porque sus respectivas madres se pondrían inaguantables empezando a relatarles, de nuevo, las virtudes y el poderío económico del tal Sr. Prieto.

—Creo que iré a buscarlo yo misma y os lo traigo para que podáis conocerle; mi Álex ha acaparado toda su atención. Este hijo mío no se da cuenta de que no es él la estrella de la fiesta.—Su madre sonrió tontamente y Mina refunfuñó. Dulce estaba orgullosa de que su hijo se hubiese convertido en uno de los mejores amigos del hombre, pero podría disimular un poquito, ya le valía—. Por algo es uno de sus mejores amigos.

—Estamos que ni respiramos esperando a que llegue ese mágico momento—cogió una copa de tinto de una de las bandejas que llevaba un camarero y le lanzó un brindis a su madre—; aquí os aguardamos con desesperación.

Piluca le lanzó una diminuta sonrisa mientras hacía lo propio con otra copa y la chocaba con la de Mina.

—Son iguales—le dijo cuando vio cómo sus respetivas progenitoras reían vergonzosamente al llegar al lugar donde se encontraba el hombre, de espaldas a ellas, hablando con su hermano y otros dos.

Ella observó desde la distancia, el cuerpo de ese perseguido hombre de negocios y pudo admirar una complexión demasiado bien formada; alto, de cabello negro y pulcramente peinado, con un traje oscuro que le venía a la perfección. Aunque, aún desconocido porque no podía ver su rostro, lo sentía tremendamente familiar. Alguna cosa no encajaba y eso la puso en guardia. ¿De verdad era ese el tal Prieto? Mucha amistad con Álex de buenas a primeras, -pensó.

—Tienes que reconocer que, por lo que puede verse desde aquí, el tipo pinta muy bien. Al menos el culo y la enorme espalda. Y lo cierto es que el traje le queda como un guante—observó después de hacerle un examen físico al hombre desde la distancia.

—No te lo discuto; aunque, claro, seguro que lo lleva hecho a medida, así cualquiera de ellos gana puntos. Peeeeeero, sabes que yo me quedo con tu hermano, aunque no me haga ni caso—resopló con fastidio—. El muy cretino, ni por que lo ayudara a pasar tabaco de contrabando y salvarle el cuello me trata con amabilidad, ni siquiera me ha dado las gracias. Se ha limitado a mirarme sin decir nada—se bebió lo que le quedaba en la copa de un trago—. No me soporta.

—Ssshhh, ni me recuerdes lo del tabaco—Mina se puso seria enseguida, acordándose de las últimas palabras dichas esa misma tarde a Gato—. No lo he pasado peor en mi vida. Y ese imbécil, analfabeto, maleducado, estúpido de Gato...

—¿De qué hablas?—la interrumpió la otra, incrédula—. Yo disfruté de lo lindo. Y no me negarás que ir acompañadas de Gato era de lo más emocionante. Analfabeto y todo, como lo llamas. Además, no entiendo por qué le tienes tanta inquina. Has tenido un rollo con él, vale, hasta ahí bien, pero ¿por qué lo humillaste de esa manera? Tampoco es que fueras a casarte con él. Y me dio hasta pena. La verdad es que te pasaste de cruel. Te juro por la cobertura de mi móvil que me hubiera muerto allí mismo de la pena.

Mina la miró por encima de su copa, olvidando por un momento a su alcada madre y al objeto de deseo de esta. Y recordó, muerta de vergüenza y remordimiento, las palabras que le dijera a Gato para apartarlo de ella cuando lo que hubiera querido era llevárselo a su casa y pasar toda la tarde con él, de mil maneras diferentes.

—Nunca lo entenderías—murmuró.

—Pues haz que lo entienda—la incitó Piluca mientras Mina resoplaba—. ¿Entonces? ¿Algo más que contar referente a tu sexy camionero?

—En lo de sexy tienes mucho de razón.

—Cari, está para perder la cabeza y dar las gracias—Mina sabía que Gato era algo espectacular, pero que otra persona lo admirase tanto como ella y que se lo dijera, la verdad era que no tenía nada de divertido. Mucho menos cuando ella se excitaba con solo recordar su olor—. Vamos, desembucha.

—Es algo increíble y nunca lo creerías.

—Puede que sí, después de lo de esta mañana, creo que soy capaz de hacer muchas cosas—Mina no pudo evitar sonreír—. Soy toda oídos.

Decidió confesarle a Piluca lo que creía haber descubierto, mejor expresado, lo que estaba segura de haber descubierto.

—Él, bueno, pues, yo creo que,—¿cómo se lo decía?—, que es el padre de Jimena.

La otra enmudeció. Más que muda se quedó en shock. Con sus enormes ojos grises abiertos de par en par, y la cara descompuesta. La verdad que resultaba hasta cómica.

—Noooooo.

—Todo indica que sí.

—¿De verdad?

Asintió con la cabeza con cara de desconcierto.

—¿Y él lo sabe?

—Ni siquiera me recuerda—bufó.

Su amiga soltó una sonora carcajada ante aquello.

—Te lo juro por todas mis gafas de sol de marca que es lo único que nunca hubiera esperado. ¿Ni siquiera se acuerda de ti? Ese Gato debe ser un tremendo mujeriego. Aunque, bueno, al menos sabes quién es el padre de mi ahijada. Un misterio menos, ¿no? Y encima sabes que es

espectacularmente guapo, y sexy, y simpático; y un buen amigo, no olvides que se ha jugado el tipo por tu hermano, por nada. Lo cierto es que me cae estupendamente.

Mina se molestó y no supo el motivo. ¿Tantos atributos le veía Piluca? ¿Perdona?

—Creí que solo tenías ojos para Álex.

—No eres, solo tengo sentimientos para Álex, ojos para muchos.

—Bueno —la fastidiaba ese interés de su amiga en Gato—, pues no quiero verte cerca de él.

Piluca la miró con intención y haciendo una mueca mientras cogía otra copa.

—No creo haberte entendido.

—Aléjate de él.

—¿De Álex?

—Estás haciéndote la tonta a conciencia, ¿verdad?

Su amiga le hizo un gesto de asentimiento con una enorme sonrisa.

—Me lo parecía —murmuró entre dientes.

—Entonces, a ver si te he comprendido: no quieres nada con Gato, pero no puedo acercarme a él. No quieres que piense que le ha tocado la lotería contigo, y a la vez estás súper molesta porque no se acuerda de ti.

—Un poco complicado, lo sé.

—Pues no te entiendo. Deberías tener claros tus sentimientos.

—Es algo similar al hecho de que Álex no te haga caso, te humille constantemente, y sin embargo tú acudas en su ayuda cada vez que te reclama.

—Eso ha sido un golpe bajo.

—Solo te lo he devuelto.

—Aun así, te quiero.

—Y yo más, te súper-mega-te quiero.

Piluca no pudo contestar a esa declaración de amor y amistad porque en ese momento aparecieron Dulce, Luchi, Álex y... ¿Gato? Por lo que escupió el vino que tenía en la boca de forma incontrolada, en una pose nada elegante, ganándose una mirada de advertencia de Mina, en cuanto se dio cuenta de quién era realmente Roberto Prieto y la cara que se le había quedado a esta. Bueno, sí, también su madre la miró con rabia, y estuvo segura de que esa noche no se escapaba de un buen sermón y unos consejos no pedidos acerca de las buenas formas.

—Esto tampoco lo hubiera esperado nunca, ni en sueños.

Y volvió a reír a carcajadas cuando él le guiñó un ojo.

—Ni te me acerques —lo maldijo sin volverse. Sabía quién la seguía, es más lo sentía. ¡Mierda! No había podido quitarle la vista de encima desde que hizo acto de presencia, y volvió a sentir aquel mareo que la asustaba cuando él la miraba tan ardiente y directamente. Encima estaba más bueno en traje que con aquella camiseta de faena con la que se había acostumbrado a verlo. Su pelo estaba perfectamente recortado a lo Cristiano Ronaldo, y sus ojos parecían ser más verdes y brillantes que como los recordaba; eso sí, no tenía esa sonrisa de chico malo que la enfebrecía, en aquellos momentos en que había decidido quitarse de en medio con la excusa de ir al baño, tenía una expresión seria, adusta, de cazador concentrado en su presa.

—No lo hago.

Gato se colocó a su lado y caminó junto a ella, que no pensaba detenerse.

—Entonces, ¿qué haces siguiéndome?

—No te sigo.

En ese momento sí que se detuvo. ¿Se está cachondeando de mí? Observó cómo el hombre entrecerraba los ojos a la vez que también se paraba.

—Pues parece que sí que lo haces —insistió.

—Pues no te sigo.

—No soy ninguna estúpida.

—Sé que no lo eres.

iHombre, un cumplido, toda una sorpresa!

—Pues para ya, me estás sacando de mis casillas con tanta miradita entornada y sabelotodo. Te habrás reído de mí de lo lindo, ¿no?

—La verdad es que no lo he hecho. Simplemente me he quedado un poco decepcionado. Había llegado a pensar que eras diferente.

Mina no supo qué responder a eso.

—¿Qué quieres decir con diferente? Soy lo que soy.

—Simplemente, lo que he dicho.

—Pues al parecer sí que debo parecerle una estúpida porque no entiendo adónde quieres llegar con esta farsa.

—No estoy representando ninguna farsa.

—¿Ah, no? Dudo mucho que seas ese afamado empresario de la tecnología. Seguramente esta es una de las bromitas de Álex: te ha hecho pasar por Roberto Prieto para conseguir algo, reiros de todos nosotros, tal vez, pero no os vais a salir con la vuestra. No lo voy a permitir. En cuanto salga del baño se lo digo a todo el mundo.

—¿Me estás amenazando? —preguntó enfadado.

—Te estoy advirtiendo que dejes ya tus juegucitos porque vas a tener que afrontar las consecuencias. No puedes ir por ahí engañando a la gente.

Gato pensó que Mina se había vuelto loca, definitivamente. ¿Tan bajo era el concepto que tenía de él que era capaz de pensar tal cosa? Eso ya era demasiado.

—¿Y qué vas a decir exactamente? Porque me gustaría verte hacer el ridículo.

—No me retes.

—De verdad que tu imaginación no tiene límites —le dijo admirado.

Él la miraba con aquellos endemoniados ojos que parecían devorarla mientras la desnudaba con ellos, a la vez que parecía querer darle una lección. Y Mina, una vez más, sintió que su tanga se había caído, y hacía ya mucho tiempo.

—Lo mismo que tu descaró e imprudencia.

—¿Vas a volver a llamarme delincuente?

—No necesito decir en alto lo que sabes que eres.

Gato apretó los dientes por no apretarle a ella otra cosa.

—Muy bien, adelante —la instó—, corre a decirles a todos tus amigos que no soy Roberto Prieto, tu querido empresario. Puedes decirles que soy un simple camionero que está haciéndose pasar por alguien que no es para darte una lección. Y para el que te abres de piernas a la de ya.

Acompañó la frase con un gesto totalmente obsceno que la indignó hasta límites insospechados para Mina. Desde luego que ese hombre despertaba su lado más irracional.

—No es mi querido empresario —ignoró a conciencia el segundo comentario porque, ¿qué podría responder a eso? Era cierto. Y no iba a darle el gusto de saber que la había provocado.

—Pensé que, al tener posición, fortuna y una educación exquisita... —la miró entornando los ojos de nuevo, y ella pensó que estaba sudando debido al calor que despertaba en ella, otra vez—, sería de tu agrado. Claro, que tendrá que pasar la prueba de fuego, o mejor dicho: de tu fuego.

—Eres, eres un... —se le vino a la mente la palabra capullo pero no iba a decirla en voz alta—, eres insufrible.

—Vaya, me obsequias con una nueva definición. Esta no me gusta tanto, un poco sosa, ¿no? Y tú y yo sabemos que precisamente sosita no eres, y menos en la cama.

—Te súper odio cuando te comportas así.

—Así, ¿cómo?

—Como el estúpido engreído que eres.

—Puedo soportarlo.

Mina intentó no mantenerle la mirada porque sentía que se desmayaría de un momento a otro. Ese hombre apasionado, arrebatador y... No lo

pienses, no lo hagas. Jolines, ¿por qué tenía que estar tan bueno y ser tan, tan...? Lo peor de todo es que me gusta, me encanta todo de él, no solo su físico. Y desde que se le había metido en la cabeza que era el padre de Jimena, le gustaba más, y tenía un sentimiento de propiedad con respecto a él que no quería reconocer ni podía soportar.

—Voy al baño, así que no me sigas. —En realidad le hubiese gustado decirle que si quería acompañarla estaba invitado, pero no lo hizo. Y estaba convencida de que la seguiría o, al menos, es lo que deseaba.

—Ni pensarlo.

Gato la vio marcharse con una ardiente mirada mientras bebía de su vaso de refresco. Se recriminó por ello y pensó que, después de todos los insultos y palabras hirientes que le había dicho aquel mismo día, debería estar odiándola o dejándola en evidencia delante de todos, como tenía previsto. Sin embargo, no podía hacerlo. Le gustaba demasiado como para humillarla públicamente de la forma en que había pensado hacerlo. Y le seguía rondando por la cabeza que Jimena pudiera ser suya. Y si lo era, ¿qué podría hacer? Puede que la niña no sea mía, pero su madre va a serlo nuevamente.

Y se dirigió directo al cuarto de baño por donde había desaparecido Mina.

Piluca observaba risueña, de lejos, el encontronazo entre Mina y Gato, o Roberto, o quien quiera que fuese. Le gustaba Gato, mucho, y le caía súper bien. Y lo que más la complacía era que, cuando su amiga estaba con él, parecía revivir, se comportaba como un ser humano y no como la mujer de hielo que todos decían que era, siempre controlándolo todo, hasta sus relaciones con los hombres. Mina perdía los papeles por completo cuando estaba con él, y Piluca decidió que eso era bueno, mucho.

—Regodeándote en tus maldades, supongo —la voz de Álex la sobresaltó.

—Creo que hoy he hecho una buena obra y aún no he recibido muestras de agradecimiento por ello.

Este la miró sin decir nada, simplemente frunció el ceño y se colocó bien el cabestrillo con una mueca de dolor.

—No vas a darme lástima —le soltó la mujer con fastidio.

Él sonrió.

—Ha valido la pena intentarlo, pero supongo que para alguien tan agrio como tú, la lástima es un sentimiento desconocido.

—Vaya, si está aquí Mister simpatía —le dijo con guasa—, ¿cómo no me he dado cuenta y me he tronchado con su chiste? Mira que soy aburrida.

—Lo que eres es una imbécil. Así nunca te vas a sacar novio.

—Una vez alguien quiso ser mi novio.

Aquel comentario era algo que hería profundamente a Piluca e incomodaba a Álex. Y del que nunca hablaban.

—Pues estaría borracho.

Eso le dolió, vaya si le dolió.

—Seguramente ese cretino no conoce otro estado.

—Eres insoportable y te viene de fábrica, anda y ve a buscar a otro al que tocar los cojones. A uno que te quite esa cara de mustia reprimida que tienes, necesitas que alguien rompa ese himen al que le das tanto valor. —La miró con desprecio y ella apretó los labios de pura frustración—. Que follas menos que el caballo del Olivillo.

A Álex lo enfurecía enormemente la imagen de estrecha que la caliente amiga de su hermana se empeñaba en proyectar. Él tenía comprobado lo que le gustaba un buen meneo. Y vaya si le gustaba, ¿a qué venía hacerse la ofendida desde ese día?

—Te voy a dar un guantazo que te voy a partir tus perfectos dientes, y me va importar un pito que estemos en casa de tu madre, ni en el cumpleaños de tu hermana.

Sorprendentemente para ella, Álex se calló, por lo que cogió otra copa.

—Muy bien —asintió este a regañadientes y haciendo como si nunca le hubiese dicho todas aquellas cosas desagradables, pero es que, se excusó: esta imbécil consigue sacar lo peor de mí—. Gracias por ayudar a Gato y a Mina esta mañana con lo del contrabando. Por ayudarme a... mí.

Piluca abrió los ojos, sorprendida, pero no contestó a su agradecimiento, sino que intentó cambiar de tema preguntándole cosas sobre Gato. Cuantas menos cosas tuvieran en común, mejor. Era más conveniente hablar de otros y eludir el tema de ellos mismos. No tenían nada en común, eran como el día y la noche; nunca estarían juntos, porque él era un sinvergüenza sin remedio y ella mujer de un solo hombre.

—¿En serio él es Roberto Prieto?

Álex sonrió ampliamente, recuperando su semblante picarón. Y Piluca contrajo su feminidad para que no saltara de excitación.

—¿No es gracioso? —preguntó sabiendo la respuesta—. Uno de esos amigos que mi madre tanto despreció en mi juventud, va y resulta que es el mismo hombre por el que babea ella y sus amiguitas cuquis.

—Supongo que te refieres a mi madre.

—Suposición acertada.

Piluca no entró al trapo.

—Entonces, verdaderamente es él.

—Efectivamente. Roberto, a quienes sus verdaderos amigos conocen como Gato, es el escurridizo empresario.

Piluca estalló en sonoras carcajadas, suavizando el rictus, y Álex se sintió incómodo, por lo que llamó a su madre para que lo ayudara a cambiarse de lugar. Decididamente, no la soportaba.

—¿Lo has visto?

Ni más ni menos que Juste, el ex marido de Mina y padre postizo de Jimena, hizo su aparición ante ella, abordándola sin ningún miramiento. Piluca se preguntó si Juste se esforzaba en ignorar lo mal que le caía, porque resultaba incomprensible para ella que no captara sus indirectas.

—He visto a mucha gente esta noche —le dijo cogiendo nuevamente otra copa—, incluida a gente a la que no me apetecía ver.

Juste pasó por alto el comentario.

—Roberto Prieto —le dijo con una sonrisa.

Ya sabía ella que si le hablaba era por algo, los dos se caían como el culo, y era sabido por todos.

—Sí, lo he visto. Muy estirado, ¿no?

No pudo evitar soltar una carcajada que seguro que este no entendería. Si supiera la faceta de camionero y malhablado de Gato se moría. Sí, pero del gusto de verlo vestido de faena...

—Lo suficiente, pero su apostura supera cualquier defecto.

Piluca alzó las cejas y lo miró.

—¿Te gusta?

Como se enterara Mina... allí iba a arder Troya.

—No me dirás que a ti no.

Esta sí que es buena.

—Vaya... —decidió portarse mal, solo un poquito—. No, porque sé hacia dónde se dirigen sus gustos.

El hombre la miró con interés.

—¿De verdad?

—Ajá.

—Pues a mí no me lo parece —le dijo desconfiado—. ¿Y cómo te has enterado de algo tan íntimo? ¿Algún escarceo con ese espécimen?

—Noooo —piensa rápido—, me lo ha dicho Álex; son muy amigos.

—Pensaba que Álex y tú os odiabais.

—Ya no —lo informó molesta. No, qué va.

—¿Y me lo vas a contar?

—Puede.

—Anda, no seas malota, Pilu.

Odiaba que la llamara así; a lo único que había consentido era a lo de Piluca, pero... ¿iPilu!? Imbécil.

—¿Yo? —preguntó haciéndose la inocente—. Si soy un angelito, hasta alitas me han salido.

Este es cortito.

—Por faaaa..., cuéntame. Dulce y tu madre no dejan de hablar de él, pero seguro que tú sabes lo que a mí me interesa.

—¿Tú no estabas casado? —No pudo evitar sonar borde.

Piluca se preguntó si Felipe sería igual de sinvergüenza que Juste.

—¿Lo estoy?

Soltó una risita tonta y ella lo miró con ganas de darle un sopapo, pero se contuvo y fingió que se caían bien. Al igual que estaba haciendo él para sonsacarle información.

—Creo que entiende —le dijo a modo de confidencia.

—¿Nooo?

—Sip.

—¿Estás segura?

—¿Piensas que yo estaría aquí tan tranquila si no lo estuviera?

Juste la miró un momento sopesando la información. El hombre parecía creer que ella le estaba gastando una broma y no sabía si creerla o no.

—Eeeiiiiinnnggg, tengo que arreglar unas cosillas, ahora vuelvo.

Se dio cuenta de que no la había creído y que iba a comprobarlo por él mismo.

—Hasta luego, bonito —lo despidió sabiendo que no podía oírla—, que tengas mucha suerte si no te parten la face.

Capítulo 14

—Ven aquí.

Alguien la tomó por detrás, sobresaltándola, y la echó contra la pared opuesta al lavabo, obligándola a pegar la cara contra el enorme espejo que ocupaba toda la pared. Se asustó muchísimo hasta que vio reflejada la imagen de su asaltante, quien no dudó en susurrarle obscenidades al oído, provocando que su temperatura corporal subiera hasta un nivel casi enfermizo, y que sintiera el corazón desbocado, delirante, pero en su vagina.

—Te gusta que te folle, pero no te gusta que quiera salir contigo, que me preocupe por ti, que quiera conocerte; sin embargo te gusta esto —pegó su pene contra el trasero de Mina de forma insinuante.

¡Me voy a desmallar de puro éxtasis! La ponía a mil que la poseyera sin preguntarle siquiera, sin tener opciones a decidir ni verse obligada a rechazarlo.

—¿Esto es lo que quieres? Quieres que te baje ese minúsculo tanga que llevas y llene tu entrada con mi polla, ¿o me equivoco?

Roberto, o Gato, ya no sabía decidir quién era, le subió el entallado vestido rojo que llevaba hasta la cintura, mientras pegaba su pelvis contra el trasero de ella. La tenía aprisionada con su cuerpo contra el cristal, y apenas tenía espacio para respirar; solo podía ver su mirada felina, desafiante, cargada de deseo, y que no apartaba del espejo, mirando al frente con el único fin de que ella pudiera ver su rostro, su expresión salvaje.

—No te escucho, Mina, no te oigo ordenar que me detenga.

Me va a dar un colapso, por Dios.

Movió su trasero lo suficiente para dejarlo completamente pegado a los genitales de él, al sentir cómo le metía la lengua dentro de la oreja, pero sin dejar de mirar al espejo. Sentía que quería dominarla y que ella no tenía fuerzas para negarse.

—Jefa —le susurró al oído tratándole nuevamente de usted—, necesito que me ordene que no siga.

Ella negó con la cabeza mientras Gato metía los dedos, de forma deliberadamente sensual, entre las tiras laterales de su tanga de encaje amarillo y hacía el ademán de tirar hacia debajo de ellas.

Mina gruñó desesperada, poseída.

—No he comprendido bien, mi mente analfabeta es un poco lenta y, claro, un delincuente como yo, necesita que le expliquen las cosas con la mayor claridad posible.

Mina volvió a gruñir. No quería ceder, no podía suplicarle que la tomara de una maldita vez aunque fuese precisamente aquello lo que la consumía.

—Veo que no nos estamos entendiendo. —La obsequió con un lento lametazo en el cuello a la vez que le cortaba una de las tiras del tanga, provocando que ella se sobresaltara. ¿Con qué lo había hecho?—. ¿Te follo o te dejo en paz?

Esta vez le cortó la otra tira y Mina sintió que su sexo quedaba liberado de la humedecida tela. Se contrajo, no podía soportarlo más.

—¡Vete al infierno!

En ese momento alguien estaba llamando a la puerta y ella maldijo al entrometido que viniera a interrumpir ese arrebatador momento. Gato se apartó de ella en un rápido movimiento y siguió observándola a través del espejo mientras se arreglaba los puños de la camisa y guardaba una pequeña navaja en el bolsillo de su chaqueta, de forma intencionadamente lenta para que ella lo viera. Pero se negó a voltearse. No iba a darle ese gusto.

—Por supuesto que iré —le dijo como al descuido—, pero después de besarte, de comerte entera.

Y quitó el pestillo de la puerta que ella desconocía que estuviese echado, y salió sin volverse hacia ella. Mina, rápidamente, se bajó la falda del vestido e intentó recoger su tanga, o lo que quedaba de él, del suelo y no lo encontró. ¡Maldito seas, Gato! Alguien entró en ese momento en el baño y ella actuó con deliberada normalidad, hizo como que se estaba retocando el maquillaje.

—¿Me vas a decir qué es lo que acaba de pasar aquí? Porque la cara de Roberto daba miedo. —Piluca la miraba admirada—. Y te tengo noticias, el imbécil de tu hermano acaba de confirmarme que Roberto y Gato son la misma persona. ¿¡No es alucinante!?

Mina tornó su cabeza hacia ella, echando chispas por los ojos, se encontraba insatisfecha y dolorida; se sentía mal.

—No, es un maldito problema.

Al final, su plan de dejarla insatisfecha y avergonzada le había pasado factura puesto que pensó que en todo momento podría controlar su

insaciable necesidad de ella, sin embargó comprobó en carne propia que no era así. Cuando la tuvo con la falda levantada hasta la cintura, el trasero expuesto, y sus manos entre esa prenda íntima que usaba tan sexy, sintió que se hundía en el abismo. En ese momento podría haber muerto y ni lo hubiera sentido. Aun así, la muy ladina lo hizo volver al presente al enviarlo al infierno, a pesar de que estaba que se derretía por sus caricias. La había encendido de forma deliberada, con estudiada sensualidad y, a pesar de ello, y para su consternación, fue él quien se descontroló. Esa mujer era demasiado para cualquier hombre; era puro fuego, pura tormenta, y él hubiera culminado lo que empezó como una lección muy a su pesar, pero Mina, pillándolo por sorpresa, lo había rechazado. Y eso, para su propio castigo, era lo que más enganchado lo tenía. Que nunca supiera cómo iba a reaccionar. La necesitaba en su cama, en su vida, y por ello había querido acercarse a ella demostrándole su verdadero yo. ¡Muy listo! -se dijo. Al parecer, a Mina no le gustaba ese aspecto de su vida ni de su carácter y se lo había repetido hasta la saciedad. Lo único que tenía que hacer él era metérselo de una maldita vez en la mollera.

La observaba con los ojos entornados, desde su lugar en el enorme jardín donde estaban todos, atentos a la bella cumpleañera. Le gustaba toda ella, su mano lacia, su pose de cuqui; incluso cuando se ponía mandona o lo miraba pidiendo a gritos que la poseyera en cualquier momento; su abnegación con su hermano a pesar de ser un completo cabeza loca; la forma en que se dirigía a él..., todo. Y lo enfurecía que lo rechazara porque lo considerase inferior y que su mente taimada prefiriese pensar que se había hecho pasar por un exitoso hombre de negocios para timarlos, antes que aceptar que aquella era la realidad, la maldita realidad.

Yo soy Roberto Prieto, el empresario al que tu madre y tú habéis pretendido dar caza desde un primer momento. Pues ni por esas te quiere -se dijo.

Observó cómo cada uno de los presentes se iba acercando a Mina y le iba dando su regalo; mientras ella los cogía, hacía tontos movimientos intentando descubrir qué podrían contener, y después los abría con una sonrisa que se esfumaba cuando su mirada se posaba en él. A quien, por cierto, perseguía continuamente con los ojos como si necesitara saber en cada momento dónde se encontraba, como si lo temiera. Y por eso él no se marchaba. Le gustaba sentir su abrasadora mirada sobre él, lo extasiaba verla intentar evitar mirarlo sin conseguirlo. Estaba esperando que llegara su turno para darle el curioso regalo que le tenía preparado. Gato no pudo evitar hacer una mueca irónica al recordar cómo lo había conseguido, puesto que había cruzado las brasas del infierno para tenerlo y temía haber perdido mucho más que su corazón, había perdido su alma. Sí, decidió, iba a darle el obsequio que merecía. Aquella niña bien iba a recibir el regalito de su vida, pensó con mucha maldad, mucha. ¡A ver si ahora se atreve a montar una de sus escenitas!

Suspiró con impotencia.

Era esa mirada retadora la que lo enervaba porque le decía cuánto lo necesitaba aunque se empeñara en despreciarle.

—Hombre, Roberto, no esperaba encontrarlo aquí.

Juste se acercó a él mientras le hablaba, colocándole una mano en el antebrazo.

—¿De verdad? —Se suponía que era su presentación, ¿dónde carajo iba a estar?—. Pues ya ve, toda una sorpresa. —¿Quién era este?

En realidad no tenía ganas de hablar con nadie, estaba pendiente de cada uno de los movimientos de la mujer que lo tenía obsesionado. Por mucho que la observara no se cansaba de hacerlo, es que estaba bien buena la jodía, y la escenita en el baño lo tenía que saltaba a la mínima, echando humo como una olla exprés.

—He querido saludarle cuando me han dicho que por fin ha hecho acto de presencia—Juste lo miró haciendo un mohín nada masculino—; es usted muy escurridizo. Me alegra que haya venido a la fiesta de Mina. ¿No se acuerda de mí? Ya nos presentaron en Madrid.

El hecho de que aquel hombre la conociera sí que captó la atención de Gato. Fue lo único que dijo en toda su perorata que lo distrajo de su objetivo.

—¿Se conocen ustedes? —Sabía que no debía preguntar, no, no debía hacerlo, pero no podía evitarlo.

El otro hombre abrió los ojos incrédulo, como si fuera algo incomprensible para él que Gato no supiera... algo. ¿De verdad era tan introvertido Roberto Prieto como todos decían de él? Ya se habían visto una vez, pero al parecer no lo recordaba.

Este, por su parte, apretó los labios molesto al pensar que la mujer de sus desvelos hubiera podido acostarse con aquel. Ella no podía haber tenido nada con ese parguela. ¿Oh, sí? ¡Mierda, necesitaba saber!

—Por supuesto —le dijo feliz por haber captado su atención—, estuvimos casados. Jimena es nuestra hija.

Gato lo miró arqueando las cejas, con cara de incredulidad. Así que este era el tío del que hablaba Piluca cuando se estaba peleando con Mina ese mismo día. Con razón..., tenía toda la pinta de querer acostarse con él en vez de con el bombón de su ex parienta.

—¿Hace mucho que os separasteis? —Era consciente de que su interés no pasaría desapercibido para nadie, pero no podía evitarlo. Necesitaba saber de ella, de su vida anterior, por mucho que intentara ignorarla, no podía. Así que ¿por qué perder la ocasión de descubrir algo más?

Gato le clavó su verde mirada de forma inquisidora y Juste creyó que iba a desmayarse. ¡Dios que hombre! Tenía que descubrir de qué palo iba inmediatamente. Y le estaba preguntando cosas personales, seguramente estaba interesado en él, si no, ¿a qué tanto interés? Creo que he triunfado -se dijo con ilusión y una enorme sensación de triunfo.

—¿Te interesa?

—Puede.

¡Ay, que me da! -pensó el ex marido de Mina.

—Creo que acabo de averiguar algo sobre ti que aún no se ha dicho, eres misterioso... —señaló Juste jugueteón.

—¿Eso es un defecto? —Gato no pudo evitar sonreír, mostrando su enorme y blanquecina dentadura.

A Juste le faltaba el aire.

—¿Cómo podría serlo? Solo que me gustaría entenderte.

—No es muy complicado.

Los pensamientos de uno y otro habían tomado senderos diferentes.

—¿Estás diciendo que... entiendes?

Gato no se había percatado de lo que el otro hombre estaba insinuando, de lo que quería saber, aunque no necesitó mucho tiempo para caer en la cuenta. Más aún siendo consciente de la mirada de deseo en el otro.

—¿Perdona? —preguntó abriendo mucho los ojos, preso del asombro y de la indignación.

Se dio cuenta de que acababa de imitar la frase favorita de Mina cuando preguntaba algo como si no pudiese creer lo que estaba oyendo.

—Si.. entiendes..

El ex marido de Mina acababa de darse cuenta por la mirada indignada del hombre, que este no entendía nada de nada, y que tal vez su interés en él, pues que no lo fuera tanto. ¡Vaya fiasco! ¡Como le diera caza a Piluca se iba a enterar! ¡Esa cerda frígida, como la llamaba Álex, le había hecho creer que... que...! ¡Qué vergüenza!

—¿Te parece que lo hago? —intentó no sonar amenazador pero no pudo evitarlo.

Juste captó el tono velado en aquella pregunta y sintió que la tierra se abría bajo sus pies. ¿Ahora como salía de aquella bochornosa situación sin que el gran Roberto Prieto decidiera que no quería tener ninguna relación, ni siquiera amistosa con él? Necesitaba relacionarse con él de forma empresarial, aunque no le hubiera importado que también hubiese sido de forma carnal.

—Creo que no —Juste sonrió a modo de disculpa, ¿qué otra cosa podía hacer?—, espero que no me odies por lo que acaba de pasar, ha sido un error por mi parte, alguien me hizo creer que... bueno..., y como estabas interesado en mi matrimoni...

Gato cambió su expresión por otra bastante cómica y le señaló a Mina con la cabeza, y este se puso más colorado, si aún se podía.

—¿Mina? —preguntó sorprendido.

Gato le puso un dedo en los labios para que no comentara ese tema y Juste asintió excitado.

—¡Me encanta! —soltó apartando el dedo de sus labios.

—¿Qué exactamente? —Gato no entendía. ¿Se alegraba de que no fuera gay o de que estuviese interesado en su ex mujer?

—Que después de todo estás interesado en nuestra familia, aunque no en mí.

Gato soltó una carcajada ante el desparpajo del hombre y decidió que el tal Juste le caía bien, muy bien.

—Creo que tú y yo podríamos ser grandes colegas.

El hombre lo miró con una sonrisa demasiado delicada para su gusto y ambos rompieron a reír a la vez que decidían que se caían estupendamente.

Por su parte, Mina los observaba desde la distancia muerta de celos. Había visto el gesto de Gato al colocarle un dedo en los labios a Juste y... ¡Oooohhhh, los hubiera matado a los dos!

Aun así, siguió ignorándolo.

Ella no iba a someterse a ese cerdo.

Al cabo de un rato, la madre de la cumpleañera se pegó a él, sonriendo satisfecha cuando Gato le confesó que le había traído un pequeño presente su encantadora hija.

—Vamos, Roberto —lo animó Dulce—, es su turno. ¿No es encantador? —dijo para que la oyesen los que se encontraban más cerca—. Le ha traído su propio regalo a mi querida Mina.

Él le dedicó una de sus seductoras sonrisas de chico malo a homenajeadada desde la distancia, y se acercó a ella con paso firme y calculado, acompañado por su madre, quien se le había colgado del brazo y parecía no querer soltarle.

—No ha debido traerme nada, no tenía ninguna obligación —le dijo cortante, haciendo caso omiso a la mirada escandalizada de su madre.

—Pero he querido hacerlo.

Él le dedicó una arrebatadora sonrisa y ella se estremeció, delante de todos.

—Insisto en que no es necesario.

Mina le devolvió la falsa sonrisa.

—Pero estoy seguro de que me lo va a agradecer, le he traído algo que creo que necesita.

Mina alzó las cejas incrédula.

—No veo qué pueda necesitar, mis necesidades están cubiertas—lo dijo para molestarlo. Ambos sabían que no se estaba refiriendo al regalo.

—Créame, lo necesita.

Y al decirle esto, se sacó un pequeño envoltorio de la chaqueta donde anteriormente ella vio que guardaba la navaja con la que le había arrebatado el tanga, y se lo entregó.

—¿No me merezco un beso por esto?—preguntó a la madre de ella escandalizado.

Dulce los miraba complacida, estaba emocionada de que parecieran tan ensimismados el uno en el otro. Mina pensó que si su madre supiera de dónde procedía realmente, se moría.

—Ay, qué hombre tan simpático.

Mina le puso la mejilla y Gato se inclinó para besársela, pero antes le susurró algo que la dejó atónita y asustada.

—Creo que tendré que asegurarme de que no tengo ninguna hija.

Y se retiró de inmediato, disculpándose con todos los que había en la fiesta con la excusa de que tenía que marcharse repentinamente por motivos urgentes que precisaban su atención.

Mina lo vio marcharse conteniendo la respiración. ¿Qué había querido decir? Él no sabía nada, no podía saber. Solo lo sabían ella misma y Piluca, y su amiga no habría... ino, ella nunca la traicionaría!

—Vamos, querida—la instó su madre con expectación—. Enséñame lo que te ha regalado Roberto.

Mina la obedeció de forma mecánica y abrió el envoltorio, y cuando estuvo segura del contenido del paquetito, lo maldijo por sinvergüenza. ¡Lo iba a matar en cuanto se lo echara a la cara!

Le había regalado un tanga.

Capítulo 15

Mina no era mujer de dejar las cosas al azar, mucho menos al destino. Gato le había insinuado, mejor dicho, la había amenazado con Jimena. Eso había hecho, sí. Y gracias a ello, al muy malvado, había estado toda la noche pensando en cómo parar aquello, porque si de algo estaba segura, era de que no iba a quedarse como si nada. Nunca lo había hecho y no iba a hacerlo ahora. Estaba convencida de que él no iba a dejarlo estar, la iba a martirizar. Sí, eso haría, pero ella no iba a permitirlo. Tal vez no hacía mucho tiempo que mantenían aquella extraña relación, pero sí el suficiente para haber llegado a conocerlo muy bien. Ella lo conocía, bastante, incluso estaba segura de saber cómo pensaba; o al menos eso creía.

Gruñó con muy poca delicadeza y apresuró el paso pensando que nadie, nadie a excepción de Piluca y su propia familia, sabía que el padre de su hija no era Juste. Y si Gato sospechaba, se encogió de hombros, solo podían ser sospechas salidas de su mente calenturienta. Al menos eso es de lo que intentó convencerse. Entonces, ¿qué hacer? Podría negarlo y decirle que estaba completamente loco pero, pufffff..., ni ella se lo creía. Este no iba a quedarse como si nada, la atormentaría como solía hacerlo. La acorralaría con preguntas y no la dejaría en paz hasta que consiguiera su objetivo, era muy tenaz. Y eso me encanta. Bueno, pero podría negarlo de todas formas, ¿no? Tampoco iba a facilitarle las cosas, y a lo mejor su amenaza carecía de fundamento, seguramente no querría que apareciera ninguna hija de la nada a reclamarle su adorado patrimonio.

Inspiró con pesar, ojalá fuera cierto.

Era domingo, y ese domingo le había prometido a su pequeña llevarla al cine, sin embargo había tenido que trastocarlo todo para poder ir a ver a Gato y aclarar algunas cosas con él. Por eso dejó a la pequeña con Álex en su apartamento de Atlanterra; ella le haría compañía y su hermano estaría al pendiente. De todas formas, este tenía contratada una asistente en su casa para que lo atendiera, así que había alguien más que pudiera echarle un ojo a la pequeña. Gracias a eso, Mina tendría libertad de ir hasta ese viejo barrio. Sin embargo, una vez que hubo dejado a Jimena en casa de Álex tuvo que ir a Sotogrande a atender una de las histerias de su madre, por lo que su día no estaba marchando como lo había planeado. Tuvo que aguantar un par de horas cómo esta la regañaba por no haberse preparado lo suficiente para el encuentro con Roberto Prieto, porque estaba segura de que sería un excelente yerno y no quería dejarlo escapar. Oyó sin inmutarse cómo su madre la amonestaba una y otra vez, aconsejándola nuevamente para que perdiera peso y que se sometiera a alguna cirugía para mejorar su aspecto. Y cómo no, no dejó pasar la oportunidad de aconsejarle, por milésima vez, una lipoescultura para ver si así disminuía su enorme trasero. Hizo como solía hacer cuando a esta le daba por meterse con su físico, oírlo sin decir nada, mirándola fijamente e ignorando sus hirientes comentarios. A Mina le hubiera gustado decirle a doña perfecta que a Gat... Roberto le encantaba meterle mano a su trasero y ver qué cara se le quedaba; ¡ah! y que no tenía que cazar nada ya que era el padre de su hija. Seguramente le daría un nuevo ataque, más intenso que el anterior.

Subió las escaleras del viejo edificio en aquella barriada tan humilde y llamó al timbre. Mientras esperaba a que alguien acudiera a abrirle la puerta, se preguntó hasta dónde estaría dispuesta a llegar con ese hombre, porque, desde que lo había conocido, su vida había dado un giro de ciento ochenta grados, y había hecho cosas que nunca creyó posibles en alguien como ella, con su estatus y educación. Aunque reconoció a regañadientes que se había divertido haciéndolas, no obstante se cortaría la lengua antes de confesárselo a nadie, menos aún a él.

—Buenas tardes, hermosura. —Jacinta, la vecina de Gato, acudió a su encuentro. Mina pensó que cualquiera pensaría que la mujer estaba escondida detrás de la puerta de su casa esperando para salir cada vez que alguien llamaba al piso. Pero, en fin, pensó encogiéndose de hombros, era lo normal en un vecindario.

—Señora Jacinta —intentó sonar cortante para que se marchara indignada con su actitud, pero es que aquella mujer tenía un aspecto tan bondadoso que no podía tratarla mal. Si su madre hubiera sido como ella tal vez Mina habría sido un poco más feliz en su adolescencia, cuando su progenitora se percató de que nunca cumpliría sus expectativas estéticas.

—Ay, no, hija, llámame Pololi. Todos me conocen por ese apodo.

Mina abrió muchos los ojos y pareció que su enfado con Gato se disipaba, pero solo un poco. Le había hecho gracia la mujer.

—Claro —asintió. ¿Qué otra cosa podría decir?

—¿Vienes a ver a mi Roberto? Me alegra mucho que por fin ande con una mujer decente; este chico ha andado mucho tiempo extraviado. —Aunque Mina le dijese que no sentía ningún apego por su muchacho, estaba segura de que la otra seguiría con su charla. Bueno, tampoco me viene mal enterarme de algunos detalles de su vida —se dijo. Así que la animó con un gesto a que continuase con su cotilleo—. Ni imaginas la de mujeres que vienen por aquí intentando sonsacarlo, buscándolo, y te digo una cosa —le dijo con actitud maternal—, tienes que cortarles los vuelos porque este es un picarón de los buenos. Ya de zagal le gustaba hasta una escoba vestida.

Mina le sonrió a la mujer con conocimiento, como si todo eso ya lo supiera, alentándola a hablar; aunque no le había gustado enterarse de que Gato era un mujeriego, la aliviaba pensar que, al menos, no tenía problemas con su identidad sexual. ¿Y a ti qué te importa? Vamos, Mina, pon los pies en el suelo de una vez.

—Menos mal que el cura lo metió en vereda y se hizo un hombre de provecho. —Le tomó el brazo como para confiarle un secreto—. Y todos le agradecemos que no olvide nunca sus orígenes, aunque una siempre está aquí para centrarlo cuando se le suben los humos. Tú me entiendes, a veces se pone insoportable de gruñón y mandón —Pololi puso los brazos en jarras para darle más énfasis a sus palabras—. Un buen sopapo de vez en cuando y vuelve al camino correcto derecho como un palo. Le gusta protestar un poco, pero es un buen chico.

—Desde luego. —Eso sí que se lo tenía merecido ese estúpido, un buen sopapo, como decía la mujer. La puerta se abrió y Mina vio a alguien al final de la habitación, a quien no esperaba encontrarse allí. Y se enfureció. Y apretó los labios para no empezar a gritar y armar un escándalo.

—¡Mina! —exclamó su hermano al verla, sin saber qué decir ya que estaba sentado en su silla de ruedas con Jimena en el regazo—. ¿Qué haces aquí?

Álex parecía avergonzado y ella pensó que con razón. ¿Cómo se le ocurría llevar a su hija hasta ese lugar? ¿Y cómo demonios lo había hecho si

no podía conducir?

—¡Mami! —Jimena acudió a su encuentro saltando del regazo de su tío, y lanzándose a sus brazos—. ¿Has traído las chuches? Papá ha dicho que iba él a por ellas pero aún no regresa.

—Las chuches... —miró a Pololi en busca de ayuda para salir al paso—. Tengo las chuches..., ¿verdad que las tengo?

Sabía que consentía demasiado a Jimena, pero no le importaba, lo hacía en venganza por todas las restricciones que su madre le impuso para que no engordara.

—Claro que sí, hija. Las tengo en mi casa —informó la mujer volviéndose a su morada—, enseguida te las traigo.

—Lo único que le faltaba para meterse dentro a Pololi y sacar información —murmuró su hermano con una sonrisa—, bueno, ya que estás aquí —se dirigió de nuevo a su hermana—, pasa. No te quedes ahí en la puerta como si fuéramos a atacarte. —La miró con cara de guasa—. O a atacarnos.

Entró en la casa con su hija en brazos y el gesto serio. Estaba realmente enfadada. ¿Cómo se había atrevido a llevar a su pequeña allí? Lo iba a matar. Y si no había oído mal allí también estaba Juste, su ex marido. ¿Alguno más? —se preguntó con ironía.

—¿No tienes nada que decir?

—Me dijiste que me hiciera cargo de mi sobrina porque tenías un asunto urgente que atender —Álex le devolvió el guante—. Me he hecho cargo de mi sobrina; como tenía que salir, la he traído conmigo. —La miró entrecerrando los ojos—. Y ahora empiezo a ver cuán importante era ese asunto.

Al decirle esto puso cara de incredulidad y Mina comprendió que estaba sacando erróneas conclusiones del objeto de su visita a Gato. Bueno, era verdad que se habían acostado un par de veces, bueno, alguna más, pero no había ido a su casa para hacerlo de nuevo, no, no lo había hecho. Tenía una conversación pendiente con él. ¿Y por qué no dejaba Álex de observarla así?

—No saques conclusiones precipitadas, te equivocas, mucho —soltó furiosa—; y tú no tienes excusa.

No iba a conseguir hacerla sentir mal, porque el que había obrado equivocadamente era él.

—¿En qué se equivoca el tío Álex, mami?

—El tío Álex es muy listo —replicó este—, y se ha dado cuenta de algunas cosas.

Su hermano alzó las cejas mirándola con intención.

—El tío Álex es muy listo, mami —señaló Jimena con la intención de que Mina lo recordara haciendo un enorme gesto con las manos—. Y se da cuenta de tooooooo.

Mina miró a su hermano molesta. Además, sentía curiosidad por saber cómo había llegado su familia hasta allí teniendo en cuenta que su hija era una niña pequeña y su hermano un discapacitado temporal. Y pensó en Juste y lo tuvo todo claro. ¿Quién si no? No perdería la oportunidad de volver a ver a un hombre como Gato. Claro, debí imaginarlo. Solo me faltaba que al otro también le gustara Juste, y entonces sí que iba a matar a alguien.

—Vaya, esto sí que es toda una sorpresa.

Gato salía en ese momento de la cocina, con una gran fuente de palomitas recién hechas que olían deliciosamente. Y a ella le dio un vuelco el estómago al percatarse del parecido de este con su Jimena. ¿Cómo no me he dado cuenta antes de la semejanza entre ellos? Porque no he querido verlo —respondió a su pregunta.

—Mami ha venido a jugar con nosotros al parchís, puede ocupar el lugar de papi. ¿Verdad que sí? —le preguntó a Gato como si su respuesta careciera de sentido mientras arrastraba a Mina al lugar que había quedado libre en el tablero. Mina la miró asintiendo y la soltó en el suelo, sin dejar de tocarla. Necesitaba sentir que aún era solo suya.

—No me digas

Se notaba de lejos que a Gato no le gustaba tenerla allí.

—¿Juste también está aquí? —Es evidente que está, ¿por qué he tenido que hacer una pregunta tan estúpida?

—Ha salido un momento porque ha recibido una llamada —le susurró su hermano para que Jimena no lo escuchase—. Tardará en regresar, pero ya que estás, ocupa su lugar en el tablero. La peque se ha empeñado en jugar al parchís y todos la obedecemos.

Álex parecía muy contento con que su sobrina fuera la que los manejase a todos.

—No puedo. —No quiero que nos comportemos como una familia.

—Claro que puedes —señaló Gato irónico—, será más bien que no quieres.

—He venido porque tenía que hablar contigo de un asunto de la empresa.

—¿Y no puede esperar hasta mañana? —Su hermano Álex la miró preocupado.

—Supongo, pero me gustaría aclararlo hoy.

—Entonces, ya que estoy yo aquí también, podemos hablarlo los tres.

—Creo que tu hermana ha venido a verme solo a mí. —Mina le lanzó una mirada de advertencia a Gato, y él alzó las cejas con gesto inocente.

—¡Mami! —la llamó su hija obligándola a desviar su atención de Gato—. ¿Nos prestas tus dados?

Se volvió hacia ella sin comprender a qué se estaba refiriendo esta hasta que vio, sobresaltada, cómo Jimena había rebuscado en su bolso y tenía en la mano su juego de dados eróticos. Me voy a morir -pensó-. ¿Cómo demonios sabe Jimena que los llevo en el bolso? En ese preciso instante hubiera dado todo lo que tenía por hacerse invisible, sobre todo al ver la expresión en las caras de los hombres que había junto a ella. En la de su hermano se reflejaba la guasa y la incredulidad, en la de Gato... ¡que no me mire así, por favor!

—¿Qué es eso? —preguntó con una carcajada su hermano sabiendo de qué se trataba—. Mina, eres toda una caja de sorpresas.

—Dame eso ahora mismo, Jimena. —intentó no sonar desesperada por esconderlos antes de que Gato los viera.

Pues no lo consiguió.

—¿Me los prestas, preciosa? —instó este a la niña con aquella sonrisa destinada a desarmar a las féminas.

—Claro. —La sonrisa tonta de su hija le indicó a Mina que esta ya había caído bajo su seductor hechizo.

¡Otra más!

—No se registra en las cosas de los demás —la regañó desesperada.

—Tu bolso es mío también, mami, siempre dices que todo es de las dos.

El razonamiento de Jimena no hizo sino provocar que se sintiera mal.

—Chica lista —apostilló su tío.

—Muy instructivos —puntualizó Gato mientras cogía los enormes dados y los estudiaba con fingido interés. Luego la miró a los ojos, y lo que ella vio en ellos hizo que, de nuevo, sintiera cómo perdía el tanga, otra vez. Más aun cuando se los devolvió, rozándole deliberadamente la palma de la mano, donde los depositó con estudiada lentitud. Ella miró hacia los mismos y vio que en la parte de arriba ponía: besar, en uno, y pezones, en otro. Y empezó a temblar, de nuevo.

¡Creo que voy a desplomarme de un momento a otro!

—¡Vamos a jugar!

Mina sabía que su hija se estaba refiriendo al parchís pero no pudo evitar humedecerse solo de pensar en jugar con aquellos dados teniendo como compañero a Gato. Estoy segura de que me estoy volviendo una obsesa.

—Cariño —Álex se había dado cuenta de que entre aquellos dos pasaba algo más de lo que querían hacer ver y decidió portarse bien, por esta vez, y colaborar con su hermana; ya después le pediría las explicaciones pertinentes—, vamos a casa de Pololi que seguro que está llena de caramelos, después podemos ir al parque a buscar a papá y comprarnos un helado.

—Pero...

Por lo visto su hija no quería marcharse de allí, se la veía muy a gusto con Roberto.

—Vamos —la animó Gato—, tienes que ayudar a tu pobre tío, recuerda que eres su enfermera particular.

Y Jimena aceptó con pocas ganas pero sin protestar, como era habitual en ella; y Mina pensó que no la ayudaba en nada que él se comportara con su hija con aquella autoridad, como si se tratase de su padre, porque no lo era, se repitió. Juste era su padre. Al menos quien la había criado y educado desde pequeña. Sí, eso era, y eso es, se recordó.

—Gracias —le dijo a su hermano—, pero tened cuidado —le aconsejó.

—Nos vamos. Corre, peque —Álex indicó a su sobrina que abriera la puerta mientras él giraba su silla para salir—, Pololi nos espera, y ese helado también.

En cuanto se marcharon a la casa de al lado, dejando la puerta abierta, Gato retornó a su actitud borde.

—No es tan mal sitio para vivir como piensas. —Por lo visto el dueño de aquel piso no estaba de humor para ella.

—No he dicho eso.

—Por si acaso —apostilló.

—Siempre le digo que tengan cuidado. —¿Por qué sentía que tenía que explicarse con él?

—Sobre todo si se mueven por un barrio como este, es lo que te ha faltado decirles.

—Me estás malinterpretando.

—¿Seguro?

—Estás comportándote estúpidamente.

—Vaya, ahora va y resulta que soy estúpido.

Mina apretó los dientes ante su actitud, tendría que ceder porque así no iban a llegar a ninguna parte, Gato parecía que quería pelea y ella tenía un asunto que arreglar. Estaba acostumbrada a regatear en sus negocios y sabía reconocer a un duro oponente en una negociación, sobre todo, como era el caso, cuando no estaba dispuesto a colaborar.

—Muy bien, te pido disculpas si te he ofendido.

—No lo has hecho.

Mina miró al techo pidiendo paciencia y esperó a que él decidiera hablar con ella.

—Bueno, vayamos al grano ahora que estamos solos. Dime, ¿qué haces aquí? —Gato no la quería allí. Estaba cabreado con ella, y también consigo mismo por no poder quitársela de la cabeza. Pero, sobre todo, quería que ella se sintiera tan mal como lo hacía él.

—Necesito hablar contigo.

—Como te ha dicho tu hermano, ¿no podías esperar a mañana? —Se había enfadado mucho por el descaro que Mina tenía al presentarse en su casa después de saber todo lo que pensaba de él—. Y ahora sí que estoy convencido de que uno de tus pasatiempos favoritos es tocarme los cojones, pero es algo a lo que me vengo acostumbrando, no es nuevo.

—No voy a discutir sobre eso.

Gato alzó una de su tupidas cejas negras, incrédulo. ¿Desde cuándo se comportaba de forma tan condescendiente?

—Tenemos que hablar de algo importante.

—En este momento estás en menos uno en rojo para mí, por lo que no es aconsejable.

—Es muy importante.

—No me digas.

—¿Puedes ser razonable por una vez y hablar como una persona civilizada? Esa actitud de neandertal me supera.

—Soy muy razonable —le dijo con los dientes apretados—, cuando me da la gana.

—Eres exasperante.

—Así no vas a conseguir que me sienta a negociar contigo.

Ella lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—No tenemos nada que negociar.

—Pues yo creo que sí, y mucho.

—¿Por ejemplo? —Mina estaba perdiendo la paciencia. Entre el miedo porque él pudiera haber descubierto lo de Jimena, y aquella perversa necesidad de estar de nuevo entre sus brazos, estaba que no era ella misma. Contenta.

—Ya que estamos te voy a contar algunas cosillas, campeona. —Gato se acercó a ella y Mina tuvo que retroceder. Y quedó atrapada en el quicio de la puerta que estaba entre el salón y la cocina—. Primera: me llamo Roberto Prieto..., realmente.

Mina se mantuvo en silencio. Empezaba a comprender por qué no le había hecho caso nunca en la empresa, después de todo tenía una enorme compañía, facturaba millones de euros, y no estaba acostumbrado a obedecer. Y Piluca ya le había contado, con pelos y señales, lo que habló con Álex. No quiso creerle en la fiesta, aunque fue una malcriadez por su parte, pero es que no quería pensar que pudiera ser un hombre aceptable para ella.

—¿Sorprendida? No me extraña, teniendo en cuenta que tratas a las personas con la punta del pie porque no tienen tu mismo nivel económico.

¿Qué podía replicar a eso? ¿De verdad era tan odiosa? No lo soy, eres tú quien hace salir lo peor de mí. Y no estoy sorprendida. Ya sabía que era el afamado millonario, solo que eso era aún peor porque no lo quería cerca de ella; ya había tomado una decisión y no iba a cambiar de parecer: Gato, Roberto, o como quiera que lo llamasen, no iba a formar parte de su vida. No lo haría y punto. Ni en la de su hija tampoco.

—Solo devuelvo los golpes. —Necesitaba defenderse de sus acusaciones—. Si te refieres al chófer que quise despedir, lo hice porque me insultó. Ninguna mujer merece que le falten al respeto, ni que le hagan comentarios sexistas. Después de eso, no creo que me haya comportado tan mal. Me he montado contigo en un camión, he pasado tabaco de contrabando, me he disfrazado en los carnavales, cosa que odio y, y... seguro que se me olvida algo más. Así que lo de esnob puedes ahorrártelo.

Gato no dijo nada. Tampoco lo había visto desde esa perspectiva. Y si se ponía en su lugar, tal vez, solo tal vez, pudiera comprender su razonamiento.

—Un despido es algo exagerado —insistió.

—Acepto que tal vez fui exagerada.

Él apoyó una mano en el quicio de la puerta, a la altura de su cabeza, y la miró a los ojos, intentando descubrir algo en ella pero sin saber el qué.

—Segunda: soy socio capitalista de la empresa de Álex, por lo tanto, cuando te digo que no estás autorizada para tomar ciertas decisiones es que no lo estás.

Mina lo miró abriendo mucho los ojos, sorprendida. Pues entonces tenía más sentido que actuase como dueño de la empresa, ninguneando sus decisiones.

—Álex no me dijo nada de un socio.

—Lo sé, yo se lo pedí.

Mina le devolvió la mirada con la misma intensidad.

—Y, ¿cómo es que eres el escurridizo millonario y vives aquí? —Aquellas palabras salieron de su boca sin darse cuenta, pero tenía que reconocer que se había hecho esa pregunta desde la noche de la fiesta, en que Gato se quitó la máscara ante ella. Sin embargo cuando se dio cuenta de que él podría malinterpretar sus palabras, corrió a explicarse—. No lo digo como insulto ni para menospreciar a nadie —se defendió—, es solo que es algo extraño, ¿no?

—Nací y crecí aquí.

Mina no lo entendía, todo el mundo quería hacerse rico para tener mejores cosas.

—Y me hice amigo de Álex...

—En una pelea —dijeron los dos al unísono.

Gato se la quedó mirando sorprendido por que recordara lo que le había contado. Y le gustó que ella le prestase atención cuando hablaba. Y le gustó que lo mirase a los ojos cuando le hablaba, y le gustó aún más que luego pasease su bronceada mirada por su boca, por su pelo, por su cuerpo. Y lo desarmó que a continuación profiera un suspiro involuntario, surgido desde lo más profundo de su ser.

—Y tercera —susurró muy cerca de su boca—: creo que puedo ser el padre de tu hija.

Ante esa aseveración Mina sintió que sus piernas le fallaban, incluso tuvo que hacer un esfuerzo sobre humano para no agarrarse a él y seguir de pie. Cerró los ojos un segundo para contenerse, después los abrió y lo miró directamente, de nuevo.

—De eso he venido a hablar contigo.

Gato se acercó un poco más, tanto que sus alientos se entremezclaron y Mina estuvo segura de que iba a besarla. Y deseó que lo hiciera, por eso se humedeció los labios con la lengua y los entreabrió un poco, invitándolo, deseándolo...

—Entonces ponte cómoda —él se apartó bruscamente y se cruzó de brazos provocando que la música que ella había estado escuchando se parara de golpe en un chirrido infernal—, porque esa es mi negociación.

—Ni siquiera me recuerdas, ¿cómo puedes pensar entonces que puede ser tu hija?

Estaba dolida.

—Ya te conté que en esa época era una bala perdida.

—Eso no excusa nada.

—Tal vez eso no —le indicó que tomara asiento en el cómodo sofá mientras él iba a la cocina por un refresco, que no le ofreció—, pero sí el hecho de que me tiré a una pija en la última fiesta de Álex; créeme, de eso sí que me acuerdo. También de que nadie volvió a verla cuando pregunté por ella más tarde; que Álex no recordaba haber invitado a ninguna de las estiradas amigas de su hermana; y... —se inclinó hacia ella—, que una cuqui, hermana de Álex, va y resulta que estuvo en aquella fiesta esa noche, y que se quedó preñada de un tío que no conocía de nada. ¿No crees que tengo motivos suficientes para sospechar?

¡Qué no se me acerque más, por fis!

—Solo son sospechas infundadas, te digo que no eres su padre. No tienes ningún derecho. Nada que lo demuestre, solo tu prolífica imaginación que ha encontrado una nueva forma de hacerme la vida complicada.

La voz de Mina era apenas un susurro.

—No te culpo de nada, no te equivoques, ni me conocías, ni me has ocultado ninguna paternidad ni nada de eso —reconoció con esa sonrisa ladeada y aquella voz que le ponía los pelos de punta—, no me has engañado ni nada por el estilo. Esto no es un culebrón donde se le ha ocultado la paternidad al padre de la criatura y se arma el caos cuando lo descubre. No va a haber reproches, palabras de rencor ni nada parecido, éramos dos salidos buscando un buen polvo.

Dicho de esa forma la hacía quedar como una guarra de fin de semana.

—Pero el hecho es que si tengo una hija quiero formar parte de su vida: esa es mi negociación.

—¿Qué quieres conseguir?

Mina no podía respirar. Estaba aterrada.

—Pues, veamos, hay varias opciones.

Ella tragó saliva, asustada, pero también excitada. Nunca lo había visto con esa actitud de depredador. Daba miedo, y entendió que hubiera llegado lejos en los negocios si era tan despiadado. Aunque aún se preguntaba cómo lo había hecho. Claro que obtendría la información por su hermano, no quería que pensara que lo estaba cuestionando o poniendo en duda su valía. No quería que volviera a pensar mal de ella. ¿Y qué más te da lo que piense de ti? Me da y punto -se contestó ella misma.

—¿Y si no eres el padre de Jimena? Podría haberme acostado con otro después de ti ¿Por qué eres tan engreído?, ¿por qué estás tan pagado de ti mismo? Tal vez no me dejaste satisfecha y me fui en busca de otro tío. No eres el único con esos ojos, los hay a miles, millones, trillones.

Sin esperarlo, Gato se echó sobre ella en el mullido sofá, la arrinconó y le puso la mano en el pecho, por encima de la delicada tela del vestido floreado que Mina llevaba. Ella no hizo nada. Quiso apartarse, pero no hizo nada. Al parecer, su cuerpo y su cerebro habían tomado sendas distintas. Y estaba segura de que si tuviera que decidirse por alguno, lo haría por el primero. Le metió la mano por dentro del sujetador y ella sintió cómo su vulva se contraría y su piel se erizaba. Ainnnnssssss, no puedo, me supera. Abrió las piernas para que Gato se colocara bien entre ellas, cuando este empezó a acariciarle los pezones de forma sinuosa, de forma brutal, de forma enloquecedora, y sin poder contenerse empezó a moverse contra él, buscando consuelo, buscando algo que él ya le había dado antes. Y se fijó en cómo la miraba, vaya si la miraba, de forma abrasadora, de forma retadora; era como si le importara que se hubiera acostado con otro después de él, como si lo hubiera herido al decirle aquellas palabras nacidas de la rabia, de la impotencia.

—No creo que te acostarás con otro después de probar esto.

Le abrió más las piernas y se metió entre ellas hasta que quedó completamente unido a su entrepierna. Pegó tanto su miembro enhiesto a ella que Mina se avergonzó al sentirse mojada y anhelante. Le faltaba el aire, y quería que él le diera la respiración con su boca.

—Apártate.

Sabía que no había sonado convincente, porque mientras pronunciaba aquellas palabras, su cadera se mecía en la anhelada danza sexual. Gato, por su parte, entornó los ojos, se inclinó aún más hacia ella y la besó con furia.

—Me suplicarás por esto.

Le dio una embestida que la dejó muda de las sensaciones que tuvo al sentir ese enorme falo empujando contra la tela de sus bragas, había optado por no volver a ponerse tanga cuando quedara con él; Gato se apartó un poco, pero manteniendo aún la mano en su pecho.

—Ególatra.

—Tú parece que quieres guerra.

—Modestia, baja que sube Gato —soltó enfadada porque le hubiese hecho caso por una vez, retirándose de ella, que optó por arreglarse el peinado y el vestido, en un vago intento por controlarse.

—Ahora solo te doy una opción —le dijo enfadado ignorando su comentario anterior—: te casas conmigo.

—¿Perdona? —Mina se quedó atónica ante aquellas palabras. ¿Le estaba ordenando que se casaran? —Aún no hemos hablado de mis otras opciones.

—Es que ya no las hay —le dijo con una dura mirada—. Te casas conmigo y paso a ser el padrastro de Jimena. Nadie sabrá que es mi hija, solo nosotros, y tu hermano, claro. —La miró esperando una pataleta por parte de ella porque si algo tenía claro, era que no estaba acostumbrada a hacer lo que le dictaban los demás. ¡Y por eso te vuelve loco! Porque nunca sabes por dónde va a salir.

—Creo que no, no voy a hacer lo que tú quieras. Además, repito que no es tuya.

Él la miró de nuevo entornando aquellos maquiavélicos ojos de lince. Cuanto más lo negaba ella, más se aferraba él a esa idea. Ella aguantó todo lo que pudo su mirada, hasta que sintió que se derretía, de nuevo.

—Lo harás.

—No, no lo haré. —Quiero hacerlo.

—Créeme que lo harás.

—¿Y si no? —Debo ser una estúpida consumada.

—Podemos armar un escándalo, a mí no me importa.

—No creo que quieras ser el centro de la presa rosa.

—¿Qué van a decir de mí? ¿Que fui un joven descarriado, fumeta y drogata, broncas, bebedor, mujeriego; que estuve a punto de ir a la cárcel por hackear los ficheros del CNI para ayudar a unos narcos?

La expresión de Mina era digna de un selfie.

—¿Hiciste todo eso?

Gato lo había dicho de aquella forma grosera para asustarla, y sorprenderla. Cuando ella le lanzó la pregunta se limitó a encogerse de hombros.

—Puedes hacer lo que quieras, no me vas a amedrentar. Nadie me obligará a casarme de nuevo, lo hice una vez y me hicieron mucho daño.

Nunca, me oyes, nuuuunca. Estás full crazy si crees que voy a hacerlo. Y te juro por la batería de mi iPhone que no me vas a chantajear.

—Lo vas a hacer.

Volvió a repetir Gato de la forma más tranquila posible, aunque la hubiera chocado contra la pared por ser tan obtusa. La puerta se abrió en ese momento y entraron Álex, Jimena, Juste y Pololi cargados de helados que habían comprado en la gasolinera. Los dos se giraron para mirarlos y así evitar seguir discutiendo. Él pensó que ya lo arreglarían más tarde. Ella que ya estaba todo dicho.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Álex un poco mosqueado por el semblante ceniciento de Mina y la mirada colérica de Gato. No era ningún imbécil, y entre estos las cosas estaban tomando un serio cariz.

—Que acabo de mandar al carajo a tu amigo.

Cogió a su pequeña y se la llevó de allí no sin antes lanzarle una mirada asesina a Gato, y de paso a Juste, su ex marido, quien no sabía qué demonios hacía allí, bailándole el agua a Gato solo porque estuviera bueno. Álex miró a su amigo sin saber qué decir y después empezó a reír estrepitosamente, doblándose, como pudo, de la risa.

—No entiendo qué es lo que te hace tanta gracia —refunfuñó Gato.

Juste también empezó a reír pero de forma más comedida.

—Es la primera vez que oigo a mi hermana hablar de esa forma tan poco elegante.

Juste asintió y le dio una palmadita muy poco varonil en la espalda a Gato, que seguía mascullando y maldiciendo por lo bajo sobre lo jodidamente zorras que eran las cuquis.

Será zorra, sí; pero, muy zorra y todo, te mueres por sus huesos.

El móvil no paraba de sonar. Primero escuchó los sonidos que indicaban mensajes, después los whatsapp, y ahora sonaba y sonaba, y no paraba de sonar. Lo descolgó furiosa.

—Dime —le dijo a Juste. Con quien por cierto tenía una conversación pendiente porque aún no entendía qué hacía en casa de Gato con su hija y con Álex.

—Me tienes que contar, estoy que me subo por las paredes. ¿Qué tienes que ver con ese hombretón?

Mina apretó los dientes, la molestaba que su ex estuviera interesado en Gato. Es más la ponía rabiosa que Gato pudiera estar interesado en su ex.

—Es una larga historia.

—Tiempo es lo que tengo de sobra.

—Estoy súper mal y no tengo ganas de hablar —le dijo cansada—. Y por cierto, ¿por qué has llevado a Jimena a ese lugar? Y no mientas porque Álex no puede conducir, así que la única opción posible eres tú.

Silencio.

—Juste, no me hagas enfadar.

—Bueno, vale, lo reconozco. Quería volver a ver a Roberto, y Álex me llamó para preguntarme si lo podía llevar; así que aproveché la oportunidad.

—No tienes remedio.

—Tenía que intentarlo —confesó con una risita nerviosa.

—¿Te gusta? —apretó los dientes. Lo iba a matar.

—Nooooo... me encanta, pero no te pongas celosa, estoy convencido que no entiende. Y estoy felizmente casado.

A Mina le hubiera gustado preguntarle que desde cuándo el estar casado suponía un impedimento para él.

—Ya.

—Además, ese hombre se muere por tus huesos —al decirle esto lanzó un suspiro que era más femenino que masculino—. Lo que yo daría por estar en tu lugar.

—Créeme que no lo harías.

—Entonces cuenta, voy a morir a causa de la intriga.

Y Mina le contó, y Juste no paró de soltar grititos de asombro y de felicidad. ¡Con razón su Jimena era tan guapa!

Capítulo 16

Cuando todos se hubieron marchado y por fin se quedó solo en su casa, suspiró tranquilo. Había sido toda una revelación conocer al ex marido de Mina en la fiesta y después en su casa, y más aún que este, junto con Alex, le relataran la historia de esta cuando vieron cómo se marchaba soltando sapos y culebras. Lo hicieron para que comprendiera su carácter, para que no pensara que era una mujer fría e intransigente, ni calculadora. En realidad, le importaba muy poco el motivo que habían tenido para hacerlo, aunque lo cierto es que le vino a las mil maravillas la información. ¡Anda que no iba a aprovecharla! Y muy reveladora.

Resultó evidente para todos los presentes que algo estaba ocurriendo entre ellos. Aunque Gato pensó que tampoco había que ser muy inteligente para darse cuenta. Saltaban chispas cuando se miraban, y claro, había que ser solamente un poquito observador para llegar a la conclusión más acertada. Entre ellos había una explosión de partículas, un rayo que irrumpía cuando se miraban, un trueno que retumbaba cuando se tocaban; un sinfín de cosas que le hacían querer abrazarla y no soltarla nunca, aunque fuera para zarandearla, aunque fuese para molestarla... pero, sobre todo, para amarla. Intentó aclararse, poner en orden sus ideas. ¿Por qué demonios le había tenido que decir que se casaría con ella? ¿De verdad era lo que quería? Él en principio había barajado varias opciones y pensaba planteárselas una por una, en orden, pero es que, cuando hablaban y se peleaban, su yo malvado se apoderaba de él. En esos momentos quería obligarla a hacer las cosas a su manera y no a la forma en la que ella acostumbraba a actuar. ¿Y por qué mierda ella se había negado?

Estaba seguro que él solo se lo dijo para fastidiarla, lo del matrimonio. Ciertamente no quería casarse, menos aún con una pija engreída como aquella. De lo que ya no estuvo tan seguro fue del verdadero motivo que lo llevó a insistirle, incluso a querer obligarla a que lo aceptara. ¿Por qué demonios lo hizo? Y seguía sin comprender por qué Mina se había negado. Se quedó mirando la pared como si ella pudiera darle las respuestas que buscaba. Y entonces recordó sus ojos como la miel, su enorme estatura para ser una mujer, su gesto arrogante, su olor, cómo se derretía cuando... Sintió cómo le faltaba el aire.

—¡Mierda! —exclamó dando un fuerte golpe en la pared que le provocó mucho dolor—, ¡creo que me he enamorado de esa pija!

Necesitaba volver a verla para asegurarse de que lo que estaba sintiendo era real y no estaba confundido. Tal vez el hecho de saberse padre le hacía ver las cosas de otra forma, ¿no? Pues no Roberto -se dijo-, más bien el hecho de que no puedes pasar más de tres segundos seguidos sin pensar en ella o idear alguna forma de follártela o molestarla. Nunca había estado enamorado antes, así que tenía que ser eso, ¿qué otra cosa si no?

Cogió el móvil y le envió un whatsapp.

*Gato: Quiero verte mañana. No hemos terminado de hablar.

Esperó hasta que estuvo seguro de que Mina había leído su mensaje.

*Gato: Sé que lo has leído.

*Mina: Vete al infierno.

*Gato: Lo haré (emoticono con un guiño), cuando te haya vuelto a besar.

*Mina: Impresentable.

*Gato: Tu madre no piensa lo mismo. Me pregunto qué diría si le dijera que soy el padre de su nieta.

*Mina: No te atrevas. Además, no lo eres.

*Gato: Me atrevo a muchas cosas.

*Mina: Que seas millonario no te da derecho a meterte en la vida de los demás.

*Gato: Le dijo la sartén al vaso.

*Mina: Eres estúpido, de mí no te burles (emoticono de enfado). Además, así no se dice.

*Gato: Bueno.

*Mina: Pues no me molestes más.

*Gato: Ven a mi casa, ahora. Tenemos que aclarar lo de Jimena.

Era una excusa, pero a él le valía.

*Mina: No hay nada que aclarar, no es tu hija.

*Gato: Pediré una prueba de paternidad.

A Mina se le contrajo el corazón. Lo único que le faltaba era que un informe médico le confirmara lo que ella ya sabía.

*Gato: Podemos hacerlo por las buenas o a las bravas. Tú decides.

*Mina: No me gusta que me amenacen. ¿Así te has hecho rico? ¿Acosando y amedrentando a la gente? No me extraña.

*Gato: No empieces con tus insultos.

*Mina: Pues déjame en paz.

*Gato: Antes me rehuías porque pensabas que era un humilde obrero, ¿ahora por qué?

*Mina: No.

*Gato: ???

*Mina: No.

*Gato: NO, ¿QUÉ?

*Mina: Déjame en paz, te súper odio.

*Gato: Yo te deseo.

*Mina: No.

*Gato: Deja de decirme que no, sé un poquito más original.

*Mina: Ni sé por qué me molesto en contestarte.

*Gato: No puedes evitarlo.

Mina sintió que se humedecía. Estaba tirada en la enorme cama de su cuarto, hablando con el único hombre que quería que la ocupara junto a ella, y lo único que sabía hacer era negarse a cualquier cosa que este le pidiera. Pero es que lo que le había pedido, bueno, más bien ordenado, no tenía sentido para él. Y ella no entendía por qué ese empeño en casarse con ella. De lo que estaba segura es que no iba a casarse con él. Ya sentía demasiadas cosas por ese hombre, si se casaban volvería a convertirse en la amante esposa que una vez había sido, y dudaba de que se volviera a reponer de un ruptura con un hombre como él. Otro desengaño de ese estilo la destruiría.

*Gato: He comprado una cosa pensando en ti.

*Mina: No me vas a engatusar con regalitos.

*Gato: Este es un regalo especial.

Le envió la imagen de una caja rosa fucsia donde ponía: LovelySex Climax. Juego erótico para parejas.

*Gato: ¿No te tienta venir a jugar conmigo?

Mina no contestó, pero no podía dejar de observar la imagen.

*Gato: También tengo aquí tus dados, los que olvidaste esta tarde (emoticono de risa malvada)

*Mina: Puedes quedártelos.

*Gato: No seas aguafiestas, ven aquí.

*Mina: Te lo juro que no hay quién te entienda. Esta tarde parecía que me querías atizar, y ahora quieres meterme en tu cama.

*Gato: Más bien quiero meterte algo, pero no mi cama.

*Mina: Sinvergüenza.

*Gato: Te encanta cuando me pongo en plan salido y te tomo sin pedirte permiso (emoticono de guiño con beso).

*Mina: Te contradices, amigo. Primero me odias, luego me deseas... Aclárate.

*Gato: Y...

*Mina: No voy a ir.

Lo que le hubiera gustado salir corriendo en dirección a su casa, a su cama. No, Mina, ese hombre es un peligro, demasiado amenaza ya tu corazón.

*Gato: Tú eres pura contradicción. Entonces, ¿para qué has venido hoy a verme?

*Mina: Necesitaba aclararte que te olvidaras de meterte en mi vida y en la de mi hija. Ella ya tiene un padre.

Mejor llamar las cosas por su nombre.

*Gato: He hablado con tu ex, muy amable por cierto.

Mina captó la ironía en sus palabras. Seguramente Juste se habría puesto a babear delante de él, como hacían todas, incluida ella misma, y cómo no, se había ido de la lengua.

*Mina: Son las dos de la madrugada, ¿tú no duermes? Mañana tienes que estar a las ocho de la mañana en tu puesto, me importa un pimiento si eres socio o no de la empresa.

*Gato: La niña es mía, la madre también quiero que lo sea.

Acababa de perder nuevamente el tanga. ¿Por qué tenía que decirle aquellas cosas? Tenía que cortar aquello ya o acabaría cediendo. Y no se podía negar que era terco.

*Mina: Que te quede clara una cosa. No voy a poner mi futuro ni el de mi pequeña en manos de alguien que ha hecho su fortuna de la noche a la mañana. Qué casualidad, ¿no? Alguien que podría resultar ser un delincuente, ¿te lo digo más claro?

Lo había hecho aposta, quería que la odiara, que la despreciara, así al menos la dejaría en paz de una maldita vez. Lo había herido, seguro. ¿Quién no se sentiría ofendido por tamaña insinuación?

*Gato: Eres una maldita zorra. No soy ningún narco.

*Mina: Y debo creerte.

*Gato: Mañana te mandaré a mis abogados. Quiero esa prueba de paternidad.

Mina no le contestó y Gato tiró su móvil contra la pared. ¿Quería guerra?, pues iba a tenerla. ¡Maldita pija! Y lo peor era el dolor de huevos que tenía desde esa tarde. Y mucho más humillante el haberle casi rogado que fuera a su casa cuando a él las mujeres se le tiraban encima sin que tuviera que esforzarse mucho.

Cogió su Macbook-air y empezó a escribir. Aquello no iba a quedarse así, le iba a contar con pelos y señales cómo se había convertido en el hombre que era, en el que todos peloteaban y adoraban, excepto la gente con la que creció y que siempre estuvo a su lado como: Álex, Jacinta, el Padre, Toño y el resto de los chicos de la pandilla.

No iba a permitir que Mina continuase pensando lo peor de él, esa barrera también iba a tirarla.

Capítulo 17

Cuando Mina terminó de leer el mail en su iPad se puso a llorar. No podía imaginar que aquellas palabras tan llenas de sentimiento procedieran del mismo hombre con el que discutía, se acostaba, volvía a discutir, se reía, y se volvía a acostar. Y que resultó ser, contra todo pronóstico, el padre de su Jimena y el afamado empresario de la tecnología a quien todas las que conocía, incluida su madre y exceptuando a Píluca, querían echar el guante. Todo en uno. ¿Qué más se podía pedir? Mucho —se dijo más para sí que para nadie.

Gato le había escrito a corazón abierto. Le contó cómo fue que pasó de ser un delincuente informático a trabajar para los servicios secretos; todo gracias al cura del barrio, que convenció al juez de instrucción donde lo estaban procesando que sería más útil enderezarlo y hacerlo cambiar de bando que tenerlo metido en continuas actividades ilícitas teniendo en cuenta sus aptitudes; y era tan buen hacker que finalmente se lo llevaron a los Estados Unidos. Y fue allí donde conoció a Steve Jobs de forma accidental, quien por cierto, le dio muy buenos consejos, los suficientes para montar una empresa. Y fueron el hermano de Mina y su abuelo los que le ayudaron con el capital, haciéndole un préstamo de fácil devolución. Afortunadamente, consiguió devolverlo mucho antes de lo estipulado para sorpresa de todos, incluido él mismo. Y finalmente se dedicó a ganar dinero configurando programas de defensa para los países más importantes del mundo.

No ahorró detalles, le contó lo duro que fue y las penalidades por las que tuvo que pasar. No le narró una bonita historia de un joven pobre que tuvo un golpe de suerte que le cambió la vida, sino que desgranó cada paso que daba y los palos que se vio obligado a recibir a cambio: todo. Y Mina se sintió conectada a él por medio de ese mail, de esas palabras que le llegaron a través de la red, de esa inconsistencia consistente en sentimientos.

Le explicó que no pudo dejar tirado a Álex cuando le pidió ayuda para mantener a flote la empresa de su abuelo, más aún cuando los que trabajaban en ella eran casi todos sus antiguos amigos del barrio. Gato admiraba a su abuelo y a su hermano Álex, los respetaba porque siempre se habían comportado con honradez con sus trabajadores, y porque habían ayudado a todo aquel que consideraban que podía labrarse un futuro mejor.

Y le habló y le habló de él, de lo enfadado que estaba porque ella fuese la única que no supiese reconocer su esfuerzo por mejorar en la vida y porque no valorase su cambio. Le dijo que lo enervaba su actitud fría y práctica frente a todos, frente a la vida. Que la odiaba por no haber querido conocer a Gato y sin embargo no había dudado en organizar una fiesta para presentar a Roberto. Y le dijo que sentía algo especial por ella, tan especial que había incluso fantaseado con formar una bonita familia junto con Jimena. La familia que nunca tuvo. Él quería estar junto a su hija y a la mujer que adoraba, odiaba y amaba.

También la amenazó diciéndole que si no se atenía a razones en lo referente a dejarlo participar en la vida y educación de la niña, movería cielo y tierra para quitársela. Y le aseguró que lo haría. Y ella estuvo segura de que no mentía.

Y volvió a pedirle matrimonio, aunque de forma grosera, como era habitual en él.

Y Mina no durmió en toda la noche pensando que ella sabía que estaba enamorada de ese impresentable de Gato y que ahora nada lo sacaría de su vida, porque estuvo segura de que él no pensaba permitirselo.

Ella no le respondió. Antes de hacerlo tenía que aclararse, que decidirse a hacer algo con su vida. Porque, ¿y si no estaba enamorada de él realmente? ¿Y si solo era un capricho por un chico malo? Mejor contestarle al día siguiente, cuando no estuviera embargada por los sentimientos. Y sin embargo, ¿no debería hacerlo en ese instante cuando su mente había dejado lugar a su corazón? ¿Qué hacer entonces? Temía que si esperaba al día siguiente viese las cosas con perspectiva, y eso la aterraba porque suponía que podía perderlo.

Mañana, mejor mañana.

—Muchas gracias de nuevo.

—No hay por qué darlas —le dijo Ulrich, su profesor de pádel con una brillante sonrisa—. Ha sido un placer escoltar a estas bellas damiselas, sanas y salvas, de vuelta a su casa.

Jimena miraba muy seria al hombre y Mina deseó que no dijese nada incorrecto. Su hija era un tanto peculiar cuando no le gustaba alguien, y había dejado patente, en más de una ocasión, que no le gustaba el hombre.

Estaban en el portal del edificio que las llevaría a su ático y no sabía cómo hacer para que este se fuera. La situación estaba resultando un tanto incómoda porque estaba segura que este quería que Mina lo invitara a pasar para tomar un café o algo, pero la verdad es que ella muchas ganas no tenía de hacerlo. Llevaba todo el día pensando en el mail de Gato y estaba ansiosa por poder entrar en casa, ponerse cómoda y meditar su respuesta. Aún no había podido hacerlo porque Jimena se despertó esa mañana con ganas de salir a pasear y luego ir a comer una hamburguesa, y ella decidió complacerla. Y cuando salieron de la hamburguesería en dirección a su coche para regresar a casa, se encontró con que se lo había llevado la grúa, dando la casualidad de que el alemán pasaba por allí y se ofreció a acercarlas a casa.

Y ahora ahí estaban los tres.

Mina deseando despedir a su rescatador, Jimena, cogida de la mano de su madre para que el otro entendiera que ellas dos iban en el mismo paquete, y el hombre deseando colarse en su casa. Bueno, colarse y algo más, pensó con ironía. Claro que la culpa la tenía ella por haberlo alentado anteriormente. De ahí que pensara que entre ellos podía haber algo. Y reconoce que lo hubiera habido si no se hubiera cruzado en tu

camino un moreno malhablado y de profundos ojos verdes.

—Creo que lo educado sería que te invitara a pasar.

—Y a mí me encantaría —aceptó en perfecto castellano, pero con ese acento que antes le gustaba y ahora le resultaba empalagoso.

En realidad no tenía ganas de pasar la tarde con él.

—A mí no —Jimena dijo aquellas palabras en un tono de niña repelente que Mina no supo de dónde había sacado. ¿Qué no? De su padre, pensó sin poder evitarlo.

—Estos niños... —intentó parecer desconcertada por el comentario de su hija, aunque en realidad no lo estaba. Le hubiera dado un beso allí mismo, a ver si el alemán captaba la indirecta.

En ese momento, el rugido de una motocicleta llegó hasta ellos y, quienquiera que la pilotara, paró justo en la puerta de su edificio, donde los tres se encontraban, haciendo caso omiso a la señal de prohibido aparcar que allí había. Se giró un momento para ver cómo su conductor se quitaba el brillante casco negro y se la quedaba mirando, muy serio. Y ella creyó que iba a darle un telele en ese preciso instante, al reconocer al hombre.

—¡Roberto! —grito Jimena soltándose de su mano para salir al encuentro de él.

—Mina.

Su saludo fue frío, mucho, demasiado.

—Gato.—¿Qué se supone que tengo que decir?

—¿Puedo subirme?

Jimena no se había dado cuenta de la tensión creada en el ambiente con la aparición de Gato, por fortuna, Ulrich sí lo percibió aunque como buen ario se mantuvo callado.

—Mejor otro día, preciosa. No traigo casco para ti y es peligroso.

¿Peligroso para quién? Desde que recibiera su correo la noche anterior estaba en un constante estado de no sé qué que no le permitía concentrarse en nada. Y todavía no le había contestado. Él le había abierto su corazón y ella había actuado como si no le importara. Y ahora se la encontraba acompañada de otro hombre. Esto se está poniendo muy feo.

—Había venido a ver a tu mami —dijo como al descuido—, aunque veo que será mejor que me vaya.

—Yo, hummmm...

¿Qué podía decirle delante de los demás? Nada, obviamente, no pretendería que hablaran de ellos delante de su hija y de otra persona.

—¿Ocurre algo? —preguntó ese otro un poco molesto por la interrupción del motorista. Llevaba tiempo intentando quedar con Mina y no pensaba perder esa oportunidad.

—¿Cómo? —Mina tornó su mirada de nuevo hacia él, no se había dado cuenta de que se había perdido en los ojos de Gato, por enésima vez.

—He venido a por mi respuesta —dijo llamando de nuevo su atención. Mina se sentía como en un partido de tenis, mirando hacia un lado y de vuelta al otro, y de nuevo a empezar—. Había pensado que podríamos tomar un café, o algo —ese algo encerraba mucho, muchas cosas en las que era menor no pensar, decidió ella—, mientras conversábamos. Pensé que necesitabas que te azudara un poco para decidirte y he pensado en hacerlo.

—¿Qué es azuzar, Roberto? —preguntó la niña.

—Tu mami es buena para responder a eso.

Le sonrió a la niña pero sin perder de vista a la madre, quien ahogó una exclamación de indignación al presentir que era capaz de meter a Jimena en la extraña relación que mantenían.

—¿Te está molestando, Mina?

Ahora el rubio se ponía en plan héroe, menuda tarde.

—No, Ulrich, no ocurre nada. Gato trabaja para mi hermano —intentó sonreír para relajar el ambiente.

Era mentira pero no pensaba dar más explicaciones.

Gato miró al alemán con gesto desafiante, con cara de camorrista, deseando que este dijese algo más para tener una excusa y partirle la cara por estar pasando un tiempo que debería ser suyo, junto a su hija y a la que quería por mujer.

—Y ya se va, ¿verdad?

—Noooooo —protestó Jimena que no se había separado del lado de este y su motocicleta—. Yo quiero que te quedes y juguemos al parchís.

El rubio se cruzó de brazos, enfadado porque la niña lo prefiriera a él.

—Otro día, Jimena, ahora vamos a subir a casa, las dos solas—la mujer dijo aquello con toda la intención del mundo, mirando a un hombre y luego a otro—. Mamá tiene un fuerte dolor de cabeza.

Gato no dijo nada, solo se puso el caso y arrancó su moto, marchándose de allí rabioso y a toda velocidad.

El alemán sabía cuándo había perdido una batalla, por lo que también optó por retirarse, pero despidiéndose de forma educada.

Luego, Mina tomó de la mano a su hija y regresó a su piso. Sola. Y lloró, mucho, de nuevo. Y decidió que iría esa misma tarde a verlo, seguramente estaría en la nave. Estaba decidida, había tomado su decisión.

Capítulo 18

Lo encontró donde había supuesto: en el patio, con la cabeza metida en el motor de un camión. Se dirigió hasta él y cuando llegó tosió para que la mirara.

Gato la ignoró y ella volvió a llamar su atención hasta que se dignó a mirarla. Pero no le habló, y Mina entendió que no sería fácil. Es más, tuvo la certeza de que sería muy difícil, mucho.

—No me mires así, por favor.

—Así, ¿cómo?

—Como si me odieras, porque no lo soporto.

—No te odio, qué más quisiera —murmuró.

—¿No?

—No.

Mina alzó la barbilla en un intento por mantener la dignidad, una dignidad que estaba dispuesta a abandonar en un cajón si él era capaz de reconocer que la amaba.

—Pues no entiendo esa mirada.

Él la miró cruzándose de brazos.

—Es que te tengo mucho coraje.

Al decirle esto cerró los ojos con frustración, como si pudiera hacerla desaparecer con ese simple gesto.

—¿Cómo?

—Que no puedes imaginar cuánto coraje te tengo.

Mina aguantó.

—Está bien, creo que me lo merezco.

Roberto alzó las cejas sorprendido.

—Esto sí que es todo un descubrimiento, la señorita cuquis admitiendo algo. Estás reconociendo que...

—Lo que quieras.

—Lo que yo quiera —repitió con aire especulativo.

—Exactamente.

—Tendrás que ser más precisa, ¿qué puedo querer según tú?

—No te pongas imposible, he venido a firmar la paz. Solo pide.

—Perdona, campeona, no te lo voy a poner fácil. Has sido tú quien ha venido a buscarme. Yo ya dije todo lo que tenía que decir, es tu turno.

—Hay días tontos y tontos todos los días —refunfuñó.

—Pues así no vas por buen camino.

Gato la miró con aire cansado mientras se descruzaba de brazos y se metía un chicle en la boca, y como llevaba aquellas gafas de espejo de última moda, Mina no pudo ver su expresión, por lo que solo pudo ser consciente de su propio reflejo. Luego vio cómo pasaba a su lado, ignorándola, mientras se echaba una botella de agua por el pelo y sacudía la cabeza, salpicándola. Una de las actitudes más sexis de las que había visto en su vida, al menos en un hombre. Sin poder evitarlo, comenzó a sentir aquellos conocidos sofocos que dolían tanto, aquel palpar en el centro de su feminidad, aquel deseo de tocarlo que la consumía. El muy engreído, sabía que la ponía cardiaca verlo semidesnudo y lo hacía aposta. Estaba convencida. Le hubiera dado una patada por imbécil.

—Siento todo lo que ha pasado —insistió de nuevo.

—¿Qué es exactamente lo que sientes?

Se colocó a su espalda, acercándose peligrosamente a su oreja.

—Pues... todo lo que te ha molestado.

—Me han molestado muchas cosas.

—Pues hazme una lista, dámela, y te pediré perdón por cada una de ellas, pero necesito que nos llevemos bien. Necesito que no haya rencores entre nosotros.

Se acercó un poco más y sintió cómo su torso, humedecido por el agua, se pegaba a su espalda.

Y se le erizaron los pelos de la nuca.

Y se le secó la garganta.

Y deseó que la empotrara contra la puerta de la cabina del camión, le quitara el minúsculo pantalón y la... ¡Contente, Mina, o no conseguirás nada!

—Me molesta que me consideres un delincuente —soltó de repente.

Ella se sintió avergonzada por aquello.

—Sé que no lo eres, solo lo dije para intentar levantar un muro entre nosotros.

Se sonrojó al decir esto. En realidad estaba muy mortificada, y todo porque necesitaba a ese engendro de hombre en su vida y en la de Jimena. Y porque pensaba que lo había perdido.

—¿Y lo has conseguido?

—¿Qué?

Estaba desorientada, estaba... estaba... ardiendo.

—Que si has conseguido alzar dicho muro.

—No, de haberlo hecho no estaría aquí.

Gato cerró los ojos ante aquellas palabras y sonrió.

—Me molesta —se acercó más a su oído, podía sentir el aliento del hombre—, que te creas superior a mí.

—No me considero superior a ti ni a nadie —respiró hondo cuando este puso sus dedos sobre el tirante de su camiseta con total confianza—, simplemente no soporto que nadie me cuestione, no estoy acostumbrada. En mi empresa todo el mundo me obedece sin rechistar y nadie me falta al respeto.

De nuevo con lo mismo.

—No voy a entrar a discutir eso otra vez.

—De acuerdo.

—Vaya, si estás complaciente esta mañana —dijo irónico.

—Leí tu correo. —Él ya sabía que lo había hecho—. Y la noche tiene la mala costumbre de hacerme pensar cuando solo quiero dormir.

—Entiendo que vienes a decirme lo que has pensado. Me quedé esperando todo el día de ayer una respuesta tuya, por eso fui a verte.

Gato no pudo evitar sentir un nudo en el estómago. Ahora le diría que a pesar de todo él no era su tipo. Que se quedaba con el imbécil ese: el alemán.

—Primero me disculpo —se giró y lo miró de lado—, por todo.

El hombre la estudió un momento, se quitó las gafas lentamente y entrecerró los ojos.

—Aceptadas.

Se calló y la miró, sin expresar nada. Y eso alteró a Mina un poco más.

—Luego, quería decirte que si quieres puedes hacerte la prueba de paternidad sin necesidad de abogados, yo estoy segura de que eres el padre de Jimena, el padre biológico —le aclaró—, pero si lo necesitas, estoy dispuesta a colaborar.

—Menuda suerte tengo.

Mina ignoró su sarcasmo.

—Y por último —esto es lo que le costaba más trabajo porque estaba deseando aceptar su propuesta de matrimonio—, rechazo oficialmente tu propuesta.

A Gato eso no le gustó, ni chispa. Y volvió a masticar el chicle con más fuerza, pero con la boca cerrada. Soltando el tirante de la camiseta de Mina. Ella aguantó la respiración y tuvo que contraer su vagina al sentir los ya conocidos espasmos.

—No quieres casarte conmigo —se dijo más para sí mismo que para ella.

—Yo no he dicho eso.

—Pues aclárate de una puñetera vez. No me puedes tener bailando al son que tocas continuamente, porque sueles desafinar, señorita yo.

—A veces te comportas de forma tan irracional que me entran ganas de darte un guantazo.

—Puedes intentarlo —la desafió—, pero te aviso, como lo hagas te arrancaré la ropa y te dejaré desnuda. Y luego me meteré dentro de ti tan profundamente que no te quedarán ganas de pensar en otro.

Mina sintió cómo le temblaron las piernas ante esa amenaza lanzada de forma tan seductora. Ojalá lo hicieras.

—No quiero que me digas la señorita Yo —le advirtió cambiando de tema, era mejor pensar en otra cosa que en ellos dos allí, desnudos...—. Odio que me llames así.

A Gato no lo engañó su intento de desviar la conversación hacia campos más seguros.

—Es que no puedo hacerlo de otra manera —sonrió al decirlo pero de nuevo se enfadó al pensar en la actitud de Mina—. Entonces, ¿intentas decirme que si alguien no acepta tus condiciones o propuestas es que está siendo irracional?

Gato se quitó la camiseta mojada y la tiró a un lado, colocándose nuevamente frente a ella. Se acabó el momento erótico, ¿no?

—¿Ves como no entiendes nada?

La hubiera cogido por el cuello para que le aclarara de una vez qué carajo quería.

—¿Qué se supone que debo interpretar de tus palabras? Porque empiezo a pensar que no hablamos el mismo idioma.

—Intento explicarte que lo del matrimonio no tiene nada que ver contigo. Soy yo, se trata de mí. Me había prometido no volver a casarme. Fue muy doloroso para mí todo por lo que tuve que pasar una vez y lo que soporté después de mi divorcio. Las burlas de conocidos, las miradas de lástima, los comentarios malintencionados..., todo. —Lo miró con ganas de llorar pero a la vez de golpearlo por no ser capaz de entenderlo—. No me niego a una relación contigo, pero sí a casarme.

—Lo quiero todo.

Gato no iba a ceder en eso. No sabía por qué pero no quería hacerlo.

—Y yo también —se tapó la boca sorprendida por sus propias palabras. Mina no hubiera querido pronunciarlas, ni siquiera sabía de dónde habían salido, porque con ellas le estaba diciendo más de lo que hubiese querido.

Y Gato no era estúpido. Y como no lo era tomó el guante que ella había lanzado sin querer, porque comprendió que Mina necesitaba que la amasen, que la protegiesen, que la cuidasen y que la llamasen al orden de vez en cuando, por qué no. Sin embargo tampoco podía decirle todo aquello y esperar que ella no lo usara para manipularlo.

—Yo puedo dártelo.

¡Que no siga por ahí o me caigo en redondo!

—No, creo que no me he explicado bien...

—Aunque no sepa quererte como tú quieras, lo haré lo mejor que pueda, de la mejor forma que sepa.

Mientras lo decía la miraba intensamente.

—Necesito saber cómo harías tal cosa —¿Por qué no se callaba de una vez, que la estaba obligando a decir aquellas cosas?

Estaba aterrada. Su corazón iba a mil por hora, su vulva palpitaba de forma incontrolada y su cuerpo estaba deseando echarse en sus brazos y besarle hasta morir.

Él la miró de aquella forma suya tan peculiar; con esa sonrisa de chico malo que le cortaba la respiración, y Mina tuvo que ordenarse una y otra vez no moverse de donde se encontraba, aunque fuera a costa de su cordura. Empezaba a temer lo que su anárquico cuerpo pudiera hacer. Gato le cogió una mano, una mano que ella no estaba dispuesta a dejar ir porque hacerlo suponía dejarse ir ella misma. Y él lo sabía, sabía todo de ella, sentía en su propio cuerpo cuando Mina se excitaba; percibía el cambio en su respiración cuando estaba asustada; sabía cómo pensaba esa mente tan peculiar; pero, sobre todo, conocía las teclas que debía pulsar para hacerla suya, para siempre.

No le importaba su reticencia.

Pudo sentir que Mina no estaba dispuesta a colaborar, es más, todo lo contrario, se lo pondría difícil, mucho, y eso solo conseguiría que él se empeñara aún más en conseguirla. La sintió temerosa y supo que era porque todo lo que tenía contra él había quedado aclarado ya. Acentuó su sonrisa, la cual se trasladó a sus ojos, consciente de lo que tenía que hacer. Colocó la perfectamente cuidada mano de ella en aquella parte de su anatomía que saltaba solo con oír su voz, notando cómo Mina respiraba con dificultad al percibir cómo su miembro se iba inflamando rápidamente ante aquel contacto.

—Primero con esto. —La miró picarón mientras apretaba la mano de ella contra su miembro con más intensidad, hasta que se percató de que ella se relajaba y ya no necesitaba ningún incentivo para mantener su palma en dicho lugar; es más, sus dedos se extendieron hasta abarcarlo todo por propia iniciativa, en un acto reflejo. ¡Me lo comía entero!, pensó ella—. Después con esto otro —la miró entornando los ojos mientras le cogía la otra mano y la llevaba hasta su pecho desnudo, colocándola donde se suponía que debía de estar su corazón—. ¿Crees que puede ser suficiente para tí?

Mina sintió sudores por todo el cuerpo, sofocos y, como le dijo una vez un campero: escalofríos por las quijás. Es que este hombre me mata, puede conmigo. Ella no pudo más. Lo quería, vaya si lo quería, no solo de una forma física, visceral; lo quería en su vida y era consciente de ello, por eso no debía ceder. ¿Entregarle de nuevo su confianza, su lealtad, su corazón a otro hombre? Pero, le repetía una y otra vez su corazón, es que este era su hombre. Sentía que le pertenecía como nunca lo sintió con Juste. Ese hombre era suyo, lo necesitaba todo de él. Apretó un poco su mano, lo suficiente para que él también perdiera un poco el control, pero no tanto como para hacerle daño. Y se mordió el labio cuando lo vio inspirar muy fuerte. ¡Si es que es más fuerte que yo! Tenía que reconocer que se había enamorado de él como Gato, no como Roberto Prieto, porque había conocido en su vida a muchos Robertos: elegantes, educados, con fortuna; y, a pesar de ello, la seducía todo lo contrario. Quería al hombre apodado Gato, al camionero, al malhablado, al sinvergüenza. Adoraba su vocabulario obsceno, su exagerada sensualidad, su mirada ladina y enloquecedora, su cuerpo escultural, su fidelidad con los suyos. Lo necesitaba físicamente, emocionalmente.

Todo para mí.

—Te querré con todo —le dijo acercándola de un inesperado tirón a su cuerpo—. Te quiero —la miró a los ojos largamente, con admiración, con devoción—, con todo; y te tengo un coraje enorme por mirarme desde tu pose altiva, con esa mano lacia que pones de niña bien... —Mina abrió la boca para protestar pero se detuvo ante el gesto de advertencia de Gato—, con esos enormes ojos castaños; y no dudes que me matas con ese culo respingón que tienes, el cual me ha mantenido más de una noche en vilo porque estoy deseando meterme dentro de él, para que lo sepas.

—Calla —susurró escandalizada tapándole la boca con las manos que antes tenía ocupadas en otros lugares de su espectacular anatomía, en un gesto completamente infantil mientras soltaba una risita tonta y sentía cómo, una vez más, su tanga había caído.

—No voy a hacerlo, no me callo. Lo que voy a hacer es meterte dentro de la cabina del camión y foll...

—¡Gato, traigo los latiguillos...

Uno de los conductores con los que Mina se encontró el primer día que puso un pie en la empresa y que curiosamente fue al que quiso despedir por hacerle comentarios procaces, apareció ante ellos con unos latiguillos que Gato estaba esperando para arreglar los frenos del camión en el que Mina se lo había encontrado. El pobre hombre se quedó mudo cuando vio a la temida teniente O'Neil en tal situación de abandono, enganchada a Gato con cara de salida esperando que la enchufasen.

—¿Algún problema? —preguntó Mina con malicia en la voz, como si el que estuviera en aquella posición fuera de lo más natural del mundo y nadie tuviera derecho a cuestionarla.

—No, claro que no —el pobre no sabía si debía decir que sí o que no—, Jefa, ninguno.

—Como puede comprobar —el tono de su voz sonaba de lo más profesional, aunque estuviera deseando ponerse a ronronearle a su Gato—, he seguido su consejo, eeeinnnggg, no recuerdo su nombre, pero creo que tenía razón y he venido a buscar un poco de diversión. Así, que si no le importa, necesito algo de intimidad.

El muchacho ni esperó el asentimiento de Gato, sino que salió por patas de allí. De momento, se arriesgaba a que la pija aquella lo despidiera.

—¿Por qué has tenido que hacer eso? —Verdaderamente lo tenía encandilado. Su osadía lo excitaba, sus salidas lo desconcertaban y provocaban.

—¿Qué se supone que he hecho?

Mina se apartó un poco de él para que Gato abriera la puerta y la ayudara a subir al camión, a la vez que lo miraba con expresión risueña.

Él la miró enarcando las cejas antes de soltar una carcajada.

—Estoy siguiendo sus indicaciones. Después no digas que la jefa no escucha a su personal.

Ante ese comentario él le propinó un fuerte cachete en el trasero y Mina se giró a mirarlo escandalizada.

—No te equivoques —lo amonestó—, aquí sigo siendo tu jefa.

Gato miró al cielo como pidiendo paciencia y Mina volvió a sonreír.

—Ya veo, entonces supongo que debo cumplir sus órdenes.

—Exactamente.

—Pues, hale, arriba que no respondo.

Ella había dicho que iba en busca de diversión, ¿no? La subió de un tirón.

—Que me tienes echando misto con ese minúsculo pantalón de seda. Te lo has puesto para hacerme el día más llevadero, ¿no?

—Es de Adolfo Domínguez.

—Pija.

—Cateto.

—Pues como si es de Paco el del mercadillo —cerró la puerta de la cabina—, te los quitas a la orden de: ya.

Mina soltó una risotada. Si él supiera que la ponía como una moto a velocidad máxima que actuase como un neandertal... Mejor me lo callo, se

aconsejó, porque es capaz de utilizarlo para obligarme a hacer lo que quiere. Después de todo, es un machito.

—¿Y si viene alguien?

—Puede quedarse a mirar cómo me follo a mi futura esposa.

Si a ella no le hizo gracia que usara esa expresión se lo guardó, porque sabía que Gato lo había hecho adrede. Pero es que, a la vez que se lo decía, se iba desabotonando lentamente la larga hilera de botones que tenía el pantalón vaquero, y ella ya estaba desbocada solo con ver asomar su vello púbico por cada uno que saltaba, hasta que quedó completamente abierto; y no se cortó un pelo, le metió la mano y sacó su erecto miembro mientras se colocaba encima de él.

—Lo de follarme me parece bien, lo de ser tu esposa... —lo miró picarona—, ya lo veremos. Dependerá de que me demuestres muchas cosas, como que no compartirás esto —se sentó de un tirón encima de su pene—, con nadie más; pero, sobre todo, que no acabes desviando tus gustos en otra dirección.

Gato entendió que se refería a la dolorosa experiencia de averiguar la tendencia sexual de su ex marido.

—Campeona —la advirtió con un resuello—, te voy a dejar tan dolorida que no te van a quedar dudas.

Mina le lanzó una mirada incrédula.

—Aun así, no me casaré contigo.

—Eso lo veremos, puedo hacerte prometer muchas cosas, bonita.

La cogió por las caderas y la izó para levantarla con la intención de salirse de ella; aunque, claro, Mina no sabía que solo la estaba atormentando, le encantaba jugar con esa mujer. No obstante, tuvo que portarse bien cuando esta empezó a gritarle que ni se le ocurriera parar si no quería que le diera un guantazo, y Gato le dijo que era una maldita cuqui mandona, y así, entre jadeos, maldiciones y órdenes el uno al otro, echaron uno de los mejores polvos de sus vidas.

Epílogo

—Qué pesado te pones.

Mina lo miró con una sonrisa mientras se ponía la protección solar en las piernas.

—¿Se supone que tengo que interpretar que me quieres? —estaba enfadado, mucho. Y quería que se notara, es más, ardía de furia. Llevaban cuatro meses viviendo juntos; ejercía de padre postizo de Jimena sabiendo que era suya y no se quejaba. Sin embargo, le faltaba algo, quería que Mina le dijera que lo quería, que lo amaba profundamente. Y le gustaría que alguna vez su hija lo llamara papá. ¿Por qué no podía ser?

Esa mañana habían ido a la playa de Los Lances, en Tarifa, porque estaba aprendiendo a hacer kite, y Mina le había acompañado, junto con Jimena. Se suponía que iban a pasar un bonito día en familia los tres, sin embargo él no estaba para chistecitos.

—Creo que es evidente que te quiero —dijo como si fuese algo obvio. Luego lo miró con intención, deteniéndose en su bien definido torso, en el moderno bañador de surf que le encantaba ponerse. Lo observó divertida recoger la cometa y guardarla en la mochila, junto con todos los utensilios que necesitaba para practicar el kite-surf, y sonrió. No había podido hacer mucho ese día porque no había viento y tal vez de ahí emanara su mal humor.

Gato entrecerró los ojos, muy molesto, y celoso.

—Me gustaría oírlo de vez en cuando.

—Me parece que no es eso lo que verdaderamente te molesta —señaló ella abriendo mucho los ojos y con cara de sabelotodo, suspicaz.

Él no dijo nada, solo soltó un taco cuando vio que había enrollado mal la cometa y se había quedado con algo de aire, por lo que no entraba en la mochila como debería hacerlo.

—Si no quieres hablar de ello —se encogió de hombros—, por mí perfecto.

Ahora era ella quien se sentía ofendida.

—No pienso permitir que vayas a dar clases de pádel.

Ya lo había soltado, por fin. Mina lo miró atónita.

—¿Perdona?

Aquello debía ser un error, ¿acaso Gato le estaba prohibiendo algo?

—Lo que oyes.

—Creo que te estás equivocando, tú no me das órdenes.

—¿Quieres apostar? —Soltó lo que estaba haciendo de malos modos y se inclinó sobre ella, quitándole la maldita crema solar de las manos.

—Sabes que no apuesto —soltó ella airada.

Mina se había enfadado al oírle decir que no la iba a dejar hacer algo.

Gato se acercó más, mucho más, y sintió cómo perdía la voluntad, nuevamente, como solía ocurrirle cada vez que él quería. Sin embargo, esta vez no iba a ceder.

—No me importa, no quiero que juegues al pádel en Sotogrande.

—¿Puedo saber qué mosca te ha picado?

Ella no entendía nada. ¿A qué venía ese cuento ahora?

—Que no quiero que estés cerca de ese alemán que babea cada vez que pasas cerca de él —explotó—. Y no me gusta que le saludes con tanta efusividad.

Se quedó blanca.

—¿Estás celoso? —preguntó comprendiendo lo que le ocurría—, ¿de Ulrich?

Él no dijo nada, simplemente apretó la mandíbula. Mina sonrió, y Gato se enfadó aún más, si se podía.

—¿Te hace gracia? Porque a mí no me la hace, ninguna, ni chispa.

Sus ojos verdes lanzaban destellos de rabia, presos de la indignación, y ella no pudo evitar sentir una sensación de gozo indescriptible, aunque sería mejor que se la callara e intentara hacer como que no se notaba, si no cualquiera lo aguantaba.

Mina negó con la cabeza.

—Perfecto, pues no se hable más.

Se retiró y empezó de nuevo a desenrollar la cometa para vaciar el aire y empezar de nuevo a enrollarla con rabia contenida, sin dirigirle la palabra ni mirarla, ni una vez.

Mina se levantó de donde estaba tumbada y se dirigió hacia donde él se había desplazado, coqueta, sensual, incitadora...

—Roberto —lo llamó. Utilizaba ese nombre cuando tenía que decirle algo importante.

—Dime.

Continuó sin mirarla.

—Tengo que decirte algo importante.

Él se volteó a mirarla y, cuando la vio sonreír no dijo nada, simplemente la miró con encono.

Mina le colocó una mano en la mejilla y lo obligó a acercar su rostro al de ella.

—Te quiero —le dijo bajito, para que solo él pudiera oírlo—, una barbaridad. Te quiero tanto que asusta, que duele.

Gato suspiró profundamente y la miró de tal forma que ella podría haberse derretido allí mismo.

—Debería darte una paliza por tardar tanto en decírmelo.

—Quería estar preparada.

—¿Preparada para qué?

Él inclinó la cabeza y le besó la mano sin dejar de mirarla.

—Para casarme contigo. Por si no te has dado cuenta, te estoy proponiendo matrimonio.

Gato se quedó mudo y, a continuación, la cogió en brazos y se la llevó corriendo al agua, exultante. ¡Por fin había claudicado la muy pija!

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó indignada.

—Cobrarle tu mala leche por haberme tenido estos meses preocupado pensando si me querías.

Mina no pudo evitar sonreír ante las ocurrencias de él. ¿De verdad que era tan tonto después de lo que habían vivido? ¡Hombres! Cuando estaban entrando en el agua, un grito los detuvo, provocando que ambos se miraran asombrados, decidiendo que aquello no podía ser.

—¡PAPÁ!

Gato miró a Mina y ella negó con la cabeza. En ningún momento le había dicho a la pequeña que podía llamarlo de esa forma, por lo que estaba tan desconcertada como él.

—¿Te ayudo a hacerle una ahogadilla a mami?

Él alzó una ceja y miró a la pequeña con aquella fascinante sonrisa suya.

—Claro —respondió sin saber qué decir, pero con una inmensa felicidad en el pecho—. Le vamos a dar su merecido por mandona.

Y padre e hija rompieron a reír mientras Mina lanzaba juramentos al verse arrastrada sin compasión al agua, inmensamente feliz.

Fin

Biografía



Lucinda Gray es una tarifeña que, por amor, se fue a vivir a Algeciras (Cádiz). Licenciada en Derecho por la Universidad de Cádiz, ejerce como abogada y se ha especializado en la rama de derecho administrativo de Disciplina Urbanística.

En 2008 se aventuró a escribir uno de los géneros que más le gustaba leer, y ganó un concurso de relato corto con *Un motivo para luchar*. A partir de entonces, Lucinda no ha parado de inventar historias, y en el año 2010 publicó su primera novela, *Lady Ana con amor*, a la que han seguido *Secreto: marido* (2011), *Dulce arpía* (2012), con el que ganó el I Certamen literario ciudad de Tarifa, *Mi señor de Tafalla* (2012), *Sempre libera* (2013), *Descubriendo el amor* (2013) e *Inconfesable* (2014).

Además, Lucinda participa con distintas instituciones organizando encuentros que ayudan a promover y fomentar la lectura de la novela romántica, y colabora de forma altruista en el periódico comarcal, *La Verdad*, donde cada viernes publica un artículo de opinión. Encontrarás más información sobre la autora y su obra en: lucindagrays.blogspot.com

Agradecimientos

Cuando me he sentado a escribir a quién debo agradecer esta novela, no me he podido evitar que una imagen se presente ante mí. Y lo hace porque, sin ser yo una pija, eres mi camionero particular. Mi gato. Si alguien se merece que le dedique esta obra eres tú, y lo eres porque has estado ahí en todo momento, apoyándome para que me aventurase a escribir esta historia; alentándome con tus sonrisa, tu cariño y tus palabras de amor. Me has tendido la mano en los momentos más duros y más incomprensibles, sin una palabra desagradable sino todo lo contrario: con tu sonrisa. Si alguien se merece que le des las gracias eres tú, mi esposo.